

El ejército republicano se encuentra acorralado por la aviación y las tropas franquistas. Corre el año 1939. Sebastián y Daniel consiguen escapar del puerto de Alicante a bordo de un barco que les llevará a Buenos Aires, donde intentarán rehacer sus vidas.

Sebastián conoce a Sonia el amor de su vida; pero años después el golpe de Estado del General Videla cambiará una vez más todos los pronósticos de futuro.

Sebastián, además de revivir los fantasmas de la Guerra Civil Española, tendrá que sufrir los horrores de la virulenta represión militar argentina en la carne de su hija.

El tango del anarquista, ganadora del Premio Enric Valor de Novela 2005, nos muestra, con el trasfondo histórico de las guerras y las dictaduras a una orilla y otra del Atlántico, una historia llena de dolor, de fragilidad, y de cómo el ser humano es capaz de hacer y sentir lo que nunca hubiera imaginado.

Una novela realista, emotiva e inolvidable.

Albert Hernàndez i Xulvi

EL TANGO DEL ANARQUISTA

Traducción: Ana Hernández Padilla

Premio Enric Valor de novela de la Diputación de Alicante

Título original en catalán: El tango de l'anarquista

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Acerca del autor

“El tango del anarquista. Las dictaduras se alían; encuentran el punto justo donde el daño se multiplica y la muerte se convierte en la expresión más intransigente de ese daño, diseñan las arquitecturas obscenas del horror. Así en esta novela importante de Albert Hernández i Xulvi, las dictaduras franquistas i argentina forman el territorio moral donde los personajes de este libro magnífico buscan una salida a los laberintos de una más que compleja y difícil supervivencia.”

Alfons CERVERA, *Cartelera Turia*

"Albert Hernández ha escrito una novela dura sobre unos seres perdedores llenos de vigor y de humanidad hasta la medula. Sus personajes son reales de carne y hueso, tan íntimos y enigmáticos como nuestros mejores amigos. Y eso es una de las cualidades de este libro -un libro que no dejará indiferente a ningún lector-, bien escrito, con una prosa ágil y amena, bien alejada de toda retórica, ampulósidades y barroquismos excesivos, o de técnicas narrativas que demoren la lectura artificialmente."

Antoni ZARAGOZA, Levante

"El escritor Albert Hernández domina todas las técnicas de la narración. Desde el monólogo interior hasta la más cuidada narración naturalista, sin faltar esta demostración de control sobrio de los diálogos, siempre ágiles, creando atmósferas que nos arrastran i nos sorprenden en cada capítulo de esta novela, El tango del anarquista, es un libro que recomendamos a todas las personas que buscan libros llenos de matizaciones, refulgentes barroquismos perfectamente entendedores, el lenguaje hecho poesía."

Miguel LÓPEZ CRESPI, *El Mundo*

*Para Ana como siempre,
también a Reme, Alberto y Jesús*

*Cuando murió su amada
pensó en hacerse viejo en la mansión cerrada,
solo, con su memoria y el espejo
donde ella se miraba un claro día*

ANTONIO MACHADO

...l'últim horitzó és l'últim somni

RAMON GUILLEM

El puerto de Alicante parecía un hormiguero que alguien hubiera pateado con furia. Los soldados republicanos en desbandada intentaban una huida desesperada de la manera más segura posible, embarcando en buques de diferentes nacionalidades que también se veían amenazados por la aviación fascista. El capitán del Neuquén había visto tanta gente desesperada en el muelle que optó por retrasar la partida y que así pudiera embarcar el mayor número de viajeros.

Los fugitivos albergaban en su alma la noche más negra. El barco argentino Neuquén parecía, por el exceso de tonelaje, que en algunas de las sacudidas provocadas por las grandes olas, fuera a desaparecer en el fondo del mar con aquellas personas que apenas tenían aliento para proseguir en otro lugar una vida de incertidumbre, llena de heridas abiertas, imposibles de cicatrizar; los

recuerdos eran amargos y de difícil olvido. Sebastián Herrando había luchado en el V cuerpo de ejército, ahora iba en cubierta y no se arrepentía de encontrarse allí. Había tanta carga de humanidad humillada en la bodega, y era tan desagradable y fuerte el olor, que optó por pasar la fría noche a la intemperie. Los retretes estaban atascados, llenos de orines y de excrementos. Los soldados salían de allí tapándose las narices y tosiendo al borde del vómito. Los que no podían contenerse preferían hacer sus necesidades, con diarreas inacabables, cogidos a la maroma de la nave dando el culo a la mar. A causa de su debilidad muchos de ellos caían al agua. Tenían que lanzar rápidamente los salvavidas por encima de las cabezas de la multitud que se asomaba gritando y señalando con los brazos el lugar donde se habían hundido. La mayoría fueron salvados, a otros se los tragó el mar.

Sebastián estaba acostumbrado a las madrugadas de escarcha del terrible y caótico frente de Teruel. En aquel momento se quedó como el hielo, la mirada se le volvió turbia, y evocó el amanecer de finales de marzo terriblemente frío y los almendros en flor congelados. Sólo tres días antes de embarcarse, Gavarón, un

motorista de enlace del Estado Mayor perteneciente a la Unidad de Carabineros de Federica Montseny, encontró a su grupo por casualidad. Siempre tenía noticias de lo que ocurría en los pueblos, que iban cayendo devastados en manos de las tropas franquistas. Gavarón era de un pueblo vecino. Sebastián enseguida lo reconoció, a pesar del casco, las gafas y el pañuelo en el cuello. Aquel joven no contaba más de dieciocho años. Había recorrido casi todos los frentes durante la contienda y muchas veces también había hecho de mensajero, avisando a los habitantes de los pueblos de cuándo iba a producirse un eminente bombardeo enemigo, para que la población civil se escondiera en posibles refugios seguros. Iba montado en una Harley Davidson con sidecar, que en aquel momento se hallaba ocupado por un anciano envuelto con una bufanda roída, y un saco rústico que le cubría las rodillas. Gavarón vestía totalmente de cuero, con unas espectaculares polainas y un naranjero cruzado en la espalda; contrastaba de forma surrealista con su andrajoso acompañante, que parecía dormir sin querer enterarse de la realidad.

—No podía dejarlo en la acera frente a su casa destruida —dijo sin que ningún soldado del grupo le hubiera preguntado.

Cuando les notificó a Sebastián y a su hermano Javier la tragedia familiar, éste último se derrumbó y, días después, en el puerto de Alicante, desfallecido y con la mirada perdida, se suicidó. El motorista pronunció el nombre de Justo Vendrell, como el principal responsable de la muerte de sus padres; ese nombre y apellido quedarían en la mente de Sebastián como un estigma mezclado con un sentimiento profundo de odio. Después Gavarón se despidió del grupo de combatientes, arrancó la moto dando marcha atrás rozando con su casco las hojas de los almendros. La pesada máquina salió traqueteando por un camino estrecho con un destino tan incierto como el del resto de aquellos soldados.

Sebastián estaba ahora allí, en la cubierta del buque, pensando que no le quedaba nada en España. Ni siquiera había podido enterrar a sus muertos. La costa iba desdibujándose poco a poco en la lejanía. Las imágenes de las batallas perdidas le dolieron al recordarlas de nuevo. Miró a su alrededor: soldados de diferentes cuerpos del ejército escondían sus rostros demacrados y

hambrientos entre los cuellos altos de los capotes largos, grasientos y desgastados. Ahora también rugían las tripas; unos momentos antes con retortijones intermitentes, y ahora escociéndoles como si hubiesen derramado sobre ellas una palangana de agua hirviendo. Pensó que se le estaban pegando por el efecto del hambre. Ya no recordaba cuándo comió por última vez como era debido, "como Dios manda". Dios, uno de los grandes pretextos de aquella maldita guerra fratricida.

Por lo menos, la temida aviación alemana no apareció. La suerte en aquellas horas era decisiva. Si se hubieran encontrado con alguna escuadrilla de Stukes no hubieran podido ofrecer resistencia. De pronto, el barco pareció inclinarse a babor peligrosamente. Muchos de los que se encontraban a estribor resbalaron perdiendo el equilibrio, algunos soldados aún soltaron algunas carcajadas con cierta dosis de amargura.

—Creo que las pasaremos bien putas —sentenció un hombre que no parecía pertenecer al ejército y que iba envuelto en una manta desgastada, como roída por un batallón de ratas.

Aquellas palabras no obtuvieron respuesta. Sebastián pensó que peor hubiera sido quedarse en la playa de

Alicante, a expensas de la furia que comportaba la venganza fascista. Cerró los ojos una vez recobrada la posición vertical. Su rostro era una máscara indescifrable, en sus prematuras arrugas se dibujaba el sufrimiento de los últimos meses. Acumulaba los recuerdos más salvajes, en los que los hombres se habían vuelto fieras. No podía olvidar a los amigos muertos en mil escaramuzas, en los enfrentamientos y, por fin, en la retirada. Volvió a revivir en su memoria cansada, sin poder evitarlo, las imágenes angustiosas que se le representaban inmediatas, haciéndole sufrir de nuevo.

Recordó un lugar en Fayón, durante la batalla del Ebro y aquel frío que le había paralizado los músculos y la sangre. Los compañeros que manejaban tres ametralladoras polacas fueron destrozados por un obús de cañón de gran calibre disparado desde la otra orilla. Por unos momentos creyó que los músculos le iban a reventar, que la sangre que le salpicaba era la suya. Sus tímpanos parecían estar junto a enormes campanas que provocaban un sonido agudo incesante. De manera instintiva se tiró o cayó —no lo recordaba muy bien— al amplio río; tropezó con unos soldados que flotaban, pero que no se movían. Se hundió por el peso del equipo. No

parecía tener voluntad de agarrarse a la hierba mojada y fría como cuchillos verdosos que besaba el agua helada. Una mano anónima tiró de él como si fuese un tronco de árbol a la deriva y lo dejó en un desnivel de tierra, como si de una pequeña isla se tratara, agujereada por la metralla que aún humeaba en el barro abierto. En aquel tramo del río el agua corría casi como el viento, bajaba rojiza, pintada con sangre joven que goteaba despiadada sin poder taponar la herida.

Nunca supo con certeza cuántos días estuvo inconsciente, lo despertó una claridad dorada, y por un instante creyó que estaba muerto, que había fallecido en el río. Un contraluz estalló a través de sus pupilas, de sus párpados pegados llenos de legañas. Su cerebro estaba repleto de colores, como si se encontrara en un calidoscópico paraíso. Extrañamente no sentía dolor.

Un alboroto cortó su evocación. Un guardia de asalto cayó sobre unos compañeros, como si hubiera sido atravesado por un rayo; parecía tratarse de un ataque cardíaco. Se estiró, dando la impresión de que había crecido un palmo. Quedó rígido como una lanza y murió en el acto. Uno de los soldados le buscó el pulso, pero ya no lo encontró; se le había escapado raudo, frente al

Estrecho de Gibraltar, a bordo del barco argentino Neuquén. Los compañeros le cerraron los ojos espantados que parecían mirar con sorpresa cristalina. Con una bufanda le taparon el rostro. Aquellos hombres estaban acostumbrados a ver la cara de esa señora que había hecho estragos en los campos de España. No podían hacer nada por él, ni siquiera rezar, porque no tenían esa costumbre. Mientras tanto, el sol también iba muriendo detrás de las montañas andaluzas y el azul del cielo se volvía turbio como si una mano invisible lo hubiera empañado. Uno de los guardias de asalto registró los bolsillos del difunto delante de las miradas compasivas de los que formaban una especie de círculo cercano a la barandilla de la nave. Trajeron una manta gris que olía a mil sudores. El que había registrado el cadáver mantenía en sus manos un reloj dorado, una cartera de piel y un papel que un día fue blanco, con unas letras que parecían escritas precipitadamente y que sólo Sebastián se atrevió a leer. Era una dirección fácil de memorizar: Calle del Mar, 25, lo, Montevideo. Informaron al capitán del carguero. Era un marinero de cincuenta años con un bigote de gaucho y bastantes quilos encima. Cuando estuvo cerca del grupo que rodeaba el cadáver dijo con

voz de cazalla mezclada con la ronquera provocada por el viento de los mares: "Descúbranle el rostro."

El soldado que sostenía las pertenencias del muerto le retiró la bufanda tirando de ella con cuidado, como si se la arrancara del rostro. Todos notaron la rapidez con la que la tonalidad de la piel del cadáver había cambiado, ahora se mostraba como del color del limón.

Por detrás del capitán apareció un hombre calvo que vestía una chaqueta color hueso, un pantalón negro y una camisa blanca de cuello duro desabotonada. Dijo que era médico y examinó el cadáver.

—Dentro de dos horas tenedlo a punto, mejor al amanecer —ordenó el capitán, y se encaminó al puente de mando, abriéndose paso entre la tropa que se acumulaba en la cubierta.

La nave cruzó el Estrecho de Gibraltar; las costas del territorio del norte de África se divisaban perfectamente. Sebastián pensó que muchos fugitivos tampoco estarían allí seguros, que sería mejor alejarse lo más posible de España.

Mientras, con una manta amplia y con el capote cubrieron el cadáver, hicieron con él un gran paquete sin

cordeles, que fueron sustituidos por anchos cinturones del ejército que acababa de capitular. Uno de los soldados trajo tres botes de pintura y con un pincel grueso trazó unas franjas anchas sobre la manta: rojo, amarillo y morado. Los soldados saludaron alzando el puño. Lo dejaron resguardado a popa en una plataforma donde había unos barriles enormes atados con fuertes cuerdas.

La noche fue larga. Sebastián apenas pudo dormir. De vez en cuando daba una cabezada. También se oían ronquidos, pero cuando se despertaba de pronto, dirigía la mirada, furtiva, al equipaje extraño del cadáver que ya estaba preparado para que la mar se lo tragara para siempre.

El sol asomó por el este como un punto de referencia hacia donde el barco de carga había puesto rumbo. El capitán, con un uniforme bastante nuevo, se presentó puntual en el lugar en el que algunos soldados descansaban encogidos. Carraspeó, sacó un libro de tapas rojas que llevaba en el bolsillo de la guerrera y leyó rápidamente unas palabras, que parecía saberse de memoria y que casi nadie entendió. Cuatro compañeros del difunto fueron los encargados de dejarlo caer por la borda, deslizando el cadáver por un tablón de madera. A

los presentes, desde el silencio, se les erizó la piel cuando oyeron el impacto del cadáver contra el agua. El mar lo engulló de forma inmediata. No llegó a flotar ni unos instantes; no dejó ni el círculo de ondas de la piedra cuando es lanzada sobre la superficie del agua. Sebastián estuvo unos minutos tristes con la mirada fija en aquella parcela de mar que velozmente dejaban atrás. Siempre recordaría aquella secuencia de la caída del cadáver desde la borda y el chasquido sobre la mar. El punto de referencia desapareció rápidamente y le hizo comprobar la velocidad con la que navegaban. El silencio posterior era el mejor homenaje que aquellos desheredados podían ofrecer al difunto. Después unos marineros del Neuquén trajeron capazos llenos de panes. Su olor llegó antes a las bocas hambrientas, que de pronto se llenaron de saliva. A pesar del ímpetu guardaron la compostura hasta que el repartidor se los entregó en las manos. Sebastián se llevó el suyo a la boca mordiéndolo con fuerza canina. El sabor de harina se mezcló con el cansancio que llevaba en los huesos. En un instante el paladar lo trasladó a otros recuerdos, a su infancia, a la casa de campo donde su madre amasaba y enharinaba las hogazas delante de una mesa cuadrada de madera, para después llevarlas al horno de Narciso el Fart, y recordó que acostumbraba a

romper las puntas del pan más cocidas, para comérselas de camino de la escuela a casa... Y a su padre, rodeado de libros de contabilidad hasta las cejas. Aquel mundo de su infancia parecía no haber existido nunca. Acababa de cumplir diecisiete años cuando estalló la guerra. Ahora tenía una familia rota, y la incerteza del país que los acogería. Iría acumulando gran rencor a través del tiempo, cuando se diera cuenta de la pérdida, de la juventud destrozada y de lo que hubiera podido ser su vida con Ana, que también murió a causa de la guerra. Ahora pocas cosas le importaban, pero tenía que encontrar un motivo, un sentimiento que le ayudara a seguir viviendo. Y no era un cobarde, ya lo demostró en el frente de Guadalajara. El chasquido de las ametralladoras le encendió la sangre, o tal vez fue el coñac con pólvora que sin saberlo bebían antes de la ofensiva. Nunca se le pasó por la cabeza suicidarse en la playa de Alicante como hizo su hermano, quien creyó que morir sería más fácil.

—Más vale esto que nada —oyó que decía uno de los soldados con un pan entre las manos, como si se tratara de un tesoro muy valioso, y añadió:

—Han prometido que mañana nos darán carne de vaca con patatas.

Sebastián se dio la vuelta y tropezó con la mirada desgarrada de un joven con barba de unas semanas, sucia y enredada como las patas de mil tarántulas. Tenía la piel de la frente pelada por el viento y el frío y los cabellos revueltos, que parecían nacer anárquicamente; en la ceja derecha tenía una herida seca de unos cuatro centímetros de color marrón oscuro, si se hubiera tocado la costra, aunque lo hubiera hecho con delicadeza se habría caído, pero aun así, se veía debajo una línea color rosa. Era de estatura alta, cerca de un metro ochenta, y se parecía a Gary Cooper en una película en la que randilla del barco; y algunos todavía tenían ganas de gastar bromas al verse en aquella situación. Tal vez porque el tiempo en ese momento no ofrecía peligro y aquel tornado se alejaba velozmente precediéndoles. Los soldados más jóvenes encontraron el vaivén del Neuquén hasta un poco divertido, iban de un lado a otro perdiendo en algunas ocasiones el equilibrio. El capitán del barco mordiéndose el mostacho los observaba desde el puente de mando con una mirada entre paternal y comprensiva. Pensó: "Vienen de un gran sufrimiento y una situación nueva les provoca hilaridad."

Daniel no se cansaba de ver mar, y todo el que no había visto durante su vida lo contempló durante aquellos días con propina incluida; pasaba largas horas en cubierta cogido a la barandilla mirando el agua, como si le hiciera preguntas y esperara las respuestas en el rumor que desprendía el mar.

Uno de los atardeceres, de pronto, se oscureció como el abismo más profundo. El barco seguía navegando pero disminuyó la velocidad, parecía que iban a chocar con algún obstáculo peligroso. Tampoco el cielo Atlántico se veía ni se presentía, sólo las luces de la nave parecían el único vestigio de vida en la inmensidad oceánica. Extrañamente el viento había huido y la mar se mantenía en calma, todos estaban nerviosos, presentían que iba a ocurrir algo inevitable, los pasajeros estaban en silencio como si alguien los amenazara. La tarde se juntó con la noche únicamente delatada por las manecillas de los relojes. Una lluvia tempestuosa arreció sobre la nave. Después todo pareció inmóvil, ni las estrellas asomaban, y aquella incógnita duró hasta el alba, cuando una claridad de plomo apareció, y entonces, el Neuquén puso a trabajar sus maquinas y el barco navegó a velocidad de crucero.

Sebastián se acostó después de comer y siguió durmiendo hasta el día siguiente. Cuando Daniel lo despertó le contó la tormenta de la noche pasada:

—Mejor que no te hayas despertado, yo estaba verdaderamente acojonado. El cielo estaba completamente negro y el mar era como un pozo sin fondo —explicó Daniel.

—Sólo nos hubiera faltado naufragar, no me hubiera dado cuenta de nada —contestó Sebastián.

—He tenido un mal presagio, pensaba que íbamos a ser engullidos por el mar, un mar que no había visto antes ni una sola vez en mi vida. He sentido más pánico que cuando nos atacaba la aviación fascista. Era un silencio angustioso que no acababa.

—¡Vaya! Para mí ha sido como si no hubiera ocurrido nada —dijo Sebastián como disculpándose.

—Mejor así, creo que la mayoría no se han enterado porque también estaban durmiendo —respondió Daniel.

—Vamos a comer algo —dijo Sebastián como si no le diera importancia al relato de su compañero.

A medida que las horas iban trascurriendo la niebla desaparecía como el humo de un cigarro arrastrado por el viento. La mañana surgió esplendorosa con un cielo azul radiante y un sol abrasador, que provocó un cambio en el estado de ánimo de los pasajeros del Neuquén. El optimismo natural se hizo patente en sus semblantes. Hubo incluso bromas entre aquellos soldados vencidos que lo habían perdido todo.

Durante los días que restaban de travesía, la mar no fue violenta, las tempestades hicieron huelga en el Atlántico, el viento del sudoeste parecía haberse concentrado en el Océano Pacífico y el Neuquén soportó perfectamente la singladura sin averías en su vieja estructura.

Al final divisaron tierra, dándoles la impresión de que la costa subía y bajaba por el efecto del vaivén de las olas. Sebastián oyó decir al joven que estaba a su lado y con el cual había hecho amistad:

—Trabajaremos en lo que sea. Argentina es un país joven y nosotros también.

La intención de Daniel tenía mucho que ver con el optimismo inquieto, era como hacerse una promesa y querer compartirla con los que le rodeaban, a quienes

parecía invitar a adoptar aquella misma actitud. Sebastián, con las mangas de la camisa enrolladas, había dejado caer por la borda el capote militar, cuyas costuras estaban llenas de piojos. Cayó como un ave inmensa de alas sucias que se desplegaban al viento, abatido por un cazador hipotético. Después, él sintió frío, y se arrepintió de haberse desprendido de aquella especie de andrajo, en que con el tiempo se había convertido el viejo capote que le había acompañado durante el último belicoso invierno.

Sebastián era de complexión fuerte, con espalda de atleta, de facciones correctas y ojos verdosos con destellos marrones, abundante cabellera castaña y de estatura media alta. Ya había contado a muchos compañeros que Durruti lo había felicitado en una de las visitas a su pueblo. Él pertenecía a la CNT. La ola seductora del idealismo revolucionario lo arrastró como a miles de jóvenes que ahora parecían despertar de aquel sueño en un lugar lejano, desconectados de su país tal vez para siempre.

El Neuquén, en aquellos momentos, se acercaba ruidosamente a la dársena sur de la bocana del puerto, como si durante la travesía hubiera realizado una gran

hazaña y la recompensa fuera el honor de haber salvado un importante componente humano. El silbido del barco y el ruido de sus máquinas querían hacer notar su llegada. El ancla, semejante a un gran anzuelo que buscara un enorme pez, fue tragada por las aguas portuarias y malolientes, donde la suciedad flotaba y se mecía con la espuma de las olas que golpeaban suavemente la línea de flotación. Los gritos de los pasajeros, a modo de saludo, eran tan expresivos que los trabajadores que descargaban fardos diversos se incorporaron expectantes, a pesar de la considerable distancia que los separaba. El Neuquén, como era habitual, transportaba en su tripa mercancías, especialmente cereales y también ganadería. El capitán del barco lucía una sonrisa de satisfacción cuando desde la borda dejaron caer el tablón con dos cuerdas a los lados, a modo de pequeño puente que recordaba a los de los antiguos castillos medievales. Los trabajadores del puerto dejaron de trabajar, secándose los sudores provocados por el monótono esfuerzo. Los vendedores ambulantes también se arremolinaron cerca del casco del barco, mientras un teniente delgadísimo sin mando legal intentaba que aquellos hombres, que sólo unos meses antes habían sido soldados, guardaran cierta disciplina. Les dirigió unas palabras que sonaron fuera de lugar,

porque el tono aún recordaba las arengas que se pronunciaban cuando iba a comenzar una ofensiva, o un golpe de mano. Las últimas palabras fueron: “Suerte a todos y salud.” Sebastián y Daniel, que, tal vez por una cierta química o simpatía personal, hablaban a menudo, se hicieron amigos intentando hacer proyectos juntos.

Las luces y las sombras que Sebastián tenía en el cerebro serían también compartidas por otros fugitivos, y se acentuarían los interrogantes que un país extraño podría ofrecerles. En aquellos momentos ya miraban los rostros de los trabajadores del muelle y a la gente que por allí vagueaba, y les pareció que los acogían con agrado y simpatía.

Un hombre viejo con un bandoneón estaba sentado en un pilón de piedra, con una soga gruesa atada a su alrededor, como una boa, mantenía sujeta la proa de una embarcación de pesca que parecía picotear la superficie del agua sucia de residuos de mercancías que denotaban el abastecimiento continuo a la capital del Río de la Plata. De las tripas de aquel instrumento octogonal fluían, como un quejido, las notas de un pasodoble muy conocido que hacía alusión a una jaca. Los exiliados, conmovidos, tragaron saliva con dificultad mientras sus pupilas se

enturbiaban. La música finalizó pronto, el viejo plegó el instrumento, se levantó, y se perdió entre la multitud. El ruido iba en aumento, unos camiones se acercaron al puerto y el gentío protestó al notar que les quitaban espacio. Al atravesar el puente de madera del Neuquén, Sebastián creyó marearse, como si se moviera la tierra y no el barco. El capitán de la nave con un verbo cadencioso ordenó que se agruparan. Aquella voz no tenía nada que ver con la que impartía las órdenes durante la singladura.

No supo por qué volvió a recordar las últimas escaramuzas, los flecos de las batallas perdidas y las órdenes de aquel comisario que creía que la guerra no estaba perdida hasta el momento en que un obús del 88 lo partió por la mitad mientras cantaba un tango. Sebastián lo vio todo como si fuera irreal, una vez hubo desaparecido el humo de la explosión, que el viento alejó veloz. Como un autómatas dentro de una pesadilla, se quedó sordo, y juntó las dos partes del cuerpo del comisario anarquista que estaba partido por la cintura, como si lo hubiera cortado una guillotina, dejándolo al fondo de la trinchera llena de hierba quemada. No parecía ya un ser humano. Sebastián pensó que nunca olvidaría aquellas imágenes y aquella melodía fijadas allí

donde anidan los sueños y los sobresaltos. El comisario mantenía los ojos abiertos de espanto como si hubiera recibido una mala noticia, o tal vez por la sorpresa de encontrar la muerte en una décima de segundo. Parecía mantener en los labios las estrofas de aquel tango.

En aquellos momentos de incertidumbre veía el paisaje que formaban los enormes barracones de piedra y madera, los seres que pululaban cargados con sacos cerca de la dársena, sentía los olores mezclados de las mercancías y escuchaba el acento del idioma castellano que el viento traía hasta ellos haciéndoles sonreír. También llamaban su atención los coches y el ruido que provocaban los tubos de escape que con el sol esplendoroso daban al ambiente una sensación de calima. Todo un mundo por descubrir; imaginó, con certeza, que integrarse en aquel país no sería nada fácil, aunque en la primera impresión parecía que aquellas personas, los trabajadores del puerto argentino, los miraban entre la curiosidad y la simpatía. Gary Cooper, como bautizó a su compañero, mantenía un gesto parecido al suyo. Miraba a su alrededor buscando no se sabía qué... No estaban tristes, tampoco desesperados, nunca habían

experimentado aquel estado de ánimo. Habían envejecido prematuramente, como si hubieran sufrido una enfermedad y ahora un cambio de aires bastara para devolverles la juventud secuestrada que surgía con fuerza con la ilusión de la sangre caliente. Su compañero lo sacó de la abstracción al decirle: “Coge la manta, se te ha caído”. Se agachó y se la colgó del hombro, cruzándosela por la espalda y anudándosela delante, a la altura del estómago. Un sonido parecido al de un saxofón con sordina atravesó la dársena del puerto filtrándose entre los barcos, que contestaron a la llamada, como instrumentos de una orquesta marinera un tanto desafinada, repitiendo varias veces la respuesta triste de su canto. El grupo en el que se encontraban permanecía taciturno como si fueran cautivos, como si la duda y el miedo fueran casi los mismos que sintieron en la playa de Alicante. Tendrían que adaptarse y comenzar una nueva vida hasta que pudieran volver a su país.

Cuando desembarcaron, unos funcionarios de los Servicios Sociales los atendieron con amabilidad. Algunos formaban como si aún estuvieran en el ejército, pero pronto se dieron cuenta de que ninguna voz les había indicado que lo hiciesen. Los sacaron de los límites

portuarios y los condujeron donde unos autobuses de color gris les esperaban. Los funcionarios, con unas bolsas de tela llenas de alimentos, fueron repartiendo bocadillos que fueron recibidos con alegría en los ojos y agradecimiento en las manos. Sebastián notó que se le llenaba la boca de saliva. El olor de la carne a la plancha fue una de las cosas más auténticas y humanas, más terrenales y placenteras que había sentido en los últimos años. Los dos amigos notaron de nuevo hambre canina. El pan blanco era como un sueño, el mejor que habían probado y también la carne, las chuletas; aquellos bocadillos les reconciliaban con la humanidad. Un hombre de mediana edad, de aspecto sonrosado y vestido con un traje cruzado azul claro con rayas discretas, carraspeó antes de hablar con el acento esperado. Se guardó un relativo silencio.

—En nombre de nuestro Gobierno les queremos dar la más grata bienvenida a nuestra patria. Nuestro país ha luchado siempre por la libertad. Ustedes tendrán nuestro más firme apoyo. Ahora nos dirigiremos a un albergue que se encuentra a pocos kilómetros de aquí para que descansen y se adecuenten hasta que podamos ubicarles, y proporcionar a cada cual un quehacer.

Los ojos magnéticos de Sebastián se llenaron de nueva ilusión mientras mordía el apetitoso bocadillo.

El paisaje les daba la impresión de una amplitud inmensa, eran las grandes llanuras, campos extensos de trigo y maíz que se perdían en el horizonte. Vieron más ganadería de la que pudieron imaginar en toda su vida. Era una tierra fértil y rica. “La madre patria” —como siempre se decía aludiendo a España— se encontraba herida y seguiría moribunda muchos años más, aunque nadie en aquellos días lo sospechara. Ahora aquella tierra recibía a los que parecían padres enfermos yendo a curar heridas y hambre a casa de sus hijos, quienes en aquellos tiempos difíciles solucionarían los primeros problemas, los más acuciantes.

Siempre recordaría la primera vez que se encontró con la mirada de Sonia, negra como la guerra. Era una de las funcionarías que les ofrecía su asistencia. Tal vez la impresión fuera exagerada, porque hacía mucho tiempo que no sentía una mujer joven a su lado. Tenía un cuerpo precioso. Sebastián se dio cuenta que Daniel también la miraba boquiabierto; pensaba como su compañero. Después escucharon su voz tibia, suave, exageradamente femenina, y a partir de ese momento los dos quedaron

enganchados, como si Sonia fuera una droga y ellos fueran con dependencia a buscarla.

—¡No he visto nunca una mujer igual! —exclamó Sebastián.

—¡Está más buena que el pan! —aseguró Daniel.

Los pechos altos y justos de la joven, de un tamaño proporcionado a su estatura, se adivinaban duros debajo de la blusa de seda color blanco; llamaba la atención la cintura breve de mimbre que contrastaba con las curvas de las caderas en la falda ceñida hasta los tobillos, que le hacía las piernas más largas. Sebastián parecía más decidido, más extrovertido que su amigo. Sin pensarlo se salió de la fila que formaban el grupo de ex soldados y fue hacía ella.

—¿Perdone, señorita? —le rozó el hombro con la punta de los dedos. Ella se dio la vuelta.

—Dígame...

—Quería preguntarle.

—¿Qué...?

—¿Montevideo queda muy "lluny"?

—"Lluny". ¿Qué significa? —quiso saber.

—¡Ah! Perdona, quiero decir lejos, distancia. Es que tengo la dirección de una familia conocida.

—Eso es importante, pero no conviene precipitarse, todo a su debido tiempo. Piense que acaban de llegar como quien dice, les daremos todas las facilidades para que encuentren a familiares o amigos, no se preocupen por nada. De todas maneras estaremos en contacto con ustedes.

"Si fuera por mí estaría en contacto contigo todo el día." —pensó. Estando tan cerca de ella la olfateó como un perro de presa, pero intentó disimular cuando aspiró todo el perfume que la envolvía. Sebastián pensó que le había robado algo muy íntimo, al sospechar que ella, antes de decidirse por aquel aroma fresco y profundo, como su mirada, habría rehusado otros.

—Estoy impresionado —declaró ya al lado de Daniel.

—¿Qué le has dicho? —inquirió.

—¡Yo qué sé...!

—Algo, ¿no?

—Le he preguntado... Me acordé de pronto de la dirección que llevaba en la cartera el soldado que murió en el barco.

—¿Por qué? —se extrañó Daniel.

—No lo sé, de verdad. Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza. El caso es que habrá creído que se trata de la dirección de algún familiar o de algún amigo.

—Pregúntale si tiene novio... —dijo Daniel—, pero como habla ella: ¿Tenés novio?... Nos está mirando y nos sonríe.

—Tú también ves visiones, ella sólo contempla un grupo de hombres desgraciados.

—Somos jóvenes, tenemos ventaja sobre la mayoría de los que están aquí, no hay más que mirar...

En parte tenía razón. Allí se mezclaban más soldados de mediana edad que jóvenes. Y sí que era cierto que Sonia miraba a Sebastián. Le recorrió por el espinazo una suave corriente eléctrica, fue como una sensación olvidada o tal vez nunca sentida.

Los invitaron a subir a los autobuses que seguían esperándolos recalentados al sol, como lagartos inflados.

Aquel mes, tan caluroso en la Argentina, contrastaba con las bajas temperaturas que habían sufrido en España; les sugirieron que se quitaran las camisas del ejército y les entregaron otras. Cuando se sentaron cerca de los cristales sucios de las ventanas, los dos amigos siguieron obsesivamente la figura de Sonia hasta que desapareció de su campo visual. Pensaron que seguramente habría subido al autobús que les precedía, pero luego la vieron subir los escalones del vehículo, deteniéndose para darle indicaciones al chofer, que asentía con la cabeza repetidamente mientras el sudor le resbalaba por la cara como si le naciera del borde de la gorra. Algunos de los exiliados aún no habían acabado sus bocadillos cuando uno de los funcionarios les repartió unas bolsas con fruta donde predominaban las manzanas, unas manzanas inmensas. Sebastián y Daniel las mordieron mirando a Sonia, como si estuvieran degustando a la joven. Ella lo intuyó y sonrió.

Ellos no sabían qué pensar, estaban un poco desconcertados. Sólo se oía el roncar del motor del Ford y los mordiscos que los pasajeros daban a las manzanas. Sonia permanecía en el asiento de detrás del chofer. El paisaje grandioso y singular discurría por la ventanilla, la

visibilidad era mutilada por el polvo que provocaban los autobuses que les precedían, pero entre aquella niebla pedregosa aún podían ver las casas blancas de estilo colonial separadas unas de otras por grandes extensiones de tierra cercadas por troncos y tablas de madera atravesadas, que impedían que el ganado se escapara del recinto. Unos jinetes galopaban veloces como si un peligro manifiesto los persiguiera. Se detuvieron a la orilla de la carretera y los miraron con cierta curiosidad. Los caballos sudorosos se movían inquietos y los jinetes encendieron unos cigarrillos envueltos por el polvo. Después los vehículos aumentaron la velocidad y no se detuvieron hasta llegar a un edificio completamente aislado en las afueras de la capital. Era grande con anchos ventanales de hierro, de altas puertas de madera marrón agrietadas. Allí instalaron a aquel grupo de españoles.

—Parece que es aquí —dijo, señalando, Daniel.

—No está mal —concedió Sebastián.

Sonia fue la primera en bajar. Se estiró la falda pasándose las manos por las caderas, que eran observadas con minuciosidad obsesiva por aquellos aprendices de exiliados. La joven sacó de una bolsa que llevaba colgada al hombro unos documentos

pertenecientes a aquellos soldados recién llegados que le entregó el capitán del Neuquén. A partir de ese momento, Sonia los llamó por sus nombres y apellidos. A ellos les dio la impresión de estar más controlados que en días anteriores, era como si los hubieran transportado de una nación a otra, como si fueran mercancía. ¿Tal vez no tuvieran un margen de total libertad? Se miraron los unos a los otros y pensaron que igual hubiera sido mejor quedarse en el puerto de Alicante. Estos sentimientos fueron apartados al ver el trato posterior, las atenciones y el afecto con que las autoridades argentinas los recibieron.

El interior del edificio parecía un hotel abandonado que iba a ser invadido de pronto por unos clientes improvisados. Todas las habitaciones fueron ocupadas. Allí les dieron lo necesario para poder adecentarse. El comedor recordaba al de un cuartel, pero cuando entraron dispuestos a comer como tigres, ya su indumentaria no tenía nada que ver con la del ejército de la república, tanto había sido su cambio. Eran ciudadanos de edades diversas, y algunos de ellos presentaban un aspecto sorprendente después de afeitarse y ponerse ropa limpia. Daniel se miró el dobladillo de los

pantalones, le estaban cortos. Desdobló los bajos y quedaron a su medida. El color que predominaba en las camisas era el blanco, dando sensación de limpieza; también les habían dado una remesa de calzado de buena calidad. Aquellos hombres siempre recordarían la opípara comida que les ofrecieron y las palabras de un político que, a la hora del café y el cigarrillo, valoró su lucha en favor de la igualdad y la libertad. Sólo si hubiera hecho referencia al otro concepto, fraternidad, podría haber extrapolado su causa a la revolución francesa.

Estaban contentos, el buen vino desataba las lenguas. Los más jóvenes, como era natural, tenían más cosas en común que con cualquiera de las generaciones anteriores. Los más viejos los observaban desde la distancia. Les indicaron que los que tuvieran familiares o amigos en algún lugar de Latinoamérica dejaran escrita en el tablero de anuncios la dirección. El gobierno argentino se haría cargo de las diligencias.

A Sebastián le vino de nuevo a la mente la dirección del soldado que murió en el barco. Indudablemente poseía una buena memoria, casi visualizó hasta el tipo de letra escrita con tinta negra. Nada costaba darla, quién sabía lo que les ofrecería aquel país.

Daniel le preguntó como si le adivinara el pensamiento.

—¿Recuerdas la dirección del soldado que murió en el barco?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—Será que tengo memoria de tísico —dijo con ironía, gritando más de lo normal para hacerse oír entre el murmullo animado de los comensales.

Sonia estaba hablando en aquellos momentos con un grupo de funcionarios.

—Esa chica te ha causado un fuerte impacto, ¿acierto?
—preguntó Daniel.

—¿A quién no? —contestó él abriendo los brazos.

Sebastián pidió un lápiz y en un papel escribió la dirección de aquel malogrado soldado que había memorizado en el buque.

Él la llamó por su nombre como si la conociera de toda la vida. Sonia se volvió sonriente de manera que Sebastián se sintió ingrátido por un instante. Le entregó la dirección de Montevideo. Sonia le preguntó si era de

algún familiar suyo, y él le respondió que no, pero que tenía que darles la noticia de la muerte del soldado que murió en el barco, que tal vez fuera un familiar, un amigo o un conocido.

—No vayamos tan rápido. Tendrán que quedarse un tiempo en la Argentina. Recuerden que no tienen todavía un gobierno en el exilio y por ello no pueden desperdigarse. Hay que ordenarlo todo y entiendan que ordenar viene de órdenes —volvió a sonreír y siguió leyendo en un bloc.

Aquella noche hacía un calor insoportable y pegajoso, Sebastián no podía conciliar el sueño, pensaba en Sonia como si la conociera de siempre y sin saber por qué le vino a la mente aquel tango que el comisario anarquista de la trinchera cantaba antes de que la bomba lo partiera por la mitad. Entonces mezcló a la joven argentina con el tango. Seguro que la pebeta que describía el tango no sería tan guapa como ella. "Le quité el pan a la vieja, me hice ruin" y... no sabía más de la letra. La recordaba a trozos... Y ya por la obsesión, encabezonado un poco incomprensiblemente, se dijo a sí mismo que tenía que conocer al autor de aquel tango. No sería tan difícil —pensó—, ya que ahora estaba en el país del compositor. Y

volvió a memorizar. "Y esto que hoy es un cascajo fue la dulce metedura donde yo perdí el honor." ¿Qué coño le pasaba? Cuando menos lo esperaba se sorprendía recordando a retazos aquella letra.

Poco a poco se durmió. Soñó con Sonia pero no recordaba casi nada. Los despertaron a las ocho de la mañana a toque de corneta. En cuanto abrieron las ventanas la claridad cegadora les deslumbró, se vistieron y como ya sabían dónde estaba el comedor se dirigieron hacía allí. Sebastián, Daniel y otro compañero que apenas hablaba si no le preguntaban se sentaron en la misma mesa de la noche anterior.

Allí en aquella residencia los tuvieron quince días. Por aquellas fechas ya les habían preguntado a qué se dedicaba cada uno, cuál era su profesión y si querían trabajar lo antes posible. La mayoría eran campesinos, y los demás tenían diversos oficios. Daniel era oficial de albañil, y el compañero que no decía ni palabra, barbero. También había un hombre mayor que era carpintero, y a Sebastián le faltaban dos asignaturas para acabar la carrera de magisterio.

Sonia le dijo:

—Podría dar clases en alguna escuela de Buenos Aires... No le sería muy difícil adaptarse a nuestro sistema educativo.

En aquellos momentos, Sonia no podía imaginar la fuerza moral que le estaba imprimiendo a Sebastián. Empezó a pensar que se interesaba por él mucho más que por los demás. Y en cierta manera no se equivocaba. Daniel también tuvo esa sensación.

—¡Qué chorra tenés, pibe! —dijo imitando el acento de la porteña.

—Daniel, no seas borde. Qué más quisiera.

—Inténtalo.

—Que intente ¿qué?

—Díselo.

—¿Que me gusta?

—Claro. Aunque nos guste a todos —dijo Daniel soltando una carcajada.

Momentos después Sebastián volvió a abordarla a la salida del comedor. Sonia estaba radiante. Se quedó delante de ella sin hablar.

—¿Qué quieres?

—He pensado en dar clases.

—Me parece perfecto. Lo tramitaré en cuanto pueda. Es lo mejor que puedes hacer.

—... ¿Podré seguir viéndola? —preguntó con angustia.

Sonia no esperaba una pregunta tan directa.

El silencio de los dos contrastaba con el ruido que hacían los antiguos soldados. Ellos parecían aislados en un rumor interior. Seguían mirándose, eran pura química lanzando promesas y mensajes confusos. Estaba bien claro que se gustaban, y eso era primordial para un primer contacto. Sebastián había demostrado que era muy decidido, porque le acarició la cintura y miró de derecha a izquierda. En aquel momento sólo vio a un hombre de espaldas. Continuaban mirándose como si estuvieran en estado que molestaba más de lo habitual porque parecía que iba a ahogarse de un momento a otro.

A la mañana siguiente muy temprano le preguntaron con ironía al madrileño si había dormido bien, y respondió: "Como nunca, como hacía meses que no

dormía.” Y un gordo, desde la otra punta del dormitorio, le increpó:

—Pues, a ver si duermes menos y dejas descansar a los demás, hijo de puta, que pareces el motor de una lancha averiada.

Pasó una semana rápidamente, como si los días fueran robados. Sonia y Sebastián vivían unos días apasionados mientras Daniel hacía lo posible por apartar a la joven de su mente. Se masturbaba por la noche pensando en el cuerpo y la mirada de Sonia, como si fuera una mujer prohibida, y cuando Sebastián le contaba cómo era ella, algo se le rompía por dentro.

—Me ha dicho que este fin de semana quiere presentarme a su familia.

Daniel estaba limpiándose los zapatos. Dejó de cepillar con el betún negro y le dijo:

—¿No vas demasiado de prisa?

—No lo sé, pero no me importa.

A mediodía, unos funcionarios, Sonia entre ellos, los hicieron pasar a una sala en cuyas paredes colgaban las fotografías del presidente de la República y otro

personaje supuestamente antiguo por su vestimenta. Les informaron que en México había un gobierno español en el exilio, y que lo antes posible llegaría a la Argentina una delegación para coordinar y agilizar la situación de todos ellos. Aunque ya se podían sentir en aquel país como en su casa.

Sonia, mientras hablaba el funcionario, no dejaba de mirar a Sebastián y el joven se perdía en sus ojos encendidos que transmitían promesas insistentes. Daniel invadía con desesperación milímetro a milímetro el cuerpo de Sonia, que se había convertido rápidamente en una obsesión casi enfermiza, impensable unos meses antes; pero las cosas eran como eran y no de otra manera. Trataría de apartarla de su pensamiento, seguro que encontraría chicas como ella, trataba de engañarse, aunque lo cierto era que no tenía otra opción.

Ahora no encontraba sentido a las palabras de aquel delegado argentino, las oía, pero no las atendía. Era como si oyese llover, pero no se mojaba, simplemente le rebotaban. Sólo ella ocupaba toda su atención, pero tanto Sebastián como Sonia estaban muy lejos de darse cuenta de aquel sentimiento incontenible de Daniel Puente.

Sobre la hierba del jardín y apoyados en los troncos de los árboles silenciosos, con las puestas de sol más increíbles y también con la complicidad de la luna, derramaron la más apasionada entrega que los amantes pueden ofrecerse. Ella lloró de felicidad, era como si los dos hubieran descubierto la fuente del placer de pronto y tuviera miedo que en algún momento también, así, de sorpresa, dejara de manar.

Un atardecer Daniel los vio pasear por uno de los caminos que serpenteaban el jardín. Caminaban uno al lado del otro. Sin pensarlo los siguió, guiado por una curiosidad malsana que no pudo contener. Sebastián acariciaba la cintura de Sonia mientras la aproximaba hacía él. Se detuvieron y permanecieron abrazados al tiempo que sus bocas se buscaban cálidas. Entonces Sebastián dejó la cintura y la sujetó por las caderas. Al instante se dejaron caer sobre la hierba alta aún mojada por la última lluvia.

También Daniel se recostó detrás de un árbol y se tragó todo el placer de aquella pareja que ignoraba por completo su presencia, porque el mundo en esos momentos sólo era de ellos dos.

Cómo podría explicar su comportamiento, persiguiendo y espiando a aquella pareja como un perro baboso. En el fondo admiraba a Sebastián por haberla conquistado, y hubiera dado todo lo que poseía por ocupar su lugar. Un sentimiento entre el odio y la envidia iba asentándose allí donde anidan los comportamientos humanos.

Sonia y Sebastián, después de amarse, quedaron sobre la húmeda hierba que había hecho de lecho natural, de mudo testigo de promesas, de palabras entrecortadas, de la exaltación más sincera e incoherente a la vez. Los dos con la espalda mojada y agradablemente extenuados respiraban con profundidad, como si supieran que poco después irían de nuevo a la búsqueda de aquel tótem de placer que los dominaba, que los invitaba a abrazarse, a arrastrarse por las colinas suaves de la piel y en las profundidades más enervantes desatando sensaciones enormes y fuertes entre los dos.

Aunque fuera detrás de un olmo, cerca de allí, como si ellos omitieran un efluvio de olor a sexo, Daniel, como un gato en celo, parecía recibir el despojo del festín que sin sospecharlo Sonia y Sebastián le habían ofrecido.

II

En España, los acontecimientos se precipitaban en unos tiempos de represión absoluta. Carlos, el padre de Sebastián, fue detenido, acusado por don Justo Vendrell, de uno de los delitos más graves: "Había incitado en sus discursos a las gentes analfabetas a asesinar a personas de orden." Y eso fue bastante para que un grupo de soldados, bajo el mandato de un jefe Requeté, un atardecer de lluvia intermitente lo sacara de un viejo castillo de las afueras del pueblo donde estaban prisioneros "los enemigos de España". Uno de los más represores fue un sacerdote que entró en aquel pueblo vestido con sotana, sujetándola con un amplio correa en la cintura y una pistola en su mano, queriendo saber exactamente lo que se contaba allí: "Un tal Adriano había arrastrado por las calles polvorientas de la población los santos de la Iglesia, atados con una cuerda. Y, con las ropas de las imágenes, su mujer había cosido camisas

para sus hijos pequeños." "¿Cómo era posible tal sacrilegio!?", gritaba el cura por las esquinas del pueblo. "Esas bestias no merecen vivir." El perdón no estaba para perdonar en aquellos tiempos de oscurantismo, represión y de miseria que llevaban en el alma los vencedores. Sacaron de aquel castillo de la edad media al ignorante que arrastró las imágenes de los santos, a un bracero del campo que pertenecía a la CNT, y Carlos, el padre de Sebastián, como si tuvieran la peste que supuestamente se enquistaba en aquella fortaleza. Se hallaban desfigurados a consecuencia de las palizas que padecieron antes de la última tarde. Iban atados los tres con una cuerda gruesa manchada de sangre en los nudos. Las miradas de los detenidos eran turbias, como si dormir les hubiera sido negado hacía muchos días y ya no les importara nada lo que les pudiera ocurrir, parecía que no poseían lucidez en aquellos momentos anteriores a la ejecución. El padre de Sebastián no había matado a nadie y tampoco había sido reclutado para ir al frente. Si no hubiera sido por Gavarón el motorista, difícilmente sabría quién lo denunció para que fuera detenido y acusado de ser un enemigo incomprensible de España.

Los del grupo que conducían a los reos dejaron de caminar y el odio se convirtió en fuego. Cerca de la tapia de un viejo cementerio la luna iluminaba la sangre olvidada que, poco a poco, empapaba la tierra parda.

Justo Vendrell dijo, al enterarse de la ejecución de Carlos, el padre de Sebastián: "Se lo tenía merecido por rojo y demoníaco. Él encendió el cerebro de muchas pobres gentes, que sólo querían trabajar y vivir en paz."

El tal Justo se convirtió después de la contienda en el hombre más influyente del pueblo, y se apropió del material requisado del montón aunque a él los revolucionarios no le habían expropiado nada. Se afilió a la Falange a pesar de que antes de la guerra nunca había militado en ese partido. Pero ahora le convenía para enriquecerse lo más rápidamente posible. Él conocía a las personas, había visto el miedo en los ojos de los vencidos y sabía que ese sentimiento los hacía más vulnerables. Se atrevió a decir: "Eran los culpables y tenían que pagar el daño que habían causado". El fascismo más puro se instaló en cada uno de los pueblos del país, y el no estar a bien con el régimen era castigado de mil maneras. En aquel estado de cosas, don Justo no hizo justicia a su nombre, su fábrica parecía un cuartel. Si un trabajador no

rendía lo suficiente lo echaba a la calle y, si además lo acusaba de rojo, aquél y toda su familia estarían mal vistos, hasta por los que querían olvidar de forma cobarde lo que había pasado en aquellos días de venganzas apresuradas. Don Justo se aprovechó de todo lo que pudo, más aún de lo que él mismo podía imaginar tiempo atrás. El miedo a ser delatados por alguien que surgiera de la sombra, luciendo el certificado de luchador a favor de los salvadores de la patria, era mayor cada día que pasaba.

Toda la carne que se mataba en el único matadero de los pueblos colindantes pasaba por sus carnicerías. Las prebendas a los servidores del régimen nunca fueron escatimadas y la carne más exquisita, prohibitiva para la gran mayoría de los ciudadanos del país, era degustada en los comedores de las familias que así le estaban convirtiendo en uno de los hombres de negocios más opulentos de aquella provincia. Era más que evidente, la guerra le había favorecido hasta el punto que tuvo que contenerse para no comprar productos llamativos de nuevo rico. Prefería acaparar millones e invertirlos en fincas cercanas a la costa. Esa intuición venida de no se supo nunca dónde, fue lo que en los años sesenta lo

catapultó a ser uno de los hombres más adinerados del País Valenciano.

Una tarde que amenazaba lluvia, Sonia, con la ilusión de una joven enamorada, invitó a Sebastián a conocer a su familia. Durante el trayecto que separaba la casa de sus padres del albergue, Sebastián había progresado con la idea de reciclarse y dar clases.

Al llegar a casa de Sonia, pasaron por un jardín bastante cuidado después de atravesar una portezuela de hierro; la joven sacó una llave y abrió el buzón alargado y cilíndrico, como los demás del vecindario. Ojeó los nombres de los remites y guardó las cartas en el bolso. Tomó del brazo a Sebastián y pasearon por un camino de piedras grandes y rojizas, dispuestas en forma oblicua.

Cuando se abrió la puerta Sebastián quedó algo sorprendido. La mujer que tenía delante de él, con el pomo en la mano y que Sonia le presentaba como su madre, parecía ser, por su aspecto, su abuela. Indudablemente, sus padres habrían tenido a Sonia ya muy mayores, era la única explicación.

—Pase joven, teníamos muchas ganas de conocerle. Nuestra hija no hace más que hablarnos de usted —arrastraba las palabras como un cantante de tangos.

Sebastián estuvo todo lo correcto que sabía. Cruzaron el vestíbulo y en el comedor se encontraron a un hombre con bata y zapatillas leyendo en un butacón de piel. Al verlos entrar dejó el libro encima de la mesa y se levantó avanzando a su encuentro.

—Papá, éste es Sebastián... te presento a mi padre.

—Encantado —dijo—. Está en su casa. Quédense, que vamos a cenar.

—No, papá. Sebastián tiene que regresar al albergue. Son las normas por el momento.

—Son ustedes una parte importante de la historia de nuestra patria. Me gustaría preguntarle tantas cosas... Pero no quiero importunarlo.

—El hobby de papá es la historia; es su afición, pero claro, en sus ratos libres.

—Es un tema interesante. Siempre lo ha sido —respondió el joven.

—Sebastián es maestro, pensamos que podría dar clases. Tenés que hablar con el director del colegio León Tolstoi. Siempre me has comentado la gran amistad que os une.

No había duda que Sonia era una chica pragmática, que sabía lo que quería. Iba al fondo de la cuestión sin disimulo. Bernardo, su padre, sonrió cómplice al ver la prisa y el interés que mostraba su hija por el joven que permanecía de pie, correcto, dejando que Sonia llevara el peso de la conversación.

—Así que es usted maestro...

—Sí senyor, sóc mestre. I vaig náixer un poblé de Valencia... ¡Ah! Perdone... quiero decir, que nací en un pueblo de Valencia...

—Lo he entendido perfectamente —respondió el padre de Sonia con suficiencia.

—Sebastián, no sé si te dije que papá, en su juventud, fue actor de teatro y siempre le interesaron los idiomas.

Ella nunca le había dicho nada de aquello. Le parecía fuera de lugar, como si aquellas personas no fueran reales, como si pertenecieran a otro universo.

Desde aquel día los acontecimientos se sucedieron rápidamente, al menos eso le pareció a Sebastián. La documentación fue tramitada por el Ministerio de Educación y en dos meses se vio de ayudante de un profesor, enfrentado a un grupo de niños para enseñarles prácticamente las primeras letras. También con rapidez se sintió integrado en aquel país donde de momento había encontrado mujer, trabajo y una familia acogedora. Semanas después de haber conseguido ocupación como docente, Sonia y él decidieron casarse.

Por aquellos días Daniel había encontrado también empleo en una fábrica de ladrillos. Aceptó el primer trabajo que le ofrecieron sin ninguna pretensión. Vivía hospedado de uno de los barrios más populares de la capital. La amistad entre los dos amigos no sería ningún problema si Daniel se mantenía alejado de la pareja. En aquellos tiempos se conformaba con subsistir. No le importaba trabajar duro, siempre era mejor que la guerra, tan cerca y tan lejos a la vez. Al menos comía bien y no estaba en ninguna trinchera expuesto a que le pegaran un tiro. Por la tarde, al final de la jornada, se cambiaba de ropa y se vestía con una chaqueta gris cruzada y un pantalón negro que se había comprado con

el primer sueldo que cobró, junto a una camisa color rosa y unos zapatos, un conjunto con el que, según decía la dependienta del establecimiento, estaba muy favorecido.

A la salida de la fábrica un grupo de trabajadores se le quedó mirando sorprendentemente con gesto burlón, entre ellos unos cuantos gallegos desconfiados que, primeramente, se habían instalado en el sur de la provincia de Santa Fe y trabajaban allí desde hacía años, contribuyendo a la riqueza nacional. Daniel, sin saber por qué, nunca hizo amistad con ninguno de ellos. Después de la dura jornada se perdía por los bares y tabernas donde cantaban y bailaban tangos que a él le parecían lamentos de cornudo.

Cuando se iba a la cama con alguna de aquellas prostitutas que bailaba tangos con clientes que pagaban bien, entre la trampa de los sueños, con los ojos cerrados si había luz, evocaba a Sonia mientras acariciaba la piel maltratada que tenía entre los dedos.

No asistió a la boda de Sebastián y Sonia aduciendo a última hora que una gripe lo retenía en la cama con fiebre. Pero, cuando un tiempo después, Sebastián le comunicó que habían sido padres de una niña muy bonita

y que deseaban que él fuera el padrino, se sintió halagado. Preguntó el día y la hora y aceptó sin dudar.

La niña trajo una alegría inmensa a la familia. Los abuelos aseguraban que se parecía a Sonia, como si ésta hubiera vuelto a nacer. Fue por entonces cuando le propusieron a Daniel que dejara el trabajo en la fábrica de ladrillos y que se encargara de unas tintorerías del padre de Sonia. Respondió que no sabía nada de aquel negocio, y que aunque el trabajo que tenía era duro, no le importaba: “Cobrarás el doble”, ofreció Sebastián. Al final lo convenció y quedó en ir a hacerse cargo un lunes por la mañana. Se despidió de los empleados de la fábrica. Verdaderamente más de cuatro se alegraron de que se fuera bien lejos de allí porque trabajaba como un caballo y llegaba a poner en evidencia a los demás: “Si alguna vez vos querés volver, aquí tendrás un sitio, viejo” —le dijo el dueño del negocio.

Guardó el dinero que acababan de pagarle y salió del despacho como si hubiera cometido un delito.

Bernardo, el padre de Sonia, poseía cuatro tintorerías que daban un buen rendimiento económico. Sebastián pensó que Daniel era el hombre de confianza para aquel puesto. Recordó el día que fue a buscar a su amigo a la

fábrica donde trabajaba de manera incansable haciendo ladrillos rudimentarios, poniendo la mezcla del barro en un molde. Podía hacer dos jornales en un día porque su físico se lo permitía. En aquella fábrica no sólo trabajaba él, también unos antiguos compañeros del batallón estaban allí. A Sebastián le pareció que podría realizar un trabajo no tan pesado y más gratificante. La actitud de Daniel era un poco incomprensible. Desde que la pareja se comprometió hizo todo lo posible por alejarse de ellos, parecía querer olvidar aquel tiempo de locura por la novia de su amigo con el trabajo pesado, amasando el barro, que antes habían cargado en una hondonada situada a unos kilómetros de la fábrica, y convirtiéndolo en ladrillos. Llegó a hacer tres mil en un día y los demás trabajadores empezaron a odiarlo, le llamaban Daniel Estajo, recordando al trabajador ruso. Apenas hablaba con nadie. Ni Sonia ni Sebastián sospecharon nunca la atracción que lo consumía desde el día que los dos amigos conocieron a la joven. A Sebastián se le ocurrió hacerlo padrino de su hija Adela.

El equilibrio y la felicidad que disfrutaba Sebastián con el deseado nacimiento de la niña, se mezclaban ahora con el recuerdo de la guerra que iba convirtiéndose en

obsesión con el paso de los años. Pensaba en aquella mañana, cuando Gavarón, el motorista les comunicó la fatídica noticia de la muerte de sus padres, cómo el nombre de Justo Vendrell dejó de tener, poco a poco, forma abstracta. Sin querer sentía un odio contenido. Quería olvidarse de todo aquello, pero no lo conseguía, y en el fondo se sentía culpable como un cobarde a quien ofrecen un puente de plata para huir y luego no recuerda a su enemigo. Y en sus pensamientos vio su pueblo, su infancia, y apareció nítido el rostro preocupado de su madre durante los primeros días de la guerra. Por eso se alegró tanto cuando Sonia le anunció que la niña llevaría el nombre de su madre.

Las tintorerías de Bernardo estaban situadas en un radio de seis kilómetros. Daniel decidió instalarse en la más importante y también la más conflictiva, situada en la calle Bolivia, en el centro de la ciudad de Buenos Aires. El negocio de las tintorerías tenía para él la fascinación de lo desconocido. Se impuso un reto que consistía en lo siguiente: “Se puede ganar más dinero del que confirma el último registro de caja”. Y así fue. Tal vez inconscientemente, quería demostrarle a Sonia que

también él tenía ideas, que podía ser eficiente en cualquier trabajo que le propusieran.

Lo primero que hizo aquel día fue reunir a los veintiún trabajadores, hombres y mujeres. Cuando se presentó, en seguida les preguntó si tenían alguna queja pendiente. Parecía que apreciaban a Bernardo, pero que por culpa de las máquinas de planchar antiguas no devolvían a la clientela con más rapidez la ropa limpia. Daniel propuso que le mostraran catálogos de nueva maquinaria y la lista de clientes. (Eso lo había aprendido del dueño de la fábrica de ladrillos.) Se dio cuenta que casi todos eran clientes particulares, pero no había restaurantes, hoteles ni hospitales, éstos no aparecían en las facturaciones. Las tintorerías no se encargaban de la limpieza de sábanas, cortinas, colchas o piezas de ropa que se ensuciaban continuamente.

Poco después, se despidió antes que Sebastián apareciera. Le dio un beso en la mejilla cuando Sonia lo acompañó hasta la puerta. Ya en la calle respiró hondo, le asomó un brillo en la mirada y esbozó una sonrisa de tristeza.

En aquellos días Daniel no sabía qué le depararía el destino a un hombre como él, solitario y sin familia.



“Somos lo que somos por los recuerdos”.

Así comenzó, después de que un hombre mayor de cabellos blancos y vestido impecablemente de gris claro hiciera la presentación del autor del libro. Los ejemplares se apilaban a docenas en una de las librerías más prestigiosas de Montevideo. En las estanterías, desde unas fotografías de estudio, grandes, en blanco y negro que oscurecían su parietal derecho, sonreía ligeramente triste, como si llegar a la publicación de aquel libro le hubiese costado un gran esfuerzo.

Siguió diciendo a una cincuentena de personas que atendían sus palabras: “El futuro está entre nosotros mucho antes de que suceda. Lo dijo Rilke, y yo estoy completamente de acuerdo”.

Hacía exactamente diez años que Sebastián había llegado al continente sudamericano. Ahora era un hombre feliz con Sonia y una niña preciosa nacida a los nueve años de matrimonio. Se encontraba en aquella librería de forma casual, se hallaba allí por curiosidad. Sonia se había quedado en la peluquería del hotel. Montevideo le atraía inexplicablemente. Siempre recordaría años atrás, ese día, cuando vio al acorazado alemán Graf Vori Spee, acorralado en su huida en presencia de centenares de ciudadanos. Recordó allí, en aquel momento, sin saber demasiado bien por qué, cuando el presentador del libro expresó un pensamiento del poeta checo, al acorazado Almirante Graf Von Spee, cuando avanzaba por las aguas del Río de la Plata, hacía su destino. Un destino del que ya no tenía ninguna oportunidad de huir. Continuó recordando, con una sensación extraña en el estómago, como si su mente fuera a sumergirse en el recuerdo de aquella batalla naval, y que le hizo dudar del odio que sentía por los alemanes. La tripulación de aquella nave poderosa que, según decían, había hundido centenares de toneladas de buques aliados, camuflándose, hasta instantes antes de enviar al fondo a las codiciadas presas había provocado su captura inmediata, como un desafío a la escuadra inglesa.

Entonces, el acorazado de bolsillo estaba herido y cercado. Sin tener todavía restauradas las heridas, los cazadores lo esperaron a la salida del emblemático río para mandarlo al fondo de las aguas, allí donde él había enviado en poco tiempo a infinidad de barcos ingleses. La perfecta y moderna nave alemana enfiló su proa hacia el mar abierto, hacia el horizonte moteado de barcos ingleses que la esperaban amenazadores. Algunos marineros prefirieron partir con el acorazado y correr la misma suerte que el capitán Hans Langdorff, que sólo había recibido un permiso de permanencia de setenta y dos horas en Montevideo para reparar el Almirante Graf Von Spee que, con apenas 10.000 toneladas, era una obra maestra de la ingeniería naval alemana. En todo caso, podría haber desertado con el grueso de la tripulación, tal vez, por este motivo Sebastián saboreó el sentimiento encontrado de saber que marchaban hacia una muerte cierta. Desde donde él lo presencié, todavía distinguió cómo desde los barcos ingleses salían, por la parte de babor, las columnas de humo blanquecinas de las salvas al abrir fuego. El sonido de los cañonazos llegaba a los oídos unos segundos después. Más tarde, el acorazado alemán se deshacía como si fuera de latón. Los proyectiles de gran calibre impactaron sin piedad en

aquella singular nave, causándole desperfectos irreparables. En pocos minutos se doblegó cansada por el castigo, yendo a reposar al fondo del Atlántico. La trágica secuencia había finalizado. La multitud allí concentrada lanzó un grito que pareció de desesperanza y de alegría a la vez, aunque la mayor parte de la gente parecía celebrarlo. Eran imágenes grabadas en su cerebro que perdurarían toda la vida, porque pertenecían a la memoria colectiva de aquel país.

La dirección del soldado muerto en alta mar lo había traído por primera vez a aquella ciudad, Montevideo. Cuando pronunciaba su nombre, por asociación de ideas, le venía a la mente su travesía en el Neuquén.

Sebastián nunca encontró a quienes buscaba. Preguntó a los vecinos de aquella calle angosta y tampoco supieron darle información de los habitantes de la casa abandonada, que se mantenía en pie de milagro. Se respiraba polvo, olvido, soledad y auténtica desolación. Tal vez nunca sabría qué relación tenía aquella casa con el soldado muerto en el buque.

Fue antes de casarse, cuando le dijo a Sonia que tenía el deber moral de ir a Montevideo para notificar a quienes vivían en aquella dirección que llevaba en la cartera del

soldado muerto en el Neuquén, qué habría sido de él. Investigó, pero nunca supo nada de los que vivían en aquel domicilio.

También tenía pendiente conocer en la Argentina al autor del tango tan recordado que cantaba el del suelo que la mayoría de los mortales raramente observaban. Una tarde casi al anochecer, se cayó pesadamente llegando a la puerta de la casa y se rompió la cadera. Tiempo después, una complicación pulmonar se lo llevó a la otra vida.

IV

Sebastián y Sonia esperaban a Daniel aquella tarde soleada de mayo. A lo largo de los años no faltó nunca en el aniversario de Adela, su ahijada. Era como un ritual, como algo sagrado. Siempre la obsequiaba con un regalo: desde un vestido o un collar, hasta unos pendientes, o un libro de actualidad en España, como *Las últimas banderas*. Él intentaba que cada año fuera diferente. Adela quería mucho a su tío Daniel, como si verdaderamente fuera el hermano de su padre. Daniel veía en la joven tanto parecido con Sonia que de manera inconsciente se dejaba querer, como si compartiera con ese sentimiento parte de la obsesiva atracción que sentía por Sonia. Adela siempre le decía: "Sólo estoy segura de verte el día de mi cumpleaños. Tendrías que venir más a menudo tío Daniel" —le reprochaba con cariño Adela. "Sí que vengo. Lo que ocurre es que tú no paras un momento en casa", se disculpó. "¿Sabes una cosa? He aprobado las

matemáticas con matrícula”, le dijo contenta. “Eres una eminencia”, respondió Daniel, adoptando un tono solemne, para después volverse burlón y decirle que era una empollona, pero no se extrañaba ya que esa sabiduría se la había transmitido él, su padrino. Después venían las risas. Y Adela lo abrazaba. La joven era un torbellino, de carácter abierto y simpatía arrolladora.

El día que Adela le presentó a Víctor, su novio, Daniel se percató más que nunca del paso del tiempo, ¿Cómo habían transcurrido los años tan rápidamente? Y sintió una sensación extraña de soledad, como si todo huyera a su alrededor.

Para Sonia y Sebastián treinta y seis eran los años transcurridos juntos, toda una vida para una pareja. Adela se había hecho mayor como en un milagro, pero, a la vez, el tiempo parecía haberse detenido. Adela era una réplica de Sonia a los veinte años, pero con un carácter más fuerte. A los veintiséis años era doctora en matemáticas y daba clases en la Universidad de Buenos Aires, comprometida con los desheredados de la fortuna, con el silencio cómplice de Sebastián y la pena profunda de su madre, quien la veía pasar por delante de ella como una exhalación, parecía que sólo Adela pudiera arreglar aquel

mundo de sindicatos, de huelgas, de protestas y de agravios que el gobierno de María Estela Martínez de Perón parecía provocar. Hasta que, un mes de marzo de 1976, el general Jorge Rafael Videla encabezó el golpe militar. A partir de aquel momento, Sonia y Sebastián probaron el jugo del sufrimiento más puro, ese jugo que desvela por las noches, que no abandona ni del alba al día, que ocupa todos los pensamientos, que hace que la comida no sepa a nada y si se intenta encontrar el gusto sabe a corcho, a hiel sin tregua. Adela se fue un domingo por la tarde con Víctor, su novio, un joven médico, que no se separaba de ella, y nunca más los volvieron a ver, ni muertos ni vivos. Se los había tragado la dictadura del odio y del egoísmo, de la incomprensión, de la mentira, de la envidia... Sebastián y Sonia movieron todos los resortes, acudieron a las amistades que podían ayudarles, pero cuando éstas llegaban hasta algún estamento militar el silencio se volvía espeso, llegando a advertir miradas acusadoras, como si Adela hubiera cometido algún delito.

V

En el edificio gris de la Escuela de Mecánica de la Armada Argentina el viento corría por encima del techo de cemento como huyendo del espanto de los gritos de los presos políticos que eran bárbaramente torturados en aquellas celdas. La escuela tenía docenas de dependencias y todas habían sido ocupadas para interrogar a quienes, según el parecer de la dictadura, eran enemigos de la patria, subversivos, comunistas, o simplemente ciudadanos que creían en la democracia, que sólo querían que el pueblo fuera el soberano y el ejército obedeciera la opción que había elegido en las urnas. Adela estaba en una de aquellas celdas, acurrucada bajo una manta que le servía para cubrirse de su frío interior. El primer día que la vio, el teniente Virgilio Aranda dijo al grupo de soldados que estaba bajo sus órdenes que él se ocuparía personalmente de aquella rata comunista. Esa misma tarde, después de bajar del camión

militar donde los metieron cuando los arrestaron en el cine de arte y ensayo, los hombres y las mujeres fueron separados al llegar a la Escuela de Mecánica de la Armada. El teniente, un individuo de unos cuarenta y siete años, se fijó desde el primer momento en la que sería su víctima preferida. Cuando terminaron de separar a las mujeres, el teniente la cogió por la pechera de la blusa de seda blanca y la empujó suavemente, con un gesto que contrastó con los culatazos de los fusiles que recibían sin piedad los demás detenidos.

—Vení conmigo, guacha, vos sos algo especial, debés saber muchas cosas de esos cerdos comunistas.

Ella vio entre las palabras del militar cómo golpeaban a su novio Víctor en la espalda con un subfusil y cómo caía al suelo con la nariz rota y la cara llena de sangre. Desde aquel instante desapareció el amor de su vida, como si nunca hubiera existido, como si lo vivido antes fuera un sueño esplendoroso. El teniente Virgilio la hizo entrar en uno de aquellos habitáculos, preparado con los aparejos de tortura más escalofriantes. Lo primero que Adela vio fueron unos hilos de alambre separados por un aparato que transmitía corriente eléctrica; sólo mirarlo producía

una inquietud difícil de explicar. Algo primitivo, salvaje, no la dejaba creer que tanta crueldad fuese posible.

La mente de la chica iba desde la más absoluta confusión al pánico más lacerante.

—Vos te quedás conmigo. Más te gustará esto —dijo, cogiéndose sus partes con una mano—. Es mejor que la picana.

Adela seguía en un rincón de la celda con la manta por encima y temblando con un escalofrío que hacía que los dientes le castañetearan. Pero ella aún no había llegado a comprender el infierno en el que acababa de ingresar.

—Sacóte las pilchas que te voy a reventar. Aquí no hace frío. Y te vas a meter en la cabeza lo que te voy a decir; desde esta tarde sos solamente mía, me pertenecés. Si advierto un mal gesto, te rompo la cara y pasarás a la galería número 3, y desde allí ya no se va a ninguna parte.

Ella seguía temblando como si estuviera desnuda en el Polo Norte. En su cerebro entraban los gritos de los presos de las celdas contiguas. Y hasta llegó a escuchar:

“Oye, no te pases con la picana que así no podrá contarnos ni hasta tres, que venga el médico y lo

reconozca.” Otra voz dijo: “Muchos de estos hijos de puta se hacen los muertos, para que no sigamos interrogándoles y los dejemos en paz”.

La víctima no fingía. Después de auscultarla el médico dijo que tuviesen más cuidado con aquel aparato que podía paralizar el corazón con la descarga eléctrica. La misma voz que habló al principio dijo: “Sáquenlo y que no quede ningún rastro. Ha sido un accidente”. Adela en aquellos momentos estaba segura que reconocería entre mil aquel timbre de voz.

Escuchó todos aquellos diálogos en tan corto espacio de tiempo que su cerebro no podía coordinar. Hasta que se vio encima de una mesa rectangular llena de manchas de sangre de distintas tonalidades. No hacía falta imaginar que allí se torturaba.

El teniente Virgilio, con un brillo en los ojos entre la lujuria y el odio, de un manotazo le arrancó la blusa y una parte del sujetador. Las piernas de la chica comenzaron a temblar con más intensidad, como si ya le hubiesen aplicado la corriente eléctrica. En cambio, notó un bigote punzante que le restregaba los labios, y una piel grasienta que se paseó por su rostro. Creyó que desfallecía, pero no, ahora estaba atormentada por los lamentos de

alguien a quien estaban torturando y decía claramente: "Sacóme las ratas de encima, por favor." Y enseguida unos lloriqueos largos y amargos. Pensó permanecer quieta. Sospechaba que podría sufrir una violación, pero imaginando lo que le estaban haciendo a aquel pobre desgraciado con las ratas, pensó, en aquellos momentos de dolor, que todavía tenía suerte. Tuvo la sensación de no ser ella, se dejó desnudar como una muñeca rota, notaba la respiración de aquella bestia que recorría con la lengua su cuerpo. Sólo sentía asco y ganas de vomitar hasta que Virgilio Aranda, como un animal, le mordió el sexo; entonces un pensamiento de niña atravesó su mente, parecía que fuera a comérsela, como en los cuentos infantiles, tal era la confusión en que estaba sumida. Ella desnuda completamente encima de una mesa no muy grande y ahora Virgilio sobre ella con los pantalones bajados, metido entre las piernas de mármol de Adela, como si ella no fuese una mujer. La chica estaba sorprendida por la furia, cuando después le buscó la boca y la besó ella olió su propio sexo sudado. El teniente la penetró con toda la fuerza salvaje que fue capaz. Ella sintió como si la vagina rechazara aquel miembro, pero no gritó. Al cabo de unos minutos interminables Virgilio quedó jadeante encima del cuerpo aplastado de la joven,

notando correr dentro de ella el semen de aquella bestia, que ahora no se despegaba de encima y parecía dormitar en silencio. Adela pensó en sus padres, que seguramente estarían buscándola con un alarmante desasosiego. Ella y su novio simplemente estaban viendo una película de Fellini. Cómo podían haber sido detenidos por eso y ser considerados enemigos del Estado.

De pronto, el militar pareció despertar del letargo y comenzó a golpearla en el rostro y a insultarla:

—La de veces que habrás cogido, hija de la gran puta. Pero desde este momento sos mía. ¿Ves esta llave? — dijo, reafirmandose.

Ella no contestó; no podía, no comprendía toda la verborrea de aquel cerdo después de haber sido violada.

—No sé cómo te llamas ni me importa.

Adela veía borroso.

—Para mí vos serás Ángela, desde ahora en adelante, me gusta ese nombre. En cuanto te vi, me entraste. Eras distinta a esa chusma maloliente que traen. Si te portás bien, quién sabe, posiblemente algún día salgas de aquí.

Aunque tendría que jugarme mi carrera. ¡Así que no me seas pelotuda!

Cuando se fue cerró la puerta echando la llave. Ella quedó desnuda sobre la mesa fría y manchada de sangre como si un rinoceronte hubiera pasado por encima de su cuerpo. Fue verdaderamente horrible. El caos reinaba en la cabeza de Adela, su mundo se había vuelto completamente loco. Ahora recordó a Víctor, su novio, tal vez lo habrían matado después de torturarlo. Recordó las reuniones en la Universidad, las conferencias. Ella se dejaba llevar, porque pensaba que los desheredados de la fortuna debían poder acceder a lo más indispensable para tener una vida digna y participó de aquellas ideas que a ella le parecían más humanistas que las conservadoras inamovibles, que nunca permitían cambio alguno. Aunque sabía que su padre compartía aquellas ideas que había traído consigo desde España, en casa no hablaba casi nunca de política. A Sebastián en el fondo no le gustaba que su hija se comprometiera políticamente. Ahora ella estaba comprendiendo y sufriendo el por qué en sus carnes.

La noche, imaginada por la poca claridad que dibujaba una raya en la parte baja de la puerta, fue apagándose. Y

la oscuridad más espeluznante se hizo en aquel habitáculo. El pobre desgraciado de la celda contigua seguía gimiendo y gritando que las ratas se lo estaban comiendo. Adela se tapó los oídos con el faldón de la blusa desgarrada, incapaz de seguir oyendo los alaridos y los sollozos de aquella persona. Pensó que si le hubiera tocado a ella pasar aquel martirio, ya estaría muerta, pues sólo con pensar en la imagen de las ratas, se sentía desfallecer. La violación que había sufrido le pareció inmensamente mejor que lo que le estaban haciendo a aquel detenido, tal vez, por los mismos motivos que ella. No acababa de entender la crueldad de aquellos torturadores que se alzaban como salvadores de la patria. ¿Qué patria?

Su sexo le dolía en lo más profundo. Pero el cansancio y el sueño pudieron más que aquel dolor y se durmió con la espalda apoyada en la pared, sentada en el suelo y con la manta echada sobre los hombros, como una virgen rota en completa oscuridad.

Cuando se despertó no podía precisar ni el día en que vivía ni las horas que habían transcurrido sucias y llenas de espanto. Incomprensiblemente, deseó que Virgilio entrara por aquella puerta forrada de latón con clavos

cuadrados. Unas moscas revoloteaban encima de ella. Del techo colgaba un cordón con una bombilla, miró buscando el interruptor, pero no había. La luz la daban desde fuera. Tenía la cabeza hecha un lío y las imágenes de sus padres se hicieron precisas, y su casa y la cantidad de vestidos que su madre le compraba, aunque ella prefería los vaqueros desenfadados para ir a la facultad. Intentó incorporarse y casi no pudo; cuando lo consiguió respiró hondo y tuvo una gran sensación de hambre. Sí, tenía verdadera hambre, intentó recordar la última vez que había comido y bebido, pero no pudo, los últimos acontecimientos se lo habían impedido. Se mordió la lengua un rato, porque en un libro había leído que de aquella manera se producía saliva y se podía permanecer más tiempo sin beber.

No sabría calcular el tiempo que pasó pensando en las cosas más absurdas que la mente humana puede imaginar. De pronto oyó unos pasos y una voz que decía: “A sus órdenes, mi teniente”.

El chasquido de la cerradura la sobresaltó. La puerta se abrió lentamente, pero sólo lo indispensable para que la gruesa figura de Virgilio, cargado con unas bolsas de

cartón, pudiera pasar. Avanzó hasta donde se encontraba Adela. Ella lo miraba de un modo indescifrable.

—¿Cómo está mi Ángel? Me he pasado toda la noche despierto pensando en vos. Mi mujer me parecía una muía dormida.

Virgilio Aranda se había casado con la hija de un coronel retirado, diez años mayor que él, por dinero. Desde la violación de Adela iba como perdido en el rostro y en el cuerpo de la joven. Su mujer mandaba más que él y nunca se atrevió a pedirle extravagancias sexuales que seguro no estaría dispuesta a aceptar. No tenían hijos. Él no se sentía satisfecho, como le había confesado a un compañero de armas. Pero ahora era el dueño y poseedor de un gran tesoro, una esclava... joven y guapa.

—Mira lo que te traigo —le dijo dejando los paquetes encima de la mesa. Y la miró, pensando: “Es mía. Solamente mía”.

Adela lo observó desde el miedo y el odio.

—Pórtate bien y te aseguro que todo te irá mejor. Tomá, comé. Te he traído embutidos, pasteles y leche...

A ella se le llenó la boca de saliva y le pareció que Virgilio no era el terrible violador. Aún pudo discernir que se estaba convirtiendo en una bestia, o mejor dicho, el vacío de su estómago que le recordaba que hacía días que no comía.

Virgilio sonreía como si Adela fuera un animal de zoológico al que alguien alimentaba.

Adela, sin poder aguantar ni un solo instante, cogió un pastel de crema y lo masticó rápidamente. Comenzó a comerse otro y Virgilio dijo:

—Te va a sentar mal, tenés que comer poco a poco. Ahora te vas a duchar, estás sucia. Te he traído esto para que te arregles.

De uno de los paquetes sacó un peine, un cepillo y crema de dientes, carmín rojo, maquillaje, unas medias negras y unas bragas del mismo color. Faltaba el sujetador. Para los fantasmas que tenía Virgilio en la cabeza no hacía falta.

La ayudó a levantarse, hizo que se duchara. Él le echó suavemente el agua por la espalda, le lavó el sexo con un jabón espumoso y después la secó con una toalla, que salió de manera inesperada de uno de los paquetes.

Adela se dejaba hacer, notó que su cuerpo quedaba limpio y se sintió bien. Después el teniente la cogió en brazos y la sentó encima de la mesa. Ella lo miraba como ausente, con las piernas frías colgando. Virgilio cogió el pintalabios, la sujetó por la nuca, y comenzó a pasar aquella pintura roja por los carnosos labios de Adela sin que ésta moviera un solo músculo del rostro. ¿Qué podía hacerle? Sólo tenía ganas de vomitar, pero no podía. Él continuaba repintándole los labios, ahora saliéndose del perfil, de las comisuras. Al tener la boca entreabierta, ella saboreó el carmín ensuciándole los dientes. De la segunda bolsa sacó algo que parecía un capote militar de gala. Adela estaba aterrorizada. La bajó de la mesa cogiéndola de las axilas, hizo que se arrodillara en medio del habitáculo, le acarició el rostro. Adela ofrecía una estampa de un surrealismo imposible; Virgilio con toda la parsimonia puso el capote que parecía de opereta por encima de los hombros de Adela que semejaba el de un general argentino. Se desabrochó los pantalones y acercó el pene a la boca pintada. Adela creyó morir de asco; si alguien hubiera presenciado el acto le habría parecido que un militar de alta graduación le estaba haciendo una felación a Virgilio, que demostraba en aquel momento su poder. Pero la realidad era que su esclava no pudo

aguantar las náuseas por el olor que desprendían las partes de aquel miserable teniente y le vomitó encima desde el ombligo hacía abajo. Adela sintió una gran bofetada cerca de su oreja izquierda y quedó momentáneamente ensordecida. Levantó su mirada turbia y Virgilio siguió golpeándola en ambas partes del rostro, que de pronto adquirió un matiz sonrosado y un aspecto extrañamente saludable.

La cogió por el cabello y la hizo levantarse empujándola contra la pared como si fuera un enemigo que le hubiese atacado.

—Guacha, te he dicho que sos mía. ¡Sos mi esclava! ¿Entendés?

La soltó de pronto y ella, envuelta en aquel capote, resbaló lentamente hasta quedar sentada en el frío suelo.

Virgilio se quitó los pantalones, los calzoncillos, las botas y los calcetines, mostrando un culo peludo como el de un orangután que se movía torpemente.

Cogió la manguera de la que salía un fuerte chorro de agua para limpiar el vómito de Adela. Una vez aquella materia parecida a una papilla hubo desaparecido, el teniente enrolló con fuerza los pantalones, los calzoncillos

y los calcetines, retorciéndolos y dejando caer sólo algunas gotas. Extendió las piezas encima de la mesa. Seguidamente pasó el agua de la manguera por el rostro y los pechos de la prisionera, y luego levantándola en el aire la depositó encima de la mesa bocabajo. No le quitó el capote, que estaba medio mojado, lo arremangó dejándolo arrugado sobre su nuca. El culo joven de Adela quedó a su antojo. Él avanzó un paso y se enervó automáticamente como un adolescente en presencia de aquellas nalgas. Momentos después la penetró. Adela no emitió ni tan sólo un gemido, volvió a tragarse toda la repugnancia que el mundo le ofrecía, rendida y perdida en aquellas circunstancias tan amargas. Le pareció que estaba ya muerta y que aquello era el infierno que alguien le describió un día lleno de sufrimientos. En cambio, Virgilio disfrutaba como una bestia, como nunca lo había hecho y emitía alaridos horribles, como si galopara a gran velocidad encima de una yegua a la que dominaba; después bramó como un rinoceronte. Tuvo un orgasmo fuerte y al mismo tiempo doloroso. (Había sangre encima de la mesa). Gimiendo le dijo:

—Te voy a reventar, así aprenderás... ¡Carajo! —el teniente parecía un loco.

La joven se quedó en la misma postura en que la dejó y a pesar de todo se durmió, con el dolor del desgarró. Él estuvo un buen rato contemplándola, con mirada de violador satisfecho. Aún con la ropa mojada se vistió y le dio una palmada al culo a modo de despedida. Adela oyó el ruido de la cerradura muy lejano, como a través de un túnel con resonancias múltiples. El capote estaba confeccionado con una tela fina que le acariciaba la piel, se cubrió toda. Casi no podía caminar cuando con mucho esfuerzo bajó de la mesa. Cerró los ojos y apretó las manos tanto que pensó que se había clavado las uñas, pero éstas eran tan frágiles que parecían de papel de fumar. Fue al retrete y expulsó un líquido viscoso. Su organismo estaba muy cerca de padecer, probablemente, una anemia. Habría perdido al menos seis kilos. Antes de detenerla, estaba ya más bien delgada, aunque tenía las formas suficientemente marcadas. Su cintura breve, los pechos altos y las caderas perfectas disimulaban su delgadez. Ahora se le notaban las costillas marcadas y el estómago hundido; no podía verse la cara, no había ningún espejo donde poder mirarse. Con precaución, para no resbalar, se lavó donde había padecido el desperfecto. El agua fría le dio vida, la sacó del amodorramiento en que se encontraba. Se secó con el capote y se dejó caer

en el rincón donde la espalda le hacía un hueco. Con un trozo de pastel se tapó los agujeros de las orejas para no escuchar otra voz; ahora era la de una mujer, que gritaba desde otro habitáculo que le quitaran las ratas de encima.

Sus mecanismos de defensa obraron inconscientemente para no oír la barbarie que estaban cometiendo con aquella persona. Se sentía sucia, completamente deshecha. Todavía no se había acostumbrado a la penumbra, pero pensó torpemente que estaba perdiendo vista de manera alarmante. El sabor agrio en el paladar no la dejaba, y los ojos mostraban las pupilas dilatadas, como si vinieran de una pesadilla inacabable. Parecía que llevara muchos días sin dormir. También le habían aparecido unas ojeras profundas, pero no alrededor totalmente de los ojos, sino unas marcas desde donde comienza la nariz al lado de los lagrimales hasta una línea inclinada a pocos centímetros. La palidez era patente en aquel rostro de virgen de porcelana.

Ella recordaba el rostro y el bigote negro y repulsivo de Virgilio que le había raspado la piel. El teniente tenía la nariz grande y aguileña, los ojos marrones y pequeños, las cejas negras y anchas; las patillas enredadas y peludas le

bajaban hasta la altura de la boca. Los labios finos, contrastaban con su envergadura y la tripa gorda parecía la de una boa que acabara de tragarse una cabra. Adela tenía el presentimiento de que sería muy difícil escapar de aquella horrible pesadilla, donde cada día desfallecía y la debilidad se hacía notar desde dentro de su alma. Sólo la acumulación de los acontecimientos hacía que se negara en algunos momentos a admitir que fueran ciertos, pero la tortura incesante y el dolor de la vulva eran tan fuertes, como el otro desgarró, y se desmayó, como en una muerte súbita. Fue extraño que no le hubiera sucedido antes durante la violación y que horas después perdiera el conocimiento. Ya no tenía noción del tiempo en el poco espacio que le habían asignado. El recuerdo de sus padres, su novio y amigos, estaba tan lejos que parecía que ya no existieran. Y la soledad completa la relacionaba, hacía días, con la bombilla sucia que colgaba del techo y que daba una luz azulada mortecina como si estuviera cansada de ver tanta monstruosidad.

Fuera, en el patio polvoriento y rectangular de la Escuela de Mecánica de la Armada Argentina, a cuyos lados se alineaban las celdas, un sol resplandeciente

imponía el contraste con el oscuro habitáculo en el que se encontraba Adela.

El teniente Virgilio Aranda se lavó las manos minuciosamente con agua caliente de un grifo, como si se las quisiera desinfectar. Después impartió órdenes a unos soldados que se encontraban cerca de la puerta separada por una alambrada por la que se entraba a aquel infierno. Se alejó en dirección hacia donde tenía el coche aparcado, un vehículo tan negro como él. Lo puso en marcha y se fue hacia su casa esfumándose por una carretera encharcada. La figura de Adela gobernaba su cerebro. Era suya. Nunca había tenido entre sus brazos nada parecido. Aquel golpe de Estado le daba más poder, todo el poder. Los militares tenían el deber de salvar la patria, eran órdenes de sus superiores que reaccionaron como lo hicieron otros militares en Chile.

Cuando Virgilio llegó al recibidor de su casa, atravesó una estancia encristalada llena de plantas y flores de colorido inflamante, y encontró a su mujer en la cocina preparando la comida.

—Ha sido un día muy duro —dijo quejándose a modo de saludo—. Pero tenemos que cumplir con nuestro

deber, y acabar con esos subversivos de mierda, y hay que hacerlo por desagradable que sea. Vos lo entendés.

Hubo un silencio.

Virgilio la violó tantas veces que ella perdió la cuenta. En aquellas salvajes embestidas del teniente sólo había repugnancia y odio. Cuando se percató de que no le bajaba la regla habrían transcurrido cinco meses. Adela pensó que las faltas podían deberse a su debilidad. Quien lo observó fue Virgilio:

—¿No te viene la regla? ¿Acierto?

Ella no respondió, tragó saliva.

Al día siguiente le dio un recipiente, para que lo llenara de orina:

—Metételo bajo la concha. Venga, date prisa... No puedo perder tiempo.

Ella cerró los ojos y se puso aquel recipiente de plástico entre las piernas, pero no podía orinar:

—Tomó, bebé —ordenó el teniente, y le acercó la manguera del agua, que mantenía un chorro débil al lado de la letrina. La mantuvo cerca de los labios, pero ella a

penas abrió la boca. Al cabo de media hora, cuando pudo orinar, Virgilio estaba impaciente, pero no decía nada, la miraba fijamente, como si ella se negara a entregarle algo íntimo, y entonces impensable. Aunque la imaginación del militar iba acelerada. ¿Estaría preñada? Los ojos le brillaban, contrastando con los de ella, tristes y desesperanzados. Lentamente, separó de ella aquel recipiente. Ahora el líquido se derramaba por los bordes como si hirviera.

—Has meado más de la cuenta, turra.

Sería el último insulto que Virgilio le proferiría. Tapó el recipiente que contenía la orina y lo enrolló en la hoja de una libreta que sacó de uno de los grandes bolsillos de la pernera del pantalón militar, y se lo guardó sujetándolo en la axila, notando el calor que desprendía. No dijo nada más y desapareció detrás de la puerta.

Adela oyó la voz de Virgilio.

“Que nadie entre ahí. La cerda comunista está a punto de confesar todo lo que sabe”.

“Sí, mi teniente”.

Después silencio, que fue pronto roto por los gemidos de los que estaban siendo torturados.

Virgilio fue al laboratorio más lejano de su casa para saber si Adela estaba embarazada. Le dijeron que podía volver a recogerlo al día siguiente, que ya tendrían el resultado. En toda la noche no pudo conciliar el sueño, dando vueltas y más vueltas en la cama. Su mujer le preguntó qué le pasaba y él le contestó que le dolía el estómago, que la cena le había sentado mal.

Cuando en el laboratorio le confirmaron el embarazo de la mujer a la que pertenecía la orina, el rostro duro y verduoso de Virgilio se iluminó, como si por un momento hubiera recobrado la humanidad perdida.

—¿Está seguro?

—No cabe la menor duda.

Salió de aquel laboratorio sin recordar ni dónde había aparcado el coche. Estaba totalmente turbado y comenzó a contar los meses que faltaban para que Adela pariera. “Dentro de unos meses”, pensó. “He de cuidarla, de tratarla bien, de alimentarla”. Tendría que hacer creer que su mujer estaba embarazada y que estaba preocupado por su salud.

Era ya de noche y las sombras cubrían aquella siniestra Escuela de Mecánica cuando Virgilio abrió la puerta del habitáculo. Llevaba en los bolsillos de la guerrera las medicinas y reconstituyentes necesarios para que ella recobrarla la salud que él le había robado. Y comenzó la farsa gritando para que los guardias de la puerta creyeran que la estaba interrogando de manera brutal. Era todo lo contrario, le daba las vitaminas en la boca y con un vaso de agua le ayudaba a ingerirlas, después empezó a darle fruta poco a poco, y con el paso de los días, alimentos más sólidos. Al cabo de unas semanas Adela no parecía la misma, el trato era suave, la besaba en la frente como si fuera hija suya o algo sagrado. Adela ya sabía que estaba embarazada. Sus pechos se hicieron mucho más voluminosos y también los brazos. Recobraba fuerza día a día. Él se preocupaba tanto como un marido solícito por su correspondiente mujer. Un día le dijo:

—¿Sabés? Creo que nunca he sido tan feliz en toda mi vida. Ella no contesto, qué podía decir...

Le llevó unos tapones de goma para que no oyera los gritos que llegaban desde las salas de tortura.

—Compréndeme, si te sacara de aquí sospecharían...

Con el paso de los meses, Adela estaba cada vez más hermosa, como les ocurre a las embarazadas. No tenía señales, ni se la veía hinchada artificialmente, las ojeras alrededor de los ojos habían desaparecido hacía meses y mantenía las costillas cubiertas de carne. Si algún guardia hubiera entrado en la celda no hubiera comprendido qué milagro se había producido. La joven estaba espléndida como una diosa y Virgilio no se atrevía ni a tocarla. Así pasaban los meses. El militar gritaba, la insultaba y fingía que le pegaba patadas, para que los guardias que se encontraban fuera creyeran que la seguía interrogando. Adela no acababa de comprender aquella actitud de su opresor y violador. Y es que lo que más deseaba Virgilio en aquellos momentos era ser padre, de un hijo biológico, no adoptado y sin proponérselo, iba a conseguirlo con una joven. Se sentía incluso más hombre y comenzó a odiar a su mujer porque años antes le había hecho dudar de su virilidad. Ella era la que tenía el dinero y él, con la paga de teniente, tenía que aguantarla si quería vivir con los lujos que ella le ofrecía. Por eso, con el paso del tiempo como no se quedaba embarazada, parecía reprocharle que fuera él quien no servía. Ahora al comprobar lo contrario miraba a Adela con una ternura

inexplicable meses atrás. Le acariciaba el rostro mientras gritaba:

—¡Cerde comunista, contorne todo lo que sabés de tus compinches o te sacaré los ojos!

Después, silencio, y le decía al oído: "Tomate la fruta y las vitaminas." Con mucho cuidado le extraía sangre y la llevaba al mismo laboratorio para ver cómo evolucionaba. Allí le decían que todo iba normal y que siguiera con el mismo tratamiento. Virgilio pensó en alguno de los médicos que conocía para cuando llegara el momento del parto. Tenía que ser perfecto. No podía dejar que aquella criatura tuviera algún problema al nacer. Estuvo cavilando muchos días y muchas noches inciertas y, al final de su búsqueda mental, apareció la imagen de la comadrona que había asistido a su madre cuando él nació. Investigó y averiguó que aún vivía en la ciudad; ya retirada, se dedicaba a coleccionar sellos. La llamó por teléfono y fue ella misma la que se puso al aparato. No tuvo más remedio que contarle toda la verdad: "Al fin y al cabo se trata de salvar a una criatura que nada tiene que ver con el conflicto. Yo sólo cumplo órdenes", le dijo disculpándose. Hubo un silencio como si la comunicación se hubiera cortado.

—¿Me escucha?

—Sí, pero...

—Usted me trajo al mundo. No puedo confiar en nadie más. Es un favor, como comprenderá, muy personal.

—¿De cuántos meses está?

—De ocho o poco más.

—Está bien, Virgilio, ven a por mí cuando creas que ha llegado el momento. Pero que sea de noche.

No quiero complicarme la vida, sabrás que ya no ejerzo, que estoy jubilada.

—Sí, lo sé. Gracias, la recompensaré.

—No se trata de eso —dijo la voz de la anciana.

El teniente se quedó mirando el auricular como si hubiera conseguido resolver un gran problema. Ya sólo cabía esperar que la naturaleza actuara.

A los nueve meses, puntual, como si su ser no pudiera aguantar ni un sólo día más, Adela rompió aguas, y por la tarde cuando Virgilio fue a verla se encontró con la sorpresa que la joven estaba a punto de parir. Le puso la mano en la vagina y tocó la cabeza de la criatura que

pugnaba por nacer; sin pensarlo la levantó y la puso encima de la mesa, diciéndole:

—Haz fuerza, más fuerza...

Ella obedeció porque desde dentro empujaban, y allí donde sufrió las ofensas más terribles nació una niña cubierta por una membrana. Él, con manotazos imprecisos, sabía que tenía que cortar el cordón umbilical. Con el machete del ejército separó la criatura de Adela. Sin perder un instante le taponó la vagina con una toalla. Cogió a la niña, pero antes se quitó la camisa de debajo de la guerrera, y la envolvió en ella, metiéndola dentro de una bolsa alta de cartón y, sin más, como un ladrón huyó del habitáculo.

Virgilio Arando pensó que lo mejor había sido no necesitar a la comadrona para nada, así todo había salido perfecto, sin testigos.

VI

Habían transcurrido quince meses de cautividad. Una tarde tan calurosa como lo había sido toda aquella semana —las tejas y el latón del techo recalentado sobrepasaban los cuarenta grados- hacía unas pocas horas los habitantes de la tortura ingirieron una sopa de dudoso sabor que les habían servido con una fuerte dosis de droga que, debido a la debilidad producida por el tiempo de reclusión, les provocaría un efecto más que alucinante.

Esa tarde, en la Escuela de Mecánica de la Armada se produjo un gran movimiento, como si guardias y soldados estuviesen preparándose para una misión importante. Todo eran carreras y órdenes que los detenidos oían como una novedad desde que ingresaron en aquel averno. Parecía que en ese establecimiento tenían mucha prisa por hacer entrar en los camiones entoldados del

ejército a aquellos seres a quienes, al salir de los habitáculos, la luz fuerte de la tarde pinchaba en los ojos como un enjambre de avispas, haciendo que las lágrimas mojaran sus rostros. Aquellos seres, a pesar de su juventud, parecían inválidos y envejecidos por el infortunio; después de torturarlos presentaban la estampa de unos recién salidos de un centro gerontológico. Los guardias los ayudaron a subir a los vehículos con una amabilidad que ellos no hubieran comprendido de no haber estado drogados. Cuando los camiones con su carga de carne maltratada se pusieron en marcha, alguno notó el movimiento continuo, secuestrado durante tanto tiempo y se mareó. Con rumbo desconocido, amodorrados, no sabían ni les importaba a dónde los conducían, tenían la mente atrofiada, y en el cuerpo cicatrices eternas. Adela contrastaba entre aquellas personas por su aspecto saludable, parecía estar allí por equivocación. Durante los meses del embarazo, estuvo bien atendida en aquel tenebroso lugar, si se comparaba con los demás detenidos. Le habían devuelto su aspecto, su esplendorosa juventud. Parecía que regresaba de una fiesta y que hubiera bebido más de lo que solía hacer una señorita como ella. Sin embargo, seguramente Adela fue de las primeras personas en

percatarse de la penosa realidad. Veía en los rostros de sus compañeros de viaje una expresión distorsionada, como si los mirara a través de un espejo cóncavo. Se sintió mareada. Después del largo viaje abrieron el portón posterior del camión. Ahora los ayudaban a bajar con cuidado como si tuvieran miedo de que se cayeran a causa de su debilidad. La noche se quedó impresa en los rostros macilentos de los viajeros. Casi todos tenían problemas estomacales, seguían mareados y vomitaron la última sopa en parte como saliva espumosa que se negaba a bajar al aparato digestivo. Los motores de los camiones dejaron de roncar y el silencio cayó como una gran lona sobre aquel solitario aeropuerto, en el que un avión a hélice completamente negro a la vista los aguardaba recortado en el horizonte por el contraluz de la luna llena. Aquellos hombres y mujeres caminaban con lentitud empujados ligeramente por sus guardianes, que los conducían de forma mecánica.

Daba la impresión de que ya habían realizado aquel viaje más de una vez.

El piloto y el copiloto esperaban fumando y, de vez en cuando, miraban por la ventanilla de la carlinga a los

grupos que se aproximaban con lentitud, ayudados a caminar por algunos soldados.

Como un puente levadizo medieval, la popa de la aeronave bajó lentamente, y los hicieron subir por aquella rampa cruzada de listones de madera para no resbalar. Entraron en aquello que a Adela le pareció un túnel oscuro. De pronto se encendieron unas bombillas rojas a un lado y al otro de las costillas del avión de transporte. Adela sentía un bienestar nuevo del que hacía muchos meses, tal vez años, que no disfrutaba. Cuando la nave comenzó el vuelo fue como si flotara entre nubes. ¿O su imaginación intuía las imágenes distorsionadas, o no había ingerido tanta dosis de droga como sus compañeros de viaje? En cualquier caso, del espanto contenido le llegó de golpe una cierta lucidez, y se preguntó dónde los iban a trasladar. ¿No vería más al sádico Virgilio y le aplicarían otra clase de tortura? Respiró hondamente.

A penas se escuchaba el ronquido de los motores. Unas horas después sobrevolaban el océano Atlántico alejándose velozmente de la costa. La mar estaba en calma. La brisa de la noche la había apaciguado. La luna llena parecía de ceniza, dando a todo un aspecto de tranquila realidad, el avión, como si se tratara de un vuelo

sin motor, parecía planear como una gran ave de plumaje negro.

Los guardias se habían situado al fondo del fuselaje. El copiloto entró desde la cabina hacia donde estaban los prisioneros, e hizo una señal al jefe de los militares. Entonces abrieron una trampilla en mitad de la panza del avión. Sin que mediara una sola palabra, uno de los que estaba más cerca del hueco fue lanzando al mar. Luego, rápidamente, uno detrás de otro, fueron desapareciendo en un salto sin paracaídas desde aquella gran altura, como si aún los asesinos quisieran que tuvieran tiempo de darse cuenta que la mar estaba a punto de servirles de tumba. Adela tomó conciencia como cuando un moribundo experimenta la llamada mejoría de la muerte y se enfrenta a ella casi con indiferencia. Había muerto ya tantas veces desde que la detuvieron que, cuando la empujaron para lanzarla al vacío, apenas opuso resistencia y saltó de pie, como si la tierra estuviera a unos metros. Segundos después vio la luna tan grande como el Coliseo romano, tan cerca por el efecto de la droga, que pensó que podía cogerla con la mano... y siguió volando, y le pareció que las estrellas brillaban como nunca y le hacían guiños al mirarla. De pronto,

sintió casi encima de ella más personas que llevaban su mismo camino, como si desde allí fueran a conquistar algún territorio enemigo. Adela daba vueltas en el aire. No sabía si estaba en el cielo o en la tierra, porque el viento le hacía cerrar los ojos; de vez en cuando, un grito cruzaba por la piel del mar. Ella sonreía, como si el viento que la acariciaba le ofreciera lucidez, y comprendió, mucho antes que su cuerpo chocara contra la superficie marina, que la pesadilla había terminado.

VII

Acababan de dar las once y media de la noche en el reloj de carillón del comedor cuando Sonia empezó a desnudarse. Unos días después, Sebastián lo paró porque no quiso escuchar las campanadas que durante años habían señalado las horas más felices y últimamente las más amargas. El reloj quedó en silencio. Sebastián seguía con la costumbre de leer recostado en la cama. Unas horas antes había estado observando cómo Sonia se levantaba del sofá. Había estado viendo la televisión, pero él estaba seguro que no retenía las imágenes que estaba viendo, ni escuchaba las noticias que estaban dando, porque el pensamiento de la mujer y el suyo propio continuaban enquistados en el recuerdo doloroso de Adela. El gesto de tristeza había cambiado, incluso, la expresión de sus rostros. Después, ella entró en la habitación de matrimonio y sentándose delante del

espejo del tocador se cepilló los cabellos maquinalmente. Aquella noche entraba por la ventana la misma luz de luna que su hija en aquellos instantes estaba viendo por última vez antes de estrellarse contra las frías aguas. Nunca hubiera imaginado que pudieran hacerle semejante monstruosidad. Lo máximo que podría pensar es que estaría detenida en alguna prisión del estado hasta que aclararan que ella no pertenecía a ninguna organización subversiva. Adela era una chica que no se dejaba engañar y menos influir por nadie. ¿Qué daño podía haber hecho su hija? —se preguntaba—, si aún era una joven sin demasiada experiencia de la vida. Lejos estaba Sonia de conocer el infierno en que había estado Adela y menos su increíble final.

La felicidad de la que habían disfrutado durante años se fue ahora, exánime, como si jamás hubiera existido. Sebastián parecía siempre pesaroso, y apenas se comunicaban, las palabras parecían haberse alejado. ¿Qué podían decirse? Sólo la tristeza en la mirada los unía. No podían ni hacer el amor, la idea de lo que le estarían haciendo a Adela los aturdía y el ardoroso deseo que sentían desde que se conocieron, se apagó como un cirio encendido debajo del agua, ya sólo les quedaba

ceniza, porque la herida de la desaparición de su hija iba consumiéndolos de una manera alarmante. Sonia no faltaba ni un solo jueves a la plaza de Mayo. Allí encontraba el consuelo de otras madres y familiares que vivían con el mismo sufrimiento, con la misma agonía, con la misma desolación, como si estuvieran dentro de un mal sueño del cual ya no despertarían. Y todas gritaban al unísono:

—¡¡¡Con vida se los llevaron. Con vida los queremos!!!

El grito rezaba también en el texto de las pancartas, y en centenares de fotografías en blanco y negro y en color de gente joven que parecía mirar a ningún lugar determinado.

Sebastián se había convertido en un autómata, sin poder fijar la memoria en nada concreto, buscaba una cosa y se distraía con otra, tenía el pensamiento enrocado de tal manera que ofrecía una imagen turbada. Un día, se pasó toda la mañana buscando su reloj de pulsera, no sabía dónde lo había dejado y al fin lo encontró en el bolsillo de un viejo pantalón. No era posible poder vivir con aquella incertidumbre tan asfixiante; tal vez si la hubieran visto muerta, aquella inquietud de la espera que fue nidificando en los dos no sería tanta, porque todavía,

en cada uno de los rincones de la casa, respiraban a Adela. Si la hubieran visto muerta, hubieran tenido la resignación ganada.

Cuando Sonia dejaba a las madres en aquella plaza reivindicativa, caminaba por las calles de la capital del Plata y, a medida que se alejaba, inconscientemente miraba a las jóvenes que en aquellos años debían tener la edad de su hija. Alguna vez llegó a pensar que Adela podía haber perdido la memoria y no recordar dónde estaba su casa. Era una hipótesis que no podía descartar. Entonces, con un impulso venido de lo más hondo de su cerebro, siguió a una chica que verdaderamente se parecía a Adela en estatura, en la forma de caminar, en los cabellos, en los hombros. Tuvo que correr para poder alcanzarla. Sonia llevaba una ilusión incierta, pero fue la que le ofrecía la esperanza. Sobrepasó a la joven y se quedó delante de ella. Jadeando, la miró al rostro tan fijamente que la chica se sorprendió por la mirada tan penetrante, y porque Sonia, sin darse cuenta, le había cortado el paso.

—Perdona... me habías parecido mi hija. Por detrás es como vos. Perdona...

La joven la miró extrañada por la expresión de contrariedad que se dibujó en el rostro de Sonia. La mirada oscura de la mujer turbó a la chica, pero Sonia no se sintió ridícula. ¿Por qué? ¿Y si hubiera sido su hija?

Lo que les estaba sucediendo era mucho peor que si unos delincuentes la hubieran secuestrado, pidiéndoles después un rescate y que no tuvieran dinero para liberarla, o que estuviera muerta y no pudieran visitar su tumba para llevarle unas flores. La incertidumbre de no saber nada de ella los estaba aniquilando lentamente, como un veneno ingerido día a día, semana tras semana. La chica que había interceptado se sorprendió mucho, tal vez pensó que tenía una doble en algún lugar. La joven desconocida siguió caminando, dándose la vuelta para ver si aquella mujer la seguía. Un golpe de viento le levantó la falda y se inclinó sujetándola con las manos a la altura de las rodillas, mientras algunas personas la miraban. Muchos de los transeúntes caminaban absortos pensando en sus problemas, a la mirada de la gente parecía asomarse la desconfianza en aquellos días.

Un muchacho, agitando un periódico en la mano, gritaba que la guerra de las Malvinas había estallado. Algunos transeúntes compraban la prensa que el joven

vendedor les ofrecía. Sonia imaginó que la multitud era como una nube que se inflaba alrededor de ella oprimiéndola. Atravesó desde la acera la calle, sin mirar a ningún lado. No miraba, ni sabía en aquel instante hacia dónde se dirigía, porque estaba muy confusa. De pronto, una fina lluvia comenzó a dar un brillo especial a las calles. Al cabo de un rato llevaba los cabellos mojados y el vestido pegado al cuerpo; entonces recordó a su marido y que no había preparado nada para comer. Sebastián no protestaba, no le decía nada, no la obligaba, esperando como ella que el paso de los años los desengañara de volver a ver a Adela. Aquella era la cruda realidad, a él ya hacía tiempo que le había abandonado la esperanza de ver de nuevo con vida a su hija. Tantos años de silencio de aquellos salvajes eran demasiado significativos. Aceptaba que su mujer no se preocupara de él lo más mínimo, toda su capacidad mental la monopolizaba Adela obsesivamente. También callaba porque a él le ocurría lo mismo. Así seguían pasando los años y aceptaron la duda del silencio hiriente que les cortaba las carnes como una navaja.

Seguía caminando bajo la lluvia y no la sentía, era como si el recuerdo de la imagen de Adela se hubiera

incrementado más aún aquellos días y la llevara tan dentro que ni el agua de la tormenta que le resbalaba por el rostro, ni la luz cegadora de los relámpagos, ni el sol más esplendoroso, ni la nieve más blanca de cualquier montaña pudieran sacarla en aquel momento de su abstracción, porque, a pesar de todo el esfuerzo mental que necesitaba para conservar la esperanza de que su hija estuviera viva, había momentos que ahogaba los ojos en lágrimas, tantas, que ya no sabía de dónde salían. Se dio cuenta que no respiraba como antes, los pulmones no se le llenaban de oxígeno, era tanta la obsesión que por primera vez pensó que era verdad que las madres de la Plaza de Mayo estaban locas. Las había vuelto locas el amor que sentían hacía los seres desaparecidos. Y si no, que escucharan a Miriam cuando contaba a todas horas que su único hijo Manuel, de veintisiete años, se le aparecía por las noches, ensangrentado, pero vivo y le decía: “Mamá, estoy prisionero porque me parezco a uno de los militantes comunistas que andan buscando y están a punto de detener. Cuando eso ocurra me soltarán”. Miriam, la madre del joven que se aparecía en las noches más oscuras, le dio a Sonia la dirección de una médium, de la que decían que adivinaba dónde estaban los desaparecidos, o por lo menos —añadía— daba pistas

auténticas desde las que seguramente podrían descubrir o encontrar el hilo de aquella telaraña que conducía al laberinto que los militares guardaban tan herméticamente.

Entró en casa como una autómatas, con un aspecto deplorable. Sebastián no estaba en la vivienda y Sonia se dirigió hacia el cuarto de baño, se desnudó y dejó la ropa al lado de la bañera. La llenó de agua caliente y se metió en ella maquinalmente. Se le había olvidado de quitarse el sujetador y le costó más de lo habitual desabrocharlo, después lo dejó caer en el suelo camuflándose entre los ladrillos romboides del baño. Llegó a sentir placer en el agua y cerró los ojos cansados, casi se quedó dormida, pero de pronto, sintiéndose culpable hasta del merecido descanso, se golpeó con rabia sobre el borde de la bañera al pensar qué podían estar haciéndole a su hija.

Al día siguiente acudiría a su casa una de las madres con alguna noticia. Le habían dicho que conocía a un amigo de un familiar que había conseguido pasar la frontera, y eso a ella le daba renovadas fuerzas para persistir en la lucha que estaban llevando a cabo para que las naciones del mundo se dieran por enteradas del horror que Argentina estaba padeciendo. Ella siempre había sido de las más

apasionadas. Envejecida considerablemente de forma alarmante, a penas se arreglaba, se lavaba la cara y no se pintaba ni los labios, porque en esos momentos pensaba en su hija y parecía que la veía reflejada en el espejo frente al que ella se peinaba, y las lágrimas volvían amargas sobre la piel reseca y mustia, resbalando saladas por las comisuras de sus labios. No prestaba atención a lo que hacía, ponía la comida al fuego y muchas veces, encerrada en su habitación, oía cómo reventaba la olla. Sebastián no hacía ningún comentario, apagaba el gas y recogía los desperfectos. Después abría unas latas de conserva y malcomían.

—Has de tener cuidado con el gas, Sonia —le advertía.

Se miraban desde el dolor, ¿qué podían decirse que no se hubieran dicho ya? El silencio cada vez más doloroso se había enquistado en sus cerebros y sólo de cuando en cuando aparecía una caricia muda a modo de consuelo.

A veces las semanas pasaban muy deprisa y en otras ocasiones les parecía que el tiempo se había detenido la tarde aquella en que Adela nunca más volvió a casa. Hacía mucho que habían llegado al punto de no saber a qué puerta llamar para intentar averiguar a dónde se la habían llevado. Pero estaban muy lejos de imaginar el

calvario que había padecido. Nunca más volverían a verla. No habría una tumba donde ir a recordarla próxima. El mar se la tragó para siempre, lanzada como si fuera un deshecho de la sociedad. Probablemente los ciudadanos no conocían con exactitud el sistemático aniquilamiento ni las torturas de los militares, pero las madres de la Plaza de Mayo seguían con su consigna:

“¡Con vida nos los quitaron. Con vida los queremos!”

Sonia siempre llevaba una fotografía de unos cuarenta centímetros que había encargado ampliar en la que se veía a Adela con plena nitidez, guapa y sonriente. Daniel le hizo aquella fotografía con una cámara antigua y con el milagro de la luz, el día que la chica cumplió veinte años. Él compartía el dolor de los dos, pero sabía que la desgracia era tan grande que no tenía consuelo posible, y sufría viendo cómo la pareja se iba destruyendo de manera alarmante. La impotencia no los abandonaba un momento. Daniel trataba de distraerse, de olvidar aquella tragedia, después de ayudar a buscar a la joven por todos los lugares imaginables. Por la noche se perdía por los callejones de la ciudad frecuentando las tabernas y más de una vez se emborrachó sólo para aturdirse.

La madre de Víctor, el novio de Adela, había sido de las últimas en sumarse a la cita de los jueves pero después Sonia y ella acabaron siendo como hermanas unidas por la desgracia. Y una y otra vez, a pleno sol, recorrían la plaza con sus fotografías y las pancartas cada vez más manoseadas, para recordar que los sentimientos y el cariño por sus hijos permanecerían vivos en sus mentes hasta que tuvieran fuerzas para mantener la esperanza. Si alguna de aquellas madres desfallecía, las compañeras la cuidaban en seguida de manera especial, la llevaban a su casa y se preocupaban de que no abandonara la lucha en aquel singular ejército. No podían dejar que ningún caso quedara impune u olvidado. Ellas eran los testigos, la memoria de la barbarie y seguirían hasta obtener una respuesta. No les importaba el sacrificio, durante años habían comprendido qué era el estoicismo, ya habían pasado por aquel camino y lo volverían a transitar tantas veces como fuese necesario. Mientras ellas se manifestaran en aquella plaza, no dejarían en paz a los verdugos.

El matrimonio de Sebastián y Sonia se había vuelto ceniza desde la desaparición de Adela. Cuando estaban en la cama, su comportamiento, sobre todo el de ella, era

tan distinto que ni podía abrazar al que era el hombre de su vida; los resortes que le producían la libido parecían estar monopolizados por la obsesión. Sebastián sufría el doble al ver cómo su mujer iba destruyéndose física y mentalmente. Se levantaba por las mañanas taciturna y se acostaba de la misma manera, y además cansada.

—Tendrías que intentar averiguar algo más —le reprochó de pronto una tarde a su marido.

—No sé cómo puedes decirme eso, si sabes que me he recorrido todos los organismos militares y que he utilizado todas las influencias que he podido, abusando hasta de las amistades de nuestros amigos. Algunos me han llegado a mirar como a uno de sus enemigos. Además, Sonia, ya sabes cómo piensa un sector de los que están a favor de lo que pasa, callan, y se encierran en un maldito mutismo.

Sebastián se dejó caer en una silla como si hubiera realizado un gran esfuerzo. Ella no contestó. Cogió un pañuelo, y se lo puso en la cabeza atándoselo debajo de la barbilla. Se ajustó después unas gafas negras bastante grandes que le cubrieron sus aún bonitos ojos. Aquella era su indumentaria de lucha. Sebastián ya no le decía nada, no podía, la quería y la comprendía desde el mismo

dolor. No le preguntaba nunca a dónde iba, y menos aquella tarde, porque lo sabía.

La madre de Manuel, la que decía que su hijo se le aparecía por las noches, le había dado información y la dirección de una médium que vivía en una de las casas situadas detrás del puerto de Buenos Aires.

Decía que acertaba bastante el paradero de los desaparecidos que no habían dejado ni rastro. Le escribió la dirección en la servilleta de un bar donde iban a tomarse un refresco después de recorrer la plaza.

Sonia se aferraba a todo lo que pudiera darle una pista. Intuitivamente, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y acarició la servilleta de papel, plegándola minuciosamente. Al instante le vino a la memoria lo que le había contado la madre de Manuel sobre la médium. Sin pensárselo dos veces tomó un taxi que pasó cerca de ella en la calle de la Pampa. Subió al vehículo, sólo dijo "hola", y acto seguido, le dio al taxista el papel casi transparente en el que estaba escrita la dirección. El hombre, quitándose el cigarro de la boca, pareció no entender muy bien lo que estaba escrito en el papel.

—Esto debe de estar muy lejos. Espere, tengo que consultar la guía.

Con infinita parsimonia sacó de la guantera un papel alargado y doblado, extendiéndolo encima de sus rodillas. Pasaron unos minutos y Sonia empezó a impacientarse mirando por la ventanilla y arrepintiéndose de haber subido al taxi de aquel individuo, que parecía no conocer la ciudad. Al cabo de un rato dijo:

—Está por el puerto, pero allí hay tantas calles encrucijadas... Pero no se preocupe, lo encontraremos.

—Si no está seguro me bajo... —respondió Sonia con rapidez.

La respuesta del taxista no se hizo esperar y apretó el acelerador. Sonia retrocedió en el asiento sintiendo el poder de la fuerza centrífuga. No llegó a hacer ningún comentario y se dejó llevar. Los taxistas por norma los más antiguos de la ciudad, aunque no se había fijado al pararlo. Se sacudió la falda, ya que estaba segura que se la había ensuciado en el asiento del vehículo.

Al sol todavía le quedaban horas para esconderse. Comenzó la búsqueda del número de la casa. Sonia se desplazaba con dificultad por aquella calle estrecha

porque llevaba zapatos de tacón alto. Caminó decidida. Unos hombres la miraron, como advirtiéndole que aquel paraje no era el decorado apropiado para una mujer que transitaba mirando los números de las puertas de las casas. Llamó a una de ellas con una aldaba de hierro que tenía forma de cabeza de gato con las orejas de punta y actitud de ataque. La casa ofrecía bastante mal estado, se componía de una planta baja y un primer piso. Llamó dos veces poniendo la mano entre las orejas y la boca del felino de hierro. Al cabo de unos minutos, cuando ya pensaba que no había nadie, una voz cansada y rasposa le dijo que esperara.

Después se abrió la puerta y la mujer a la que pertenecía aquella voz le preguntó qué deseaba.

—Vengo de parte de una amiga suya. Me ha dicho que aquí podrían ayudarme a encontrar a mi hija, desaparecida hace dos años y medio... ocurrió durante los primeros días del golpe de estado.

Aquella médium se apartó a un lado para dejarla pasar. El recibidor estaba en penumbra; las paredes del comedor descoloridas y bastante sucias y los muebles del siglo XIX descoyuntados y oscuros creaban un ambiente inquietante. Las palas de un ventilador que giraba

lentamente sólo levantaban el polvo acumulado en las mesas y en un armario de puertas de rejilla.

—Pase, perdone el desorden... es que vivo sola, pero no soy lo bastante vieja para no darme cuenta de que el polvo se acumula, no lo veo, creedme, solamente cuando paso la mano por encima de los muebles para apoyarme.

La mujer era de estatura baja y bastante gruesa, llevaba un vestido estampado en tonos verdes de manga corta. La carne de los codos se balanceaba al caminar dando la sensación que le temblaban.

—Siéntese por favor, y dígame...

A Sonia aquella mujer le dio confianza, en realidad no sabría decir en aquellos momentos por qué. Entraron en una sala pequeña en la que había una mesa redonda con un mantel gris que antes no habría sido tan oscuro, y en el que había clavadas unas agujas grandes. Las paredes estaban llenas de estampas de santos, y se veían cirios por todos lados, aunque una bombilla alta instalada muy cerca del techo intentara mitigar el aspecto lúgubre a la sala. En uno de los rincones unas plantas de interior mezclaban su perfume con el olor de las velas. Sonia sintió que se mareaba, el humo de las velas apenas

perceptible subía por sus fosas nasales, pero pronto se acostumbró a aquel ambiente.

La anciana tenía los ojos claros y llorosos, parecía que una pena constante no la dejara. Los cabellos blancos sujetos con unas horquillas en la nuca le daban un aspecto de anciana bondadosa.

—Me gustaría que se sintiese como en su casa —añadió con voz amable.

Sonia se sentó en una silla grande y comenzó su desgraciado relato. Al finalizar, sin omitir ningún detalle, le entregó a la anciana un camisón de seda blanco de su hija.

La médium no parpadeó ni una sola vez. Cogió la pieza de seda y se la aproximó al rostro para olería profundamente, como si quisiera tragarse todo lo que había tocado el cuerpo de Adela. Después se la puso a la altura del corazón. El camisón estaba enrollado como una bola de nieve. La anciana lo seguía oprimiendo con fuerza. Sonia observó que unas gotas de sudor exageradas corrían por las sienes de la médium, mientras permanecía con los ojos cerrados, concentrada en un silencio de iglesia. Seguía sudando intensamente, se secó

el sudor con el camisón, y se levantó como si tuviera un resorte debajo de la silla. Seguía con los ojos cerrados, pero todavía más apretados. Y caminó unos pasos hasta unas plantas de hojas moradas situadas al lado de la ventana de cristales empañados, en la pared de enfrente, donde había una estampa de un santo que Sonia no reconoció. A la madre de Adela la situación le pareció teatral, pero a medida que pasaba el tiempo iba cambiando de parecer. La mujer volvió a sentarse con los ojos cerrados, echó la cabeza hacia atrás y murmuró una oración indescifrable para Sonia. Las cejas de la anciana se juntaban cada vez más cuando movía los labios llenos de arrugas verticales, provocadas por el gesto de sufrimiento. Sonia sospechó que la médium no era una estafadora. Estaba expectante. A pesar de estar cerca del río allí no se oía el movimiento de las embarcaciones, sólo imaginaba más que sentía el crujir de los cirios al quemarse con una luz amarillenta. La médium se volvió a levantar; ahora lentamente y con los parpados entreabiertos, cogió otra vez la seda que parecía olvidada encima de una butaca ennegrecida, y se la pasó por el rostro. Precipitadamente la dejó encima de la mesa, y a continuación la extendió como si fuera a plancharla y, con los dedos, recorrió centímetro a centímetro la seda, como

si hubiera un cuerpo dentro y le estuviera pulsando las partes más delicadas. Pasó las manos por donde, de estar acostada la persona a la que pertenecía el camisón, habrían estado los pechos y más abajo la vulva.

Sonia la observaba con mucha atención, como si aquella mujer fuese un cirujano que estuviera operando a un paciente invisible. Todavía no había dicho ni una sola palabra desde que inició aquel ritual con el camisón de seda. A Sonia se le notaba la impaciencia en el rostro y en las manos que se frotaba nerviosa.

—¿Qué es lo que está viendo?

La médium no contestó, parecía no haberla escuchado, Sonia se le acercó, estaba muy cerca de ella y sintió un hedor nunca oído. La médium había entrado en trance y se encontraba tan fuera de aquella habitación como la desaparecida Adela. Sonia así lo comprendió e intentó recuperar la paciencia consiguiéndolo en parte. La razón le decía que aquello pertenecía a un mundo de tinieblas que desconocía, pero su corazón se aferraba al diagnóstico que le pudiera dar la anciana.

Al cabo de un rato interminable y, con una voz que sonó distinta, la médium pareció sentenciar:

—La persona a la que pertenece esta prenda está protegida por un hombre. Aunque la muchacha no tiene libertad... También he visto el mar y el horizonte. Un mar tumultuoso, sin fondo...

—¡¡¡Entonces está viva!!! —exclamó Sonia—, y el mar puede significar que ha escapado en un barco, huyendo de la cautividad.

A Sonia se le iluminó el rostro, como si hubiera encontrado a Adela en aquella misma habitación. Llegó a besar las manos de la médium por haberle hecho recuperar la esperanza.

—Tenga —le ofreció.

Le dio unos pendientes de oro —recordó que Miriam le había dicho que la médium no cobraba, que sólo aceptaba regalos—, no por el donativo, sino por el esfuerzo que verdaderamente parecía haber realizado. La mujer se quedó como petrificada.

—Que Dios la bendiga.

Fueron las últimas palabras que Sonia dijo. Cogió el bolso y atravesó la extraña casa y, al salir, una luz deslumbrante le hirió los ojos. Era un sol de poniente que

no tardaría en tragarse una gran mole montañosa bastante lejos de allí. Ahora sólo pensaba que alguien se había apiadado de Adela, y que tal vez ya estaba lejos de la Argentina, que, hasta el momento, no le habría sido posible comunicarse con sus padres.

Estaba tan contenta, tan loca de alegría, que atravesó por un cruce distraída, en medio de hipótesis imaginadas, que poco antes le habrían parecido imposibles. "Un hombre la protegía", había dicho aquella médium. Sonia no se fijaba en nada concreto a su alrededor, si en aquellos momentos alguien le hubiera preguntado qué camino iba a tomar para volver a casa, no habría obtenido ninguna respuesta.

Al dar unos pasos precipitados sintió que su falda se levantaba como si tuviese alas. Un coche negro como su sufrimiento la había embestido como un toro, luego se escuchó un chirriar de frenos tardío. El impacto contra el parabrisas fue tan contundente que el cráneo de Sonia chocó entre el cristal y el hierro delantero de la carrocería. Un joven que conducía el vehículo abrió la puerta saliendo rápido para auxiliarla. No era culpable del atropello. Sonia no había visto el semáforo en rojo. Allí quedó incrustada con el rostro lleno de sangre,

desfigurada por completo, pero aún parecía adivinarse en sus labios una sonrisa llegada desde lo más recóndito de su alma.

El conductor del Mercedes le tomó el pulso y comprobó que aquella mujer estaba muerta. Pidió una manta a uno de los vecinos de aquella calle y cubrieron el cuerpo de Sonia, que estaba pegado al vehículo. Sólo le dejaron al aire los pies desnudos. Habían perdido los zapatos, que estaban a unos metros del cadáver.

El juez llegó al cabo de unas largas horas. Levantó el cuerpo de Sonia, y una ambulancia ruidosa se la llevó al anatómico forense para su identificación y posterior autopsia.

Un agente de policía llegó a casa de Sebastián para notificarle el accidente, y que tenía que ir con él para identificar el cadáver de Sonia. Apenas podía articular palabra y de los músculos de su cara sólo le tembló una mejilla. Subió al automóvil sin poder hablar.

Antes de entrar en la sala donde estaba Sonia uno de los médicos le dio una pastilla y un vaso de agua. Entonces pensó comunicarle por teléfono el accidente a Daniel. Sus pasos eran vacilantes, en su cerebro no cabía

la posibilidad de que en aquella bandeja metalizada estuviera su mujer. No podía ser, se decía. Cuando uno de los forenses levantó la sábana blanca que cubría el cuerpo de Sonia pareció no reconocerlo tan desfigurado como estaba, pero no había ninguna duda, el vestido y las pertenencias eran de su mujer. Sebastián sólo hizo un gesto afirmativo y, con un impulso incontrolado, se lanzó encima del cadáver llorando desconsoladamente.

Uno de los forenses intentó separarlo del cuerpo de Sonia.

—Déjenlo —dijo una voz.

Era Daniel, el amigo de siempre. Al cabo de unos minutos, le dijo cerca de él, inclinándose:

—Vamos, Sebastián, vamos.

—Ya no me queda nada, ya no me queda nada —repetía una y otra vez.

Daniel recordó que las monjas, cuando él era un niño, allá en España en el hospicio, decían: “Las desgracias nunca vienen solas.”

La evidencia era cierta y ahora se ceñía en el cuello de Sebastián como una soga que estaba a punto de ahogarlo.

Se lo llevaron de allí tan desconsolado que Daniel se preocupó de que un médico lo tuviera en observación. Él se encargó de consolarlo y fue él también quien dispuso el sepelio de Sonia. Y al día siguiente, a la misma hora en que fue atropellada, fue bajada a la fosa lentamente. Después Sebastián dejó caer sobre el ataúd un puñado de tierra casi del mismo color caoba del féretro, y a sus oídos llegó el repiqueteo de la tierra como un tambor mortecino; allí dejaba su vida.

Sebastián se sintió ayudado por su amigo Daniel. Al entierro no faltaron las madres de la Plaza de Mayo, ni las empleadas de las tintorerías, ni la gente del vecindario.

Un viento colérico del norte corría por el cementerio entre las cruces y las lápidas cuando los enterradores acabaron de cubrir de tierra rojiza la tumba donde descansaría para siempre aquella mujer que un día unió su vida a la de Sebastián.

Por unos momentos pasaron por el cerebro de Daniel, como en una película en fotogramas rotos, las antiguas

vivencias, cuando Sebastián y él conocieron a Sonia. ¡Qué lejos estaban de pensar en aquel final tan desgraciado, tan desolador! Primero Adela y después Sonia. Parecía que la felicidad que habían disfrutado durante treinta años les hubiera pasado factura y con intereses. Tuvieron que subir a Sebastián al coche, empujándolo, porque se había quedado inmóvil, incapaz de mover los pies ni unos centímetros mientras le daban sepultura al amor de su vida.

Pasaba el tiempo y Sebastián parecía instalado en el dolor y la indiferencia, hasta que, un día, los médicos le aconsejaron que siguiera dando clases, que eso le serviría de terapia y lo sacaría del trauma. Debía distraerse porque el pasado ya no tenía remedio, y tenía que afrontarlo con la entereza de un hombre maduro.

Al curso siguiente se presentó en la institución donde antes daba clases y fue bien recibido porque el profesorado conocía todo lo sucedido. En clase se sentía como si flotara entre los alumnos. Al terminar se perdía por el puerto de la ciudad, allí donde conoció a Sonia, reviviendo su pasado con imágenes nítidas que lo herían profundamente, pero ya se había acostumbrado al dolor mezclado con sus recuerdos.

Una de las noches, paseando por una de las dársenas del puerto, escuchó las notas de un bandoneón que acariciaban el viento llenándolo de melancolía. Sebastián pensaba que lo había perdido todo, hasta la sensibilidad de los primeros días tras la muerte de su mujer, tal vez por el efecto de las pastillas que le recetaba el médico. De todas maneras, dentro de él notaba muertas las ilusiones, dejaron de existir cuando se llevaron a Adela y estaba seguro de que, si su hija no hubiera desaparecido, el final no hubiera sido el mismo.

El bandoneón seguía sonando como un lamento. El agua mecía las embarcaciones, que parecían hacerle de contrapunto. Una voz arrastraba una letra de desamor y de soledad. ¿Acaso el final de la vida era irremediablemente la soledad? Caminaba sin delatar su sufrimiento ¿Y si se dejaba caer al río? Podía ser un accidente o un suicidio, qué más daba. En aquel preciso momento hubo un silencio y se dio cuenta de que la voz del tanguista sonaba más cercana, más comprensible a medida que iba aproximándose a la taberna. Reconoció la letra del tango que cantaba en la trinchera aquel comisario anarquista. No había duda, era el mismo, intentó recordar la letra, pero no hacía falta, ahora le

llegaba clara con todo su contenido y recordó también su propósito de conocer al compositor de aquel tango. Y le llegó la imagen del anarquista partido por la mitad, y la trinchera, y el humo, y la juventud perdida de tantos y tantos hombres. La letra del cantor decía:

*Sola, fané descangayada,
la vi esta madrugada
salir de un cabaret;
Flaca, dos cuartas de cogote,
y una percha en el escote
bajo la nuez.
Chueca, vestida de pebeta,
teñida y coqueteando
su desnudez...
Parecía un gallo desplumao,
mostrando al compadrear
el cuero picoteao...
Yo no sé cuando aguanto más,
al verla así rajé,
pa' no llorar...*

*¡Y pensar que hace diez años
fue mi locura!
¡Que llegué hasta la traición
por su hermosura!...
que esto que hoy es un cascajo
fue la dulce metedura
donde yo perdí el honor.
Que chiflao por su belleza
le quité el pan a la vieja
me hice ruin y pechador...
Que quedé sin un amigo
que viví de mala fe
que me tuvo de rodillas
sin moral, hecho un mendigo,
cuando se fue.*

*Nunca creí que la vería
en un requiescat in pache
tan cruel como el de hoy
mire, si no es pá suicidarse
que por este cachivache
sea lo que soy...
Fiera venganza la del tiempo*

*que le hace ver deshecho
lo que uno amó...
Y este encuentro me ha hecho tanto mal,
que si lo pienso mas,
termino envenenao.
Esta noche me emborracho bien,
jme mamo bien mamao!...
Pá no pensar.*

Fue entonces, ni un momento antes ni un momento después, acabando de cantar el tango el anarquista, cuando aquel obús lo partió. ¿Por qué recordaba aquello?
¡¡¡Maldita guerra!!!

Mientras escuchaba aquel tango que le había transportado con su recuerdo a la otra parte del Atlántico, una dulce sensación le invadió incomprensiblemente. Había vivido porque la casualidad hizo que no hubiera muerto en lugar del comisario anarquista. Unos metros a la derecha del disparo del cañón y se hubiera bajado del tren de la vida. En cambio conoció a Sonia, después nació Adela, y durante años, que ahora el viento y aquella melodía que salía a su encuentro parecían querer borrar, fue feliz. En esos

momentos no quería volver a casa. Llegó a ver en las sombras los ojos de Sonia y los de Adela, y pensó que estaba perdiendo la razón. Fue entonces cuando encontró como aliada la bebida, y terminaba hablando solo. Eso duró como medio año. Después, en un momento de lucidez, pensó que era mejor pegarse un tiro como hizo su hermano en aquella playa lejana de Alicante, que degradarse lentamente. ¿Sería capaz de olvidar? No podía sospechar lo que aún le tenía reservada la vida. La vida que le quedaba por vivir. El oscuro remolino de la Guerra Civil española lo había llevado a aquella tierra. El destino de una persona es tan incierto... Él lo había experimentado profundamente. Ninguna de las dos mujeres a las que más había amado en su vida había muerto en la cama de manera natural.

Aquel fue el tiempo de las desgracias. Sebastián, un día en clase, se sintió como zarandeado por un gigante. Su cuerpo quedó rígido como el tronco de un árbol y el rostro como bañado por una ola brumosa. Perdió el sentido y la noción del tiempo. Cuando se despertó vio el rostro de Daniel.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó con la lengua temblorosa.

—Ahora ya estás fuera de peligro —se adelantó Daniel a decirle—. Todo esto ha sido causado por el sufrimiento, estoy seguro. No se puede vivir así, es imposible, Sebastián... Sebastián...

Un médico entró en la habitación acompañado de otros más jóvenes que parecían alumnos en prácticas, y al ver a Daniel advirtió:

—Conviene no fatigar al paciente, déjenlo descansar el mayor tiempo posible. Tenemos un caso de epilepsia.

—Pero si él nunca ha estado enfermo de eso, ni de nada parecido —observó Daniel.

—Hay mucha gente que nunca ha padecido esa enfermedad, hasta que... Nuestro paciente debe guardar una absoluta vigilancia con un régimen especial; grandes hombres de la historia han padecido esta enfermedad: Julio César, por ejemplo.

El médico comentó aquello por si podía servir de consuelo o restar importancia a su diagnóstico.

—Tómenle el pulso y reconózcanlo —ordenó a los jóvenes médicos que le acompañaban, quienes provistos de fonendoscopios se acercaron a Sebastián, que se

desabrochó la chaqueta del pijama dejando el pecho desnudo.

—No se preocupe, está en buenas manos, dentro de unos días, a casa —dijo el médico a Daniel acompañándolo hasta la puerta de la habitación.

—Pero doctor, ¿le volverá a dar otra vez?

—Nadie sabe ahora mismo la evolución de la enfermedad, hay que esperar...

Esperaron y Sebastián se recuperó. Desde entonces no bebió alcohol ni fumó nunca más, iba todos los días al retrete a evacuar siguiendo la regla maestra que le indicaron los especialistas.

Con el dolor de no encontrar a su hija, en compañía de las madres que compartían su misma pena, empezó a reunirse con ellas, primero en una cafetería de la Plaza de Mayo, y a medida que pasaban los años y la dictadura iba debilitándose, saliendo a aquella plaza, que se había convertido para el mundo en el lugar de denuncia de aquellas desapariciones. Todos los jueves de las semanas calurosas, lluviosas o ventosas, como hacía Sonia, iba a la plaza con las mujeres que compartían su dolor y su tristeza como el pan amargo que les habían servido

Videla, Massera o... Qué más daba, y también éstos y sus compañeros los llevaron a una guerra, creando una cortina de humo que escondía la tragedia, que los militares decían inventada por los comunistas. “¡Pero si Adela no era comunista! ¿Cómo era posible que no apareciera por ningún sitio?”

Después llegaron los rumores sobre las fosas comunes y aquellas madres siguieron llevando las fotografías con la fuerza que les daba el amor por sus hijos, maridos o hermanos... Esperaban cada día con menos fe volver a verlos con vida, pero una obsesión colectiva les aferraba a la denuncia, y así, iban envejeciendo pero no faltaban ni un solo jueves, con todo el frío, con toda la lluvia y con una chispa cada vez más pequeña de esperanza que ninguna de ellas quería apagar.

Mientras tanto, Sebastián volvió a buscar información entre los amigos de los militares intentando no levantar sospechas. Pero siempre encontraba un muro de silencio o la negación de lo que parecía un grito de verdadera denuncia. Y ya solo en la noche, cuando estaba acostado, les dedicaba a ellas todos sus recuerdos. Su boda con Sonia, cuando nació Adela, cuando ésta acabó la carrera, el doctorado... En las fotografías aparecía su hija

sonriente, nunca envejecía y siempre estaba presente, era como un estigma que sangraba minuto a minuto, inexorable.

Cuando la dictadura murió, todas aquellas personas que buscaban a sus seres queridos pensaron que la esperanza se engrandecía. Unos aires democráticos parecían acompañar a Alfonsín, aquel médico que llegó a presidente de una nación llena de heridas y de interrogantes.

Entretanto, Daniel seguía dirigiendo el negocio de las tintorerías, consiguiendo que su amigo ganara más dinero del que pudo imaginar. Un día le contó a Sebastián que pensaba casarse con una joven maya. No le dijo que algo en su físico le recordaba a Sonia, tal vez la dulzura de su mirada, en la estatura, en los hombros. Era mucho más joven que él, ¡pero qué importaba! Los años que le quedaran de vida quería pasarlos plácidamente, y aquella maya, la planchadora más fuerte y alegre de las trabajadoras, le había tratado de una manera tan especial que lo hacía sentirse importante, y sonreía siempre que Daniel estaba cerca de ella. Damar, que así se llamaba, vivía sola. Cuando le comunicó a Sebastián lo que pensaba, a éste le pareció perfecto.

—Es lo mejor que puedes hacer, te despertarás bien acompañado —le dijo a su amigo, con voz entrecortada.

Daniel dedicaba todo su tiempo a la organización de las tintorerías. A penas veía a Sebastián, sólo al final de mes cuando hacían balance y pagaban a los trabajadores. En aquellos días, para Sebastián ya estaba claro que a Adela se la había tragado la tierra. Tenía el alma en todos los lugares a los que la imaginación lo pudiera transportar. Mientras tanto, Daniel seguía conectando con encargados de hoteles, jefes de servicios y de mantenimientos de hospitales y de grandes empresas, porque éstos eran clientes potenciales. En esos encuentros también dejaba caer que los militares no habían tenido más remedio que levantarse contra el caos, por si acaso alguno de aquellos con quien hablaba tenía relación con alguno de los que habían participado en el golpe de estado, y poder obtener así información del paradero de Adela.

Aquella primavera, Daniel conoció a Diamar, de la que se decía que era descendiente de una princesa maya, a la que unos malvados, a principios de siglo, habían secuestrado, trayéndola por mil vericuetos y timbas hasta la ciudad de Buenos Aires. La verdad es que nadie sabía si lo que se contaba era cierto, pero parecía que la abuela

de Damar era ese personaje que acabó por las esquinas de los cuarteles y las dársenas del puerto. Marineros y soldados fueron los clientes más asiduos. Los militares que hacían guardia en los campos abiertos y en las garitas solitarias de noches eternas habían inventado una leyenda. Y era que en las noches de estrellas doradas se aparecía, radiante, una princesa pastora descendiente de los mayas para ofrecerles amorosa compañía. Después desaparecía misteriosamente entre la niebla. A la madrugada siguiente, o al cambio de guardia, el afortunado contaba, seducido, su aventura, como una odisea, aumentado el hechizo de una noche enfebrecida. Durante lustros la historia de la princesa maya fue contándose hasta que, poco a poco, se la llevó el silencio. ¿La mataron o simplemente murió? Un nigromántico, que disfrutaba de gran credibilidad entre parte del pueblo, aseguró que Damar era la reencarnación de aquella que había hecho tan felices a muchos jóvenes en noches de vigilia. La prueba de su parentesco era el evidente parecido con una fotografía que guardaba junto a unas reliquias de guerreros mayas. Damar no tenía familia, apareció en Buenos Aires y provenía de las llanuras de Telén, con el oficio de planchadora aprendido. Don Bernardo, el padre de Sonia, la admitió en una de las

tintorerías. A Diamar la apreciaban los trabajadores y las personas que la conocían. Daniel, por primera vez, desde que años atrás tuviera por Sonia aquel sentimiento amoroso, no había experimentado nada igual hasta que conoció a Diamar. La diferencia de edad podía ser un obstáculo; pero la joven aceptó unir su vida a un hombre veinte años mayor que ella, que la trataba como lo que parecía: una princesa. Para él fue la compensación por tantos días de trabajo incansable, el reposo del guerrero, un guerrero sin conciencia de serlo. Ella le hizo olvidar la obsesión que una vez sintió por Sonia, a la que siempre recordaría en aquella plaza buscando una respuesta que nunca obtuvo.

Daniel compró una casa antigua de tres plantas cercana al puerto, allí donde hacía años atracó el Neuquén, y se dispuso a envejecer al lado de Diamar.

Al contrario que Sebastián, Daniel se instaló en la serenidad de quien ha recibido al final de la vida más de lo que esperaba.

Una noche en casa de Daniel después de cenar, Sebastián se encontraba muy abatido. La muerte de Sonia y la desaparición de Adela le habían afectado tan

visiblemente el carácter que a pesar del tiempo transcurrido no parecía el hombre que siempre fue.

—Gracias por la cena. He de retirarme. No quiero estorbar —dijo, dejando la servilleta encima del mantel.

—No digas eso. Sabes que puedes venir aquí cuando lo desees. Si no, ¿para qué vale la amistad?

—Sí, es verdad —respondió pensativo.

Diamar retiraba los platos de la mesa, cuando Sebastián le dio un beso en la mejilla al despedirse. Bajó la escalera del primer piso, y al doblar la esquina de la calle de donde vivía la pareja, apareció el paisaje que más le gustaba, el ancho puerto de Buenos Aires. Sebastián acudía allí muchas veces inconscientemente. Las luces tenues de las farolas le invitaban a reflexionar. Allí desembarcaron procedentes de España. Allí también conoció a Sonia; aquel espacio le alimentaba, le hacía bien frecuentar ese lugar tanto tiempo después. El tiempo se lo traga todo: personas, sentimientos, recuerdos, y hasta las esperanzas.

Se decía que su vida no tenía ninguna utilidad. El perfume de la noche remarcó los recuerdos del Neuquén. Le pareció ver la silueta de Sonia, a la que tanto había

querido, por la dársena del puerto, envuelta con la nocturna niebla porteña, con el vestido que llevaba cuando la conoció, y entonces creyó que estaba perdiendo la razón; ahora le parecía ver también a su hija Adela en una mezcla de imágenes que iba a su encuentro como un sueño, tal vez deseado. Hubiera querido que aquella ilusión, aquel espejismo, nunca acabara. Se sentó en uno de los bancos cerca de donde el agua del río acariciaba, meciendo, las embarcaciones. Mantenía los ojos cerrados como si así pudiera retener en su cerebro las imágenes queridas. Unos minutos después el viento del norte le volvió a traer como otras noches aquel tango, tan real como la luna color cobalto que besaba las aguas acharoladas del puerto. Las notas del bandoneón llegaban desde el mismo café bar. Como si lo dirigiera un mando a distancia, se levantó del banco y se puso a caminar como si aquellas notas dolientes le invitaran a escucharlas más cerca. Cruzó el umbral de la puerta del café bar. El ambiente de humo de tabaco y la temperatura agradable acariciaron su rostro helado por la noche. Prácticamente todas las mesas estaban ocupadas por marineros y prostitutas que bebían y escuchaban a un buen imitador de Carlos Gardel. En la pista, junto a las mesas, bailaban pegadas algunas parejas aquel tango al más puro estilo.

Un piano, un bandoneón, una guitarra, y el cantante vestido como Gardel. Estaban situados como en la secuencia de una película que vio en el cine de su pueblo cuando era un adolescente. Sebastián se mordió los labios y un sentimiento que no sabía explicar le hirió en el alma y pensó que la vida le había hecho daño, mucho daño. Cuando el tanguista terminó arrastrando la voz como en un lamento, los aplausos invadieron la sala. Los músicos se levantaron y señalaron a un grupo bastante numeroso de gente mayor, que estaba en un sitio preferente del local. Un hombre delgado de cabellos canos saludó cogiéndose las manos, y una mujer madura rubia platino situada en la mesa de al lado le puso una mano cariñosamente en el hombro.

Sebastián creyó que ese hombre era Enrique Santos Discépolo. Se equivocaba. Aquél había muerto a principio de los años cincuenta. Sebastián se enteró muchos años después. Tal vez el que saludaba era el hijo del compositor o algún familiar. Ni lo preguntó... ¿Por qué todo pasa y se olvida?, pensó. Al principio, cuando llegó a Argentina, deseaba conocer al compositor de aquel tango que para él estaba tan relacionado con la muerte de aquel anarquista. Tampoco sabía decir el por qué de

aquella obsesión. Qué más daba ahora. Le parecía incluso extraña.

Llegó un tiempo en la vida de Sebastián en que el pasado se volvió presente para herirlo de nuevo, como si lo acontecido cincuenta años antes hubiera ocurrido el día anterior. Eran jugadas de la mente inexplicables, motivadas por un alud de recuerdos que le producían un desasosiego compulsivo que le harían volver a la España idealizada de su juventud. Y todo un mundo inexistente apareció de forma clara y casi real. Dándose cuenta de su obsesión, una tarde el estómago le avisó de que no había comido; entonces se miró en el espejo y le pareció que sus facciones habían cambiado, eran más duras, más marcadas. También tenía la mirada oscura, turbia y extraña. Por su mente cruzaban pensamientos malsanos, secuencias de una guerra nunca olvidada se paseaban con nitidez y los culpables de la muerte de sus padres y de su hermano, en aquel momento, adquirirían rostro. Pensaba en el cambio que los años habrían operado en Justo Vendrell, su enemigo. Poco tiempo después, a través de una agencia de detectives argentinos supo de la vida y milagros de la familia de Justo Vendrell. Era como un sueño dentro de una pesadilla, como si él siguiera la

carrera cinematográfica de un actor y lo viera con el paso del tiempo hacerse viejo. Sabía dónde vivía, conocía el chalet de lujo que poseía y dónde estaba ubicado, cuál era su situación económica, hasta la salud de que disfrutaba, y que a pesar de los achaques de la edad, todavía se encontraba bastante bien. Incomprensiblemente, cuando recibía las fotografías de la agencia no conseguía fijar el paso de los años en el rostro que tenía delante. En la última fotografía ampliada en blanco y negro, al parecer tomada la puerta de una entidad bancaria cuando se disponía a subir a un automóvil, las profundas entradas ya se habían convertido en una esplendorosa calva que por el efecto del sol brillaba como si fuera de metal.

Así se encontraba Sebastián después de haber vivido la mayor parte de su vida en un exilio voluntario, en parte porque a la muerte de Franco no se planteó volver a España de forma inminente. A partir de los años ochenta aquella obsesión consiguió apoderarse de él, como una enfermedad adormecida que de pronto se hubiera despertado destructora. Desde hacía tiempo no había sufrido más ataques, pero notó que la epilepsia había afectado verdaderamente su carácter.

La decisión fue tomada con serenidad, irrevocablemente seguro de lo que iba a hacer. Las fotografías del chalet de lujo estaban esparcidas encima de la mesa de su despacho; nadie que las viera podía imaginar el propósito que anidaba en la parte más tenebrosa del cerebro de Sebastián.

No sabía si regresaría a la Argentina o se quedaría para siempre en España. Ya estaba mayor y recordó las veces que había escuchado decir a los gallegos que querían volver a su tierra natal para ser enterrados.

Allí en Buenos Aires ya no lo retenía nada ni nadie. Sólo mantenía la buena amistad de Daniel y Diamar; cuando le planteó a su amigo que deseaba volver a España y que le cedía el negocio de las tintorerías, Daniel se alarmó por aquella decisión, y pensó que tal vez no volverían a verse. Sebastián tenía mucho dinero y poco tiempo para gastarlo. A la semana siguiente, sin dudarlo, se embarcó en un Boeing de la compañía Panamericana después de haber vendido parte de sus acciones y valores, y habiendo ordenado hacer las transferencias necesarias al Banco Exterior. El destino de la aeronave: Madrid. Desde allí se trasladaría a Alicante. Al cabo de unas horas a gran altura contemplaba la mar, la misma que en su juventud había

contemplado desde aquel barco... el Neuquén. ¿Cómo habían pasado los años tan deprisa?

VIII

La noche veraniega de Alicante estaba inmensamente oscura. La luna se había escondido detrás de una torre de nubes no muy lejos de aquella playa. De vez en cuando aparecía una luz, como un resplandor mágico que traspasaba el cielo unos instantes, pero de inmediato se apagaba, amenazando lluvia.

Cerca del mar una pareja hablaba reprochándose fracasos; inopinadamente después de hacer el amor.

—No puedo creer que lo hayas perdido todo —dijo la joven.

—Pluraliza, lo hemos perdido todo —rectificó él.

—Sabes que yo no quería jugar...

—Pero cuando tenía el montón de fichas delante de mí e iba ganando más de tres millones, estabas más callada que en misa.

—Ni sabía qué estaba pasando; ni el valor de las fichas, todo era extraño para mí.

—Hemos tenido más dinero que en toda nuestra vida durante unas horas —respondió él respirando hondo.

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos a casa? Y que el viaje de novios de un mes haya durado solamente tres días...

—¿No te acuerdas del sacerdote? En la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad... —recordó haciendo gracia.

—Tenemos salud... aunque estemos bastante hambrientos.

—¿Te das cuenta que hasta que no cobre el sueldo del mes que viene no tendremos ni un duro?

—Hay que maquinar algo. Estamos en una situación límite, entre comillas si quieres, pero es así —respondió la joven.

—La libertad conduce a esto. Todo tiene su parte negativa.

—No digas tonterías, nadie nos obligó a entrar en aquél casino, ni a jugar, naturalmente —le increpó ella.

—Dalo por descontado. Pero está allí y te induce toda la publicidad de juego que nos invade.

—¿Por qué no bajas la cremallera un poco más? No hace frío —propuso la joven.

—Yo sí que tengo, ven... —dijo acariciándola.

La noche invitaba a todo, pero, en la precaria situación en la que se encontraban, no era nada fácil dejarse llevar otra vez por el camino del deseo, que parecía aplastado por el recuerdo de su racha de mala suerte. Edgar se removía inquieto dentro del saco de dormir que compartían.

—Volvemos a casa o nos quedamos a la aventura, a ver de lo que somos capaces de hacer sin dinero... Así, cuando pasen los años tendremos algo que contar... además, sabes que te quiero más que a nada, ¿si no cómo habría aceptado el puesto de trabajo que me ofrecieron...? Y lo más sorprendente es que había treinta y dos personas para una sola plaza. Me tragué mi orgullo o lo que fuera para tirar adelante.

—Sí, sí, ¿crees que no lo sé? Yo tampoco deseo esa clase de trabajo para ti.

—Vamos a imaginar que este país no es el nuestro y que hemos emigrado. Nosotros, en cambio, tenemos una ventaja: conocemos el idioma. Mañana empezaremos a buscarnos la vida por donde podamos. Total, un mes pasa pronto, y no creo que nos muramos de hambre.

—Mirándolo de esa manera, hasta puede ser apasionante...

Las olas llegaban tranquilas, como cansadas. La luna impregnaba ahora la arena, y el silencio se adivinaba más al avanzar la noche.

Al alba, además del de salitre de la mar, percibían el olor a cerveza derramada, a excremento de perro y a huevos fritos, que llegaba de un pequeño restaurante que estaba al otro lado de la carretera. Hacía pocas horas que Edgar y Rosana se habían dormido. Ella lo consiguió. Edgar se dio cuenta que estaba hablando como en un monólogo. Fue el primero en despertarse. Le dolía la cabeza a la altura de los ojos. Los cerró al recordar los acontecimientos como no queriendo entrar en la realidad inmediata. ¿Qué pasaría durante los próximos días? Contempló a unos centímetros el rostro de su mujer; las largas pestañas parecían arañas dormidas. Tenía la cara tranquila y los labios entreabiertos. Se acercó y la besó

suavemente. Ella abrió los ojos, y dijo con voz entrecortada:

—Hemos dormido demasiado

—Qué más da. Son las siete y media.

Él tiró de la anilla y abrió la cremallera. Los cuerpos de los dos estaban desnudos. Ella miró a su alrededor. La playa estaba desierta. Sólo había un hombre mayor sentado encima de un montón de piedras, a unos treinta metros de ellos. Aquel hombre era Sebastián Herrando.

—Espera, voy a ponerme las bragas. Hay un viejo mirando hacía aquí.

Edgar no dijo nada. No le dio importancia.

—Yo voy a zambullirme, a ver si se me va este maldito dolor de cabeza.

—Tómate una aspirina.

—¿Dónde? —hizo un gesto con los dedos pasándolos por los lados de la nariz en señal de no tener ni una peseta.

Edgar fue entrando lentamente en la mar y desapareció unos minutos debajo de las olas. A Rosana no le apetecía

un baño tan temprano, y mientras su marido nadaba, recordó la situación en que se encontraban.

Habían entrado en el casino de Villajoyosa. Edgar quería jugar en la mesa de bacarrá. Poco después la suerte huyó y no pudo dejar su cabezonería ludópata. En sólo cuatro horas se quedaron sin una peseta. Los dos, muy inquietos y preocupados, abandonaron el casino, y poco después dejaron el hotel donde se alojaban porque no les había quedado dinero para pagarlo.

Edgar, saliendo del agua, interrumpió sus pensamientos. Rosana lo secó con una toalla y él se puso un pantalón vaquero y una camisa. De ambos fue la idea de dormir en la playa mientras pensaban en lo que iban a hacer. Sería una experiencia. En la última apuesta Edgar se había jugado el último billete de mil pesetas que les quedaba. El hambre empezaba a morderles los estómagos. Edgar rebuscó en los bolsillos del pantalón y encontró una moneda de cincuenta pesetas y otra de veinticinco, cogió a Rosana por la cintura diciéndole:

—Sólo tenemos para un café, no llega ni para un cruasán.

—Demencial. Casi no puedo creérmelo —dijo ella.

Recogieron el saco de dormir y se dirigieron hacia una cafetería. Había algunos clientes en la barra y las mesas permanecían vacías, aún era muy temprano, demasiado temprano para los veraneantes. Un joven sentado en un taburete se quedó mirando a Rosana. Edgar lo miró de reojo. Cogió unas monedas de vuelta de encima del mostrador y las introdujo en una máquina de juego.

Edgar pidió un café con leche... sólo le llegaba para eso. Dejó cinco pesetas de propina, era todo un detalle.

Aquel café con leche adquirió una gran importancia, casi insospechada. Rosana bebió un sorbo calculando la mitad; sus labios parecieron humear. Edgar sonrió.

—Bebe un poco más —propuso mirándola muy de cerca.

Ella no quiso.

Apenas llegó a notar en su interior aquel líquido amargo. No le llenó nada. Se puso nervioso. Su estómago parecía la sentina de un barco, hondo, húmedo, sudoroso por fuera y vacío y seco por dentro. El sudor de la gente era un termómetro exacto que señalaba la temperatura en aquella calurosa mañana.

Un hombre de mediana edad daba órdenes a un camarero joven que acababa de llegar, después se perdió por la cocina. Edgar lo siguió con la mirada. Este volvió en unos minutos, abrió la caja, contó algunos billetes y los dejó de nuevo en el mismo lugar. Edgar le hizo una señal a Rosana con el brazo para que preguntara si podían darles trabajo.

—Hola, buenos días... —saludó Rosana.

El camarero medio dormido murmuró una frase incomprensible, como si le molestara contestar.

—Quería preguntarle si podía darme trabajo en su restaurante durante un mes o quince días... o tal vez, a mi marido.

El camarero la miró fijamente antes de responder.

—No. Mire, hace una semana que contraté aquél que ve allí —dijo señalando al joven camarero que estaba cerca de la cocina—, y muchas veces no tiene nada que hacer. Lo siento.

—¿Y no sabe de alguien de por aquí que quisiera darnos trabajo? De lo que sea... —dijo en un tono un poco impertinente.

El dueño de la cafetería iba a replicar, pero en ese momento, un rechinar de frenos hizo que todas las miradas se dirigieran hacia la carretera. Unos segundos después un choque ensordecedor los dejó con los pies clavados en el suelo. Después cada uno de los clientes reaccionó de modo distinto.

—¡Ha sido muy cerca de aquí. En la curva, seguro! —
sentenció el dueño del bar.

Edgar fue el primero en salir, era quien estaba más cerca de la puerta. El sol le estalló en los ojos. Agudizó la mirada. A unos cuarenta metros dos turismos habían chocado frontalmente. Los torcidos hierros humeantes presagiaban lo peor. Edgar llegó hasta donde estaban los accidentados. Primero vio a un hombre abrazado al volante con el cabello mojado de sangre; al levantarle la cabeza comprobó que estaba muerto. Del bolsillo trasero del pantalón asomaba una cartera; como un reflejo o un tic imposible de contener se apoderó de ella, la abrió

—Debe ser porque he pasado cincuenta años allá.

—¿Pero es usted español?

—De aquí cerca.

—Bien, le tomaremos declaración.

Sebastián se encaramó en el Patrol y firmó la declaración.

Edgar no lo perdió de vista. Estuvo tentado de agarrar a Rosana por el brazo y desaparecer de aquel lugar, pero pensando inteligentemente, de nada serviría si el viejo le hubiera delatado. Entonces decidió volver al bar y seguir buscando trabajo.

—Escúcheme. No nos ha dicho si conoce a alguien que nos pueda dar trabajo...

—Mire, no creo que sea nada fácil... pero un momento, tal vez en aquel chalet de enfrente... —dijo señalando con el dedo índice a través del ventanal— necesitaban una chica para que cuidara de unos niños. ¿Va usted con ella, es su mujer?

—Sí, es mi mujer.

—Pues, eso es lo que hay... discúlpeme —dijo dirigiéndose a la máquina de café.

Edgar y Rosana intercambiaron una mirada.

—Después iré. Todavía es muy temprano. Deben de estar durmiendo —observó Rosana.

—Sí... voy al lavabo —anunció Edgar.

Atravesó un pequeño pasillo y empujó una puerta que tenía un bigote pintado. La cerró de un portazo porque se resistía, al tener la hoja levemente baja en relación al marco. Metió la mano por debajo de la camisa, sacó los billetes y los dejó encima del lavabo. Los contó rápidamente. Seis billetes de diez mil pesetas, tres de cinco mil, y diversos de mil, todos completamente nuevos, por eso le parecían que cortaban su piel como cuchillos. Volvió a ordenarlos y los escondió en uno de los bolsillos del pantalón, se lavó la cara, con los dedos se alisó el cabello hacía atrás y salió.

Sebastián acababa de entrar en el restaurante de la cafetería. Se detuvo cerca de la puerta buscando con la mirada. Iba vestido con un pantalón gris oscuro y una camisa blanca de manga larga, aunque la llevaba remangada a la altura del antebrazo. Tenía un cabello magnifico, duro y grisáceo, la piel bronceada suavemente, como cuando se evapora el moreno tomado al sol después de unas largas vacaciones. Sus ojos eran inquietantes. Tenía una estatura media alta y una sonrisa

abierta que mostraba una muela de oro. Lo que más impresionaba de Sebastián Herrando era el fulgor resolutivo de su mirada y, sobre todo, los movimientos flexibles de su cuerpo a pesar de la edad. Edgar se dio cuenta que aquel hombre estaba buscándolo sin ninguna duda, por eso no lo evitó. Antes de que llegara donde estaba Rosana, el viejo lo interceptó.

—¿Me permiten que les invite a almorzar?

—¿Por qué motivo? —cortó Edgar.

—El de la soledad, y por haber coincidido muy temprano esta mañana en la playa, seguro que por razones diferentes a las de ustedes.

Edgar estaba inquieto porque sabía que el enigmático personaje le había visto cogerle los billetes al accidentado. Por eso, decidió que las aguas discurrieran mansas para saber a dónde se dirigían.

—No podemos negarnos ¿de acuerdo? —opinó dirigiéndose a ella.

Rosana aprobó levantando las cejas con una sonrisa.

La cafetería y el restaurante estaban divididos por unas vidrieras en las que se multiplicaban las imágenes,

algunas levemente distorsionadas. También había unos grandes ventanales por donde entraba la diáfana claridad mediterránea. El comedor estaba amueblado con unas sillas medianas tapizadas en blanco que rodeaban las mesas cubiertas con manteles rojos.

—¿Os parece bien esta mesa?

—Es pronto aún. ¿No? —dijo el joven.

—Edgar, entretanto, voy un momento a ese chalet a preguntar por el trabajo del que nos han hablado y vuelvo enseguida —interrumpió Rosana.

—Ah... sí, sí, está bien —aprobó su marido como si no recordara lo que habían estado hablando antes.

Rosana todavía estaba pensando en lo que habían hablado antes mientras a Edgar le ocurrían las cosas más imprevisibles como en un alud. La joven salió de la cafetería y dirigió sus pasos sin pensarlo hacia el chalet de puertas y ventanas de color verde que se confundía en parte con los árboles que lo rodeaban. Una cerca de madera pintada de amarillo lo protegía. En la entrada había un buzón y más allá una caseta con un perro que se adivinaba protector. Rosana pensó en su indumentaria. Llevaba un vestido blanco con motivos bordados, no muy

limpio, y los cabellos sueltos, bien cortados, naturales, que le caían a la altura de los hombros. Hundió los tacones de los zapatos entre las pequeñas piedras del camino que separaban la cerca de la puerta. Llamó y esperó mordiéndose los labios como si de esa manera pudiera darles más brillo.

Unos segundos después oyó pasos detrás de la puerta.

—¿Qué desea, señorita?

—Verá, me llamo Rosana y tengo entendido que necesitan una chica para que cuide de unos niños.

Una mujer de unos treinta años después de abrir la puerta la miró con gesto indefinido y le pidió que pasara.

—Si quiere decirme algo hágalo ya —dijo Edgar con decisión mirando a los ojos al viejo.

—Tengo tantas cosas que contar que no sé por dónde empezar. Me llamo Sebastián Herrando. No soy argentino. Todos cuando me conocen por primera vez lo piensan, hasta la Guardia Civil hace unos momentos... Hace cuarenta y nueve años exactamente, en esa playa en la que estuvieron ustedes durmiendo anoche, los fascistas nos acosaron cuando ya la guerra estaba perdida

de manera irremediable. La cantidad de recuerdos y fantasmas que surcaron mi mente... Nos apiñábamos como animales acorralados. Todo un ejército derrotado y traicionado hasta el final... y los barcos prometidos que no llegaban, y cuando al fin aparecieron en el horizonte eran pocos y algunos sin muchas ganas de cooperar.

—Sí, es una historia contada infinidad de veces, pero no entiendo por qué me cuenta a mí todas estas cosas —dijo Edgar, como si quisiera hacer una aclaración previa.

—Perdóneme, joven. Los viejos tenemos tan pocas oportunidades de que se nos escuche

—No, no es eso. Continúe —pareció disculparse.

—Pues, como le iba diciendo, he recordado todos los días de mi vida esta playa tan tranquila que vemos desde aquí. —Su mirada se extendió a través del encuadre del ventanal. — Aquí murió mi hermano a causa del pánico a la venganza de los vencedores, especialmente a los moros, que luchaban, qué paradoja, a favor de la religión que sus antepasados durante tantos siglos combatieron. Llega un momento en la vida en que se ha perdido todo y ya no quedan ilusiones por las que vivir. Una guerra con todo su odio hace que el mundo se venga abajo. Mataron

a mis padres por sus ideas republicanas. Y mi hermano mayor se suicidó en esta playa, cerca de donde durmieron ustedes anoche. No piense que fue un caso aislado, era como una epidemia; circulaban historias escalofriantes, no juzgaban, sólo bastaba que alguien acusara, y ya se podía esperar de todo. Todavía puedo recordar el hedor a sangre recalentada y los rostros demacrados, el miedo y la incertidumbre en los vencidos. Esta playa fue como un matadero. Juré que me vengaría. Sin quitarme el uniforme nadé mar adentro. Llegué más allá de donde están aquellas boyas rojas. Los barcos estaban más lejos si mal no recuerdo. Entonces yo tenía veinte años. Me zambullía y nadaba con todas mis fuerzas. Con los ojos cerrados veía el rostro de mi hermano ensangrentado y cubierto de arena. Es la imagen que más recuerdo. Lo dejé medio enterrado poco antes de mi huida. Al borde de la extenuación llegué a la línea de flotación de aquel barco. Subí a bordo por una cuerda primero, hasta una escala llena de fugitivos que nos mirábamos como si fuéramos culpables de aquella situación. Parecíamos perros apaleados, y los que se suicidaron en la playa, alacranes, que al verse acorralados preferían darse muerte.

—Vaya comparaciones hace usted. ¡Qué experiencia más cruda! —exclamó Edgar.

—Es bastante aproximado. Llegar a viejo es muy serio, tenemos muchas rarezas. Durante muchos años, todo lo que te he contado quedó arrinconado en mi cerebro como una pesadilla. Sabía que mi familia había desaparecido durante la guerra. No me quedaba nadie; el único superviviente era yo. No creas que soy un hombre solitario, me casé con una mujer muy buena que me ayudó mucho. Entre los dos conseguimos una fortuna. Teníamos una red de tintorerías. Sonia murió hace unos años... Pero de un tiempo a esta parte, como te digo, un ansia de venganza se ha apoderado de mí, recuerdo a mi hermano, a mis padres, como si todo lo que ocurrió hace tantos años hubiera sucedido ayer. En una agencia de detectives privados solicité información completa sobre Justo Vendrell y su familia. Un tiempo después me dieron pelos y señales de quiénes eran y de cómo se habían aprovechado durante el régimen franquista para convertirse en personas influyentes. Justo Vendrell fue quien denunció a mi padre como si hubiese sido un criminal. Debe tener unos ochenta años y ésta es su residencia.

Sebastián sacó de una cartera una fotografía en blanco y negro y se la mostró.

—Es un chalet de lujo —observó Edgar.

—Y, además, está electrificado. Ahí vive toda la familia de ese mal nacido. Tiene un hijo y dos nietos. Como verás, el chalet está pegado a la montaña, como si descansara en ella. En la fotografía no se ve, pero una carretera pasa a una altura de

Edgar accedió, extendiéndolas con las palmas hacía arriba. Sebastián las miró primero y después las acarició levemente con el índice y el pulgar.

—No las tiene muy finas ni tampoco callosas. Es usted el hombre que necesito. Le puedo ayudar, tal vez sea su día de suerte. No todos los días le harán una propuesta tan tentadora como ésta. Y yo, créame, no voy a desistir en mi intento. Encontraré a alguien que esté dispuesto... No creo que con el dinero del muerto en el accidente tenga para mucho tiempo.

—Entonces me vio —dijo Edgar frunciendo el ceño.

—Sí, casualmente.

—Por eso me ha propuesto...

—No, creo que no ha sido por eso...

Edgar lo miró fijamente y sólo vio cansancio en el color mate de sus ojos.

—¿Quiere contarme los detalles del plan? —indagó.

—No. Aún no me ha contestado, y no quiero que lo haga ahora, píenselo. Tiene tiempo hasta mañana. Por allí viene su mujer. ¿Piensa comunicarle lo que le he propuesto? —le preguntó al ver a Rosana atravesar la puerta.

—No —respondió el joven con rapidez.

—Bien, mucho mejor —dijo Sebastián aliviado.

Rosana se acercó con gesto de satisfacción. Sebastián se levantó y el marido lo imitó

—Siéntese donde quiera —dijo Sebastián.

—¿Sabes? Es casi seguro que me den trabajo durante los días que quedan del mes de agosto, y puede que también en septiembre.

—No creo que haga falta, si trabajas quince días será perfecto. En la vida se pasa por malos momentos —dijo Edgar encarándose después con Sebastián—.

Me refiero a lo económico. Éste es uno de ellos en la nuestra.

—No deberíamos considerar un problema lo que se puede resolver con dinero, y más en su caso, teniendo juventud, salud y, si me permite la señora, belleza.

La consideración que hizo Sebastián parecía de otra época, una galantería no muy al uso. Después Rosana le hizo preguntas sobre Buenos Aires, si era cierto el terror que impusieron los militares que dieron el golpe de Estado.

Sebastián palideció visiblemente.

—No quiero hablar de política, me ha afectado muchísimo. No he renunciado ni por un momento a mi nacionalidad española; a pesar de eso, amo aquella tierra como si fuera la mía. Allí, si uno trabaja y es emprendedor triunfa... bueno, el factor suerte es muy importante en cualquier lugar. Pero no quiero soltarles el rollo de mi vida. Perdónenme un momento.

Sebastián se levantó y fue a hablar con el maître del restaurante. Parecía que estaba preguntándole algo referente a la comida.

—¿Qué te parece? —se apresuró a decirle a su mujer.

—Es simpático y está sólo... Y nos ha invitado. Pensando que no tenemos ni una peseta... hasta que el encargado del hotel nos venda el coche...

—Sí, claro...

—Estamos de suerte —declaró Edgar sonriendo.

—¡Tengo un hambre! El olor de la comida me llena la boca de agua. No había experimentado nunca esta sensación. Has de prometerme que no volveremos a jugar. ¿Sabes cuánto dinero hemos perdido?

—Calla, que ya viene hacia aquí.

—Acabo de encargar carne de ternera cocinada como allá en la Argentina, con todos los condimentos necesarios. Seguro que les gusta, ¿o prefieren comer a la carta?

—No lo sé. ¿Edgar, tú qué prefieres? —preguntó Rosana.

—No he probado la carne como la preparan allí.

—Entonces, decidido.

En aquel momento el maître les ofreció la carta del menú. Sebastián le preguntó:

—¿No tendrán langostinos republicanos?

—¿Con la cola lila y roja, del Maestrat o del Delta? Aquí tenemos lo que ustedes pidan —acabó diciendo el maître con tono amable.

«Muy apropiado, lila y roja» —pensó Edgar.

Un camarero les sirvió una gran jarra de cerveza. Los dos jóvenes lo agradecieron de verdad. El poso del medio café con leche, y la bilis de la mala racha de la noche anterior, era lo único que quedaba en sus estómagos, que ya pedían, si no a gritos, sí a rugidos, que los calmaran.

—Ahora les traeré los aperitivos...

—Sí, traiga calamares y también almendras —pidió Sebastián.

—Le he contado a Sebastián lo que nos sucedió en el casino... —dijo Edgar de pronto.

—Fue terrible. La primera y la última vez. Me lo he jurado —aseguró Rosana, sin sorprenderse que su marido hubiera contado al desconocido lo acaecido.

—Eso es normal... es normal perder. El casino siempre gana a la larga. Querer ganar en estos establecimientos es una quimera. Hay gente que ha ganado cantidades considerables en los casinos. Allí el juego es limpio y la diosa fortuna se pasea por encima de los elegidos; pero no puedo entender que uno se quede tieso y por eso se sienta culpable toda su vida...

Edgar no respondió, ¿qué podía decir? ¿Que el juego era una parte importante de su vida? ¿Que sería difícil, casi imposible, que lo dejara?

La bandeja de langostinos desapareció más rápidamente de lo normal, y eso que tanto Rosana como Edgar hacían verdaderos esfuerzos por dominarse, para que no se notara lo que les exigía el estómago.

—Estoy alojado aquí en un hostel limpio y bastante tranquilo, es el más cercano a la playa, y un hombre mayor como yo para qué quiere lujos; una cama es una cama en cualquier sitio.

—Sí, eso es cierto —aprobó Edgar.

Rosana no prestaba atención a la conversación. Iba sintiéndose mejor á medida que la sensación de hambre desaparecía.

—¿Un cigarrillo? También son de allá —invitó Sebastián.

—Por curiosidad —respondió ella cogiendo uno del paquete que le ofrecía.

—No, yo no fumo —dijo Edgar.

—Eso está bien, pibe... perdóneme lo de pibe, es una costumbre.

—De allá —bromeó Rosana con acento argentino. Los tres rieron.

Sebastián al final les contó lo que ella quería saber de la dictadura militar de Videla.

—De una parte los montoneros, los comunistas... Total que no los dejaron que se aclararan... y los militares sudamericanos son más nazis que en ningún lugar del mundo.

—¿Fueron tan represores como decía la prensa y la televisión? —indagó la joven.

—Pienso que sí. Cometieron atrocidades. En la zona donde tengo una de las tintorerías estaban buscando a un profesor de matemáticas, un comunista. Yo lo conocía.

Era un hombre muy educado y amable. Desapareció cuando Videla se apoderó de Buenos Aires. Lo estuvieron buscando, pero no lo encontraron. Me contaron que se llevaron a una hija suya y la sometieron a un sufrimiento físico y moral insoportable para que les dijera dónde se escondía su padre. La tortura consistía en lo siguiente: pusieron una rata en una caja de zinc, con una abertura de una circunferencia de seis centímetros, y la juntaron a la vagina de la chica. Después, con fuego, calentaron la caja y la rata intentaba salir por el agujero introduciéndose en su vulva. La joven no sabía donde se hallaba su padre, de otro modo seguro que lo hubiera delatado. Era una de las historias que corrían en aquellos días de boca en boca por Buenos Aires.

Rosana tenía un gesto de dolor en su rostro. Lo que el viejo les había relatado la hizo temblar de arriba abajo. Sebastián no sabía por qué les había relatado aquella monstruosidad y no les dijo que a él mismo le habían quitado la vida, al arrebatarse a su hija y que a pesar del tiempo transcurrido aún no sabía nada de ella, que lo más probable sería que estuviera muerta. Su comportamiento era muy extraño, parecía incomprensiblemente querer hacerse daño.

—¡Qué cabrones! —exclamó Edgar—. Todo eso lo pagarán caro ¿Y lo de la inflación no le afectó? —preguntó.

—Como a todos los que tienen algún capital. — Sebastián hizo una pausa. Un camarero les sirvió la carne; que sabía a gloria. Edgar y Rosana siguieron comiendo con voracidad. Sebastián hizo algunas observaciones al margen sobre la comida, siempre reconociendo que la carne de allá era muy superior a la de acá.

—A mí me ha gustado mucho, estaba muy sabrosa... — aprobó Rosana.

—Vayan escogiendo los postres.

Después del café, Sebastián les dijo:

—Espero volver a verles otra vez, para mí ha sido un placer conocerlos. Ahora yo me retiro, desde hace muchos años tengo la costumbre de dormir la siesta.

—Le debemos una invitación —se adelantó a decir Edgar.

—No les diré que no —respondió con una sonrisa, retirando la silla.

—Es un hombre muy agradable, aunque hay una cierta tristeza en sus ojos —dijo ella mirando cómo se alejaba.

—¿Tú crees...? Me ha dejado algo de dinero. Se lo devolveremos en cuanto vendamos el coche —mintió—. Podríamos alquilar una habitación donde él se aloja. Siempre será más barata que la del hotel donde pasamos las primeras noches.

—Me parece bien. Tengo ganas de estar contigo en la cama —dijo susurrando Rosana cambiando de tema—. Comenzamos tan bien y el maldito casino... si hubiera estado más lejos, no hubiéramos puesto los pies allí, estoy segura.

—Si la primera racha de suerte hubiera continuado ahora no me hablarías así —dijo Edgar como disculpándose al levantarse de la mesa.

—No quiero discutir. Hoy han sucedido tantas cosas...

«No lo sabes tú bien», pensó Edgar.

El hostel estaba situado más allá de la curva donde había tenido lugar el accidente. Era un edificio de tres plantas cuyos ventanales daban al mar, todas las habitaciones tenían aquella grandiosa panorámica. Había

un pequeño vestíbulo decorado con cortinajes y muebles ingleses. El recepcionista, un hombre de mediana edad, les preguntó:

—¿Están ustedes casados?

—Sí, recién casados —aclaró Edgar.

—¿No llevan equipaje? —indagó.

—Nos lo han robado.

Al ver la cara del empleado, Edgar se apresuró a decir:

—No se preocupe, podemos pagarle, sólo nos han robado la maleta.

El hombre esbozó una sonrisa un poco forzada.

—Lo siento. Aquí tienen la llave. Todas las habitaciones dan al mar.

—Sí, ya... lo hemos observado —dijo Edgar sonriendo.

—Qué mentiroso eres —dijo Rosana pulsando el botón del ascensor. —No nos han robado, ni hemos observado nada.

Él la miró con cariño y no dijo nada, sólo le acarició la cintura.

Entraron en la habitación Edgar se dejó caer boca abajo encima de la cama. Miró el reloj, todavía faltaban unos minutos para las tres de la tarde. Era la hora a la que normalmente comenzaban a comer, en cambio, aquel día todo iba acelerado. «Tendría que haber esperado a hacer la digestión», pensó, al darse cuenta que Rosana se había metido en la bañera.

—Huelo a sudor, amor mío... voy enseguida —la voz de ella llegó hasta la alcoba en penumbra.

Apenas tardó. Tenía la piel húmeda y el deseo encendido. Llegó hasta donde él estaba con el cuerpo desnudo. Era una mujer de carnes prietas y de mirada clara. Edgar descansó sus mejillas entre sus pechos suaves. Rosana se estiró encima de la colcha. Le raspaba la piel y dando un fuerte tirón la dejó en el suelo. Él sonrió.

—¿Estás más delgada?

—No lo sé, puede ser.

—La mala vida.

—En la pobreza y en la riqueza...

—Yo no seré nunca pobre. Ni tú.

—Contigo, no me importaría.

Él, le acarició las piernas.

—Acepté ese puesto de trabajo para poder estar dentro de ti todas las veces que lo deseara. No podía permitirme que te fueras a dormir a tu casa después de nuestros encuentros... y además, hasta nos hemos casado por la iglesia habiendo otras opciones.

—¿No estás arrepentido? —inquirió ella cerca de los labios de Edgar.

—No me preguntes eso cuando me veas así, como estoy ahora. La respuesta no sería objetiva... Toda la tarde para nosotros dos. No pienses en nada Sólo en amarnos...

Él terminó de desnudarse, fue hacia la ventana y corrió la gruesa cortina plastificada La habitación quedó en penumbra. Edgar tanteó en la oscuridad, primero percibió el perfume de la mujer y después le acarició el cuerpo. Recorrieron todas las galaxias y llegaron hasta el epicentro de la tierra. Navegaron por el ojo del huracán y estuvieron en miles de islas paradisíacas. Y el mundo se paró y la noche se volvió día, y las montañas se deshicieron como si fueran de nieve.

—Cambia esta tarde por una cifra —se atrevió a decir él.

—... Ni... por todo el oro del mundo —dijo ella quedamente.

—Cuando no pienses así, déjame.

Y todo fue repetido una y otra vez, hasta que la naturaleza les negó su ímpetu.

Quedaron dormidos después del éxtasis. Las respiraciones se acompasaron y los semblantes se relajaron.

Fuera, la tarde parecía romperse; el sol de Alicante aplastaba las sombras. La gente en la playa se cobijaba debajo de las sombrillas, muchas de las olas apenas llegaban a la orilla. El mar parecía un lago y las voces de los niños amordazadas por el cansancio caluroso de la mañana no se dejaban oír.

Edgar se removió sudado y pegajoso en la cama. Se levantó. Rosana dormía plácidamente boca arriba, lo que más destacaba de su desnudez era el bosque de su sexo en la penumbra. Entonces ella se despertó.

Él se metió en la ducha despejándose.

—¿Sabes? He pensado que Sebastián podría ser un malvado —la voz de Rosana le llegó como nueva.

—¿Qué dices? —preguntó Edgar atándose el albornoz—. Las mujeres sois más intuitivas que nosotros... Pero... ¿En qué te basas?

—¿Por qué te ha dejado dinero así, sin más...?

—No. Estuvimos hablando y le conté que habíamos perdido todo el dinero en el casino.

—A mí me da la impresión de un ser extraño. Y el caso es que me lo parece ahora, antes, durante la comida, no lo pensé.

—Bien, yo no tengo nada en su contra, al contrario... cuando podamos vender el coche le devolveremos el préstamo, o puede que antes...

—¿Qué quieres decir? —inquirió Rosana arqueando las cejas.

—No, nada —dijo despreocupado abrochándose la camisa

—¿No pensarás volver a jugar?

—¡Dime! ¿No has escarmentado?

—¿He de volver, no lo entiendes? ¿Crees que puedo conformarme con salir de allí con una mano delante y otra detrás? La próxima vez ganaré, estoy seguro.

—Edgar, si vuelves a jugar, no me encontrarás aquí cuando vuelvas —le costó pronunciar esas palabras, pero presentía que si no hacía frente, si no se hacía fuerte en los primeros días, su matrimonio se iría abajo.

No había imaginado la pasión que Edgar sentía por el juego. Tenía muy bien escondido su secreto.

Él no hizo ningún comentario.

—Voy a llamar por teléfono, a ver si han con seguido vender el coche —dijo acabando de vestirse y franqueando la puerta salió después de besarla

Rosana retomó el pensamiento anterior. Sí, el problema del juego era nuevo para ella. Se enamoraron teniendo demasiado en cuenta el físico, así de pronto, como en las películas o en las novelas. Fue un atardecer, en el chalet de una amiga, Sara, la chica más horrorosa y estúpida de cuantas conocían. Ni el mucho dinero que tenían sus padres podía paliar la fealdad de aquella criatura. Un amigo llevó a Edgar a la fiesta. Al verse se quedaron enganchados, después bailaron frotando sus cuerpos,

bebiendo y riendo hasta que Edgar la acompañó a casa y los dos comprendieron que sería muy difícil que alguien los separara. No sabían nada el uno del otro, pero tampoco les importaba. La atracción más pura y desnuda había llegado como una llamarada a sus vidas. Ella inopinadamente dejó de estudiar aquel mes, y nunca supo por qué. Aunque tuviera que vivir sin lujos, quería que fuese con Edgar, y deseaba que fuera lo antes posible para que no se marchara nunca más de su vida. Sus padres quisieron que antes de la boda Edgar tuviera un sueldo fijo, aunque no fuera muy alto. Alguien les informó de que había salido una plaza de conserje en el Ayuntamiento. Tendría que opositar para la plaza de conserje del cementerio municipal. Y él accedió. Para Rosana, aquella actitud fue una buena señal de amor, la más grande que ninguna mujer pudiera recibir. Desde que se conocieron hasta el día de la boda no transcurrieron ni diez meses. Los padres de Rosana nunca le habían negado nada, ¿cómo iban a oponerse? Aunque Edgar no les hubiese parecido bien cuando lo conocieron.

Ahora sabía que su vida no sería tan fácil como había imaginado en un principio, pero tenía que luchar por conservar lo que sentían.

Rosana abrió la puerta de la terraza después de echar a un lado la pesada cortina. El calor de la tarde continuaba, e invadió con fulgor la habitación.

Más allá, en otra terraza a la izquierda, pero un piso más abajo, se encontraba Sebastián con la mirada fija en la playa. Parecía observar un espectáculo invisible para los demás. Eso pensó Rosana. Su postura estática y la mirada perdida la inquietaron.

Se vistió y bajó al vestíbulo. No vio a Edgar. El recepcionista le comunicó que su marido había dejado dicho que, si preguntaba por él, le avisara de que llegaría tarde.

La dueña del chalet era una mujer elegante, no guapa pero con estilo, le pareció muy dinámica. Dirigiéndose a Rosana le dijo:

—Deseo que se sienta como en su casa. Tendrá el sueldo base y la comida. ¿De acuerdo? Yo salgo bastante. Usted únicamente ha de ocuparse de los niños. Tenga cuidado con Ángel, que sólo tiene de bueno el nombre.

—No se preocupe, señora, puede estar tranquila; estarán bien cuidados y atendidos —aseguró Rosana.

Los niños la miraban con desconfianza, pero no con malos ojos. Su madre les presentó:

—Es Rosana, se ocupará de vosotros. Portaos bien con ella; no me dejéis en mal lugar, le he dicho que sois muy inteligentes y buenos chicos.

Ninguno de los tres contestó. Iban sucios de tierra del jardín, y tenían las caras manchadas de tiza de colores.

—Tienen que jugar, compréndalo —comentó la madre disculpándolos—. Después de bañarlos que se pongan los pijamas.

—Como quiera la señora —aceptó Rosana.

Y fue entonces cuando experimentó la independencia, ella que nunca había tenido esa sensación, fue como si se hubiera liberado de un peso sin darse cuenta. Recordó todo lo sucedido: primero se arruinaron jugando, a consecuencia de ello habían dormido una noche al raso en una playa e hicieron el amor. Después vieron el accidente, más tarde, apareció el tal Sebastián y los invitó a almorzar. Éste, según Edgar, les había dejado algún dinero. Aquella misma tarde volvieron a hacer el amor. Discutieron por el juego, y a la mañana del día siguiente consiguió el primer trabajo de su vida.

IX

Eran las siete de la tarde cuando Edgar entró por segunda vez en el lujoso casino de Villajoyosa. Lo contemplaba todo como un arqueólogo atravesando la puerta de un templo ignorado. Era una sensación de felicidad pura: el ambiente, el ruido de la ruleta, la mirada de la gente buscando emociones fuertes, y el perfume de las mujeres que se adivinaba caro. La mesa de bacarrá aún no se había formado. Esperó en los alrededores observando a unos jugadores de black jack que no conseguían recuperar lo perdido. El crupier con dedos fugitivos les daba cartas, mientras seguían pendientes de sus manos y de las fichas. Momentos después, sonó una campanilla y uno de los que también esperaba dijo: "Como en misa, vamos a la capilla." Un hombre con esmoquin, desvirgó cinco o seis barajas de póquer y dispersó las cartas en forma de abanico de color rojizo encima del tapete verde; después las barajó una y otra

vez a la vista de unas diez personas, entre ellas Edgar, que contemplaba fascinado la operación. Los jugadores fueron haciendo distintos montones con las cartas, después las introdujeron en el cajón que él bautizó mentalmente como la ratera (su forma). Uno de los que estaban sentados al lado del crupier cortó con una carta la baraja por donde quiso.

El crupier contó cinco cartas y cerró el cajón.

—Punto y banca, señores —anunció— o Chemin de fer.

—Mil al punto —Edgar fue el primero en apostar.

Después de un cuarto de hora la mesa rectangular estaba saturada de jugadores, los esporádicos, los que hacían alguna apuesta y se retiraban, y los que iban a jugar unas horas ya estaban sentados.

Hacía unos minutos que Edgar había ocupado una silla alta similar a un taburete. Un profundo bienestar invadía su cuerpo, y otra vez apareció aquella sensación única al levantar la carta; en aquellos momentos le sirvió una, el crupier con la paleta levantó la suya y fue un siete. Edgar no pidió carta. Tenía un ocho, y por tanto todos los de la mesa que jugaron al punto, ganaron como él. Lo miraron de un modo semejante a la admiración. Estaba seguro

que aquél era su gran día de suerte: 8-8-88, y en pocos minutos serían las ocho de la tarde. Se encontraba situado mirando hacia el este y le picaba la palma de la mano derecha. Efectivamente, en la jugada siguiente le sirvieron un nueve. Sonrió y descubrió su carta diciendo: Neiff. A sus espaldas hubo un murmullo. Ahora le pasaron el cajón y lo situó justo delante de su cuerpo, como en una ceremonia íntima. La banca era suya. La punta de la carta asomaba por aquella ranura, parecida a una guillotina. Extendió la mano derecha y tiró de la primera carta suavemente hacia abajo.

—Jueguen, jueguen, jueguen. No va más, no va más — anunció Edgar.

No llegaron a cubrir el dinero que tenía a la derecha del cajón. Dio cartas con suavidad. La jugada quedó anulada. Abre, dijo alguien adelantándose.

—¿Todo igual? —preguntó Edgar, por si alguien quería aumentar o retirar la apuesta.

Sólo un jugador retiró una ficha y enmendó así su jugada.

—Como está —dijo Edgar después.

Volvió a sacar las cartas, dio un cinco y se sirvió dos nueves que restaron ocho. Volvió a ganar. Hasta entonces se lo abonaban todo multiplicando con sorpresa la cifra inicial, que no retiraba de la mesa. Se había dado seis pases. Algunos jugadores de la ruleta recogieron sus fichas y se acercaron a ver lo que ocurría en la mesa de bacarrá. La gente se arremolinaba. Una mujer vestida de negro y de mirada ausente le preguntó cuánto dinero había en la banca. Edgar contó las fichas y le dijo la cifra aproximada. La mujer vaciló un instante, pero a continuación dijo con voz grave y resuelta: "Banca". Edgar la miró a los ojos por encima de la expectación y del silencio. Él podía dar dos golpecitos al lado del cajón, retirarse y que el crupier subastara la banca. Pero una especie de hormigueo le recorrió la espalda y aceptó la apuesta. Volvieron a salir las cartas. Era su día de suerte, la fecha le atraía: 8-8-88. La mujer palideció. Todos lo vieron. Había hecho bacarrá, así que tenía posibilidad de otra carta. Se la sirvió con innegable tensión. Fue un dos de corazones. Él sumó cinco. Volvió a ganar. El montón de fichas que tenía delante era exagerado. Sobre Edgar llovían miradas de admiración y murmullos. Dio un margen de tiempo para que cubrieran el dinero que había en la banca.

—Jueguen, mucho dinero en la banca —dijo incontenible en tono irónico.

Algunos jugadores que estaban de pie echaron encima del tapete fichas de diverso tamaño, pero no llegaron a cubrir ni la mitad de la cifra que Edgar acumulaba a su lado. La mujer de negro estaba pensativa, miraba el cajón de las cartas como si quisiera ver detrás de ellas lo que le ofrecería la suerte. Otra vez la voz de la mujer, que ahora parecía más profunda, dijo: "Banca". Era mucho dinero, pero Edgar se dijo que no podía perder, que igual que se había dado ocho pases podía darse ocho más. Sólo en la mente de un jugador nato como él cabía semejante ecuación. La corazonada estaba servida. Puso la punta de los dedos encima de la carta que iba a salir y tuvo la sensación de que quemaba. Ya lo había decidido. Sacó las dos cartas y las lanzó con fuerza calculada. Fueron resbalando por el tapete cerca de los pechos voluminosos de la mujer. Ésta tragó saliva con dificultad antes de ver su juego. Después dijo: "Carta". O se había pasado o no llegaba al seis, pensó Edgar. La diosa fortuna volvió a ofrecerle a Edgar un ocho de tréboles, y éste, después de respirar hondo, amontonó nuevos argumentos para no dejar la banca. Estaba tan seguro que daba miedo. Su

aspecto, su actitud no eran los de un loco, sino los de un jugador con todo su dramatismo. Uno de los que estaban de pie dijo: "Avec". En aquel instante Edgar sintió como si alguien ejerciera presión sobre su nuca. Se dio la vuelta rápido como una serpiente. Su mirada tropezó con la de Sebastián Herrando, vestido de negro. El viejo parecía el familiar a quien se le da el pésame en un entierro. No le gustó verlo, muy al contrario, y como jugador era supersticioso. Dio dos golpecitos en el cajón y lo dejó para que lo subastaran. Recogió el gran montón de fichas y las guardó en los bolsillos de la chaqueta; dejó una ficha de cinco mil pesetas para el crupier.

Así lo exigía el estado de ánimo de Edgar en aquel preciso momento. Ni una pareja de la Guardia Civil podría obligarlo a continuar jugando.

—¿Por qué se levanta? —preguntó Sebastián extrañado.

—He tenido un mal presentimiento.

—Quédese aquí, a ver si es verdad. Puede ser que no quede ningún pase más —propuso el viejo.

—No me interesa ni quiero saberlo. Voy a cambiar las fichas.

Sebastián lo siguió a unos metros.

Edgar depositó las fichas ganadas encima del mostrador.

—¿Lo desea en billetes de diez mil? —preguntó el empleado contando las fichas.

—Sí, supongo que no producirá el mismo efecto.

—Si lo desea, le podemos hacer un depósito.

—No, me lo llevo.

—Como el señor desee.

—Es peligroso llevar tantos millones encima —dijo Sebastián, y siguió—. Aunque este dinero no vale nada. No es como el dinero trabajado y sudado.

Edgar lo miró con desprecio antes de preguntarle:

—¿Cómo sabía que estaba aquí...?

—No era difícil de imaginar, después de lo que me contó.

—Si quiere beber algo, está invitado.

—Sí, tomaré medio whisky a tu salud y por tu suerte.

Ya en la barra Sebastián le propuso:

—Tengo el plan muy bien estudiado. No puede fallar. Con lo que has ganado ahora y con los seis millones que yo te pagaré, puedes vivir de renta un tiempo si no te apetece trabajar, claro, siempre que dejes el juego...

—No recuerdo haberle pedido consejo... —cortó Edgar.

—Perdona, sólo era una observación.

—... Está bien.

—Tengo un croquis del plano. Si aceptas te lo enseñaré ahora mismo, te firmo un cheque de tres millones de pesetas y el resto cuando todo haya terminado.

Edgar dudó un momento. Y Sebastián siguió pausadamente explicándole:

—Sólo tienes que conducir un camión hasta lo alto de la montaña, encima de donde se encuentra el chalet de esa gente.

—¡Un camión! ¿Por qué un camión?

—Lo apalabré hace unos días en Benidorm. Es un camión cisterna que servía para el transporte de agua en esta comarca.

—No lo entiendo.

—Se trata de llenarlo de gasolina.

Edgar abrió los ojos, sorprendido, al comprender lo que Sebastián pensaba llevar a cabo.

—¡Quiere incendiar el chalet! ¿Está usted loco?

—Sí, seguramente, locura senil, dirían los especialistas. Con una manguera lo rociaremos y cuando esté mojado, bien mojado por los cuatro costados, con nocturnidad y alevosía le prenderemos fuego... piensa que tú solamente cobras por conducir. La cisterna llevará un rótulo pintado que dirá: "Agua pura de manantial".

Sebastián sacó del bolsillo de la chaqueta un talonario de cheques y un bolígrafo que parecía de oro. Los movió inquieto entre sus manos esperando confirmación...

—¿Cuándo piensa hacerlo? —preguntó Edgar preocupado.

—Mañana —afirmó con naturalidad.

Edgar apretó las mandíbulas y respiró con dificultad. Al final dijo:

—Está bien. Sólo le pongo una condición. Rosana no tiene que saber nada. Ella estará al margen de esto...

Sebastián movió la cabeza afirmativamente y anunció —hoy es lunes. Mañana celebrará su Santo como todos los años el cabrón de justo y sus hijos estarán en el chalet. Los viernes se desplazan a la fábrica para pagar a los trabajadores, según me han informado.

—¿Cómo es la carretera, ancha y asfaltada, o, por el contrario, es un camino vecinal?

—Ni una cosa ni la otra. Es una carretera elevada y angosta. Cuando se produzca el incendio saldremos de allí rápidamente. Recuerda que si alguien nos ve pensará que transportamos agua.

—Sigue pareciéndome una locura —sentenció el joven.

—Es posible. Pero esa gente ha vivido muy bien durante mucho tiempo. Ahora pagarán por lo que hicieron. Tengo esta obsesión. Estoy solo en el mundo, no temo a nada ni creo en nada, ni en la ética ni en la religión, y tampoco en la gente. Todo se mueve por el vil metal. Sólo puedo creer en eso.

—Está bien. Pero nada de pagarme en dos veces. Me firmará un cheque con la cantidad completa.

—¿No te fías de mí? —preguntó muy serio.

—Sí, pero no veo el plan tan claro como usted lo presenta. Si me comprometo a llevarlo a aquella montaña sabe que lo haré.

—De acuerdo —convino moviendo la cabeza levemente.

Sebastián firmó el cheque con la cantidad acordada. Cuando Edgar cogió aquel talón se sintió un delincuente por primera vez en su vida. Lo guardó en el bolsillo del pantalón. El viejo siguió diciendo:

—En un parking al aire libre de la calle Doctor Fleming está el camión cisterna...

Salieron juntos del casino de Villajoyosa. Edgar accedió a que Sebastián lo acompañara al hotel donde había pedido que vendieran su coche. Pagó una pequeña cantidad que debía y recuperó el vehículo. La noche estaba magnífica. Ahora la suerte le sonreía sin problemas, sin remilgos. No sabía qué hacer; por una parte, Rosana se alegraría de que su vida volviera a la

normalidad anterior o, puede ser, que reaccionara de otra manera al darse cuenta de que se había casado con un jugador empedernido. Ella no había dudado en buscar trabajo en aquel chalet, y eso significaba mucho para él. De momento no le hablaría de lo que había ganado en la mesa de juego, ni por descontado del "trabajo" que iba a realizar para Sebastián. Ya se inventaría algo llegado el momento.

Un viento de levante muy suave lamía la superficie de aquel viejo mar. Poco después Sebastián detuvo su coche enfrente del hostel. Al entrar el recepcionista le comunicó:

—Don Edgar, su mujer ha dejado esta nota para usted.

Él se lo agradeció con un gesto y la leyó:

"Cari, me quedo a cuidar de los niños esta noche. Llámame cuando vuelvas. Un beso. Rosana."

También había anotado un número de teléfono.

Sebastián en el hall se distraía leyendo un periódico atrasado, en el que un futbolista era acusado de violación.

Edgar, unos segundos después de marcar, escuchó la voz Rosana.

—Amor mío, todo ha ido bien. Me han aceptado para que cuide a los niños, saldremos adelante. No vendas el coche. La señora, al ver que necesito el dinero, me pagará estos días del mes por adelantado.

—¿Y qué hacemos esta noche?

—He de quedarme con los niños. Piensa que esta tarde ya hemos estado juntos...

—He quedado mañana con Sebastián para llevarlo a su pueblo. Dice que no se siente capaz de conducir hasta allí. Asegura que me lo pagará bien. ¿Qué te parece?... Tú enseguida has encontrado trabajo, en cambio yo...

—Un mes pasa pronto —dijo Rosana.

—Pasa pronto, sí, y después la vuelta y la rutina... y el maldito trabajo de conserje en el cementerio municipal.

—Si quieres que nos quedemos aquí, a mí no me importa trabajar. Sólo me fastidia tener que pasar algunas noches en este chalet.

—Perdona, no he debido hablarte así... ten mucho cuidado —rectificó

—Un beso —dijo Rosana, comprensiva. Y colgó el teléfono unos segundos después Sebastián dejó el periódico y acercándose al joven dijo:

—Hasta mañana a las siete. Diré en recepción que nos avisen a esa hora.

Edgar asintió con un movimiento de cabeza.

La cama estaba deshecha. Olía a Rosana, a sexo adormecido. Parecía que acababan de hacer el amor. En el paso de la tarde a la noche había conseguido una fortuna, y había tenido la extraña idea de no decirle nada a su mujer. Se tumbó en el mismo lugar donde ella había disfrutado tanto como él. El espacio estaba impregnado de imaginaria fragancia y tibieza. Quería ordenar sus pensamientos, pero no lo lograba. Parecía mentira lo que le había ocurrido en el casino. Aquello de dar tantos pases en una partida de bacarrá ocurría raras veces y en contadas ocasiones. Intentó encontrar el sueño con los ojos cansados y los pies fríos. No tenía hambre. Cerró la puerta de la habitación con llave e introdujo el fajo de billetes grandes en una bolsa de plástico negro, que aplastó entre el colchón y el somier. Respiró hondo y se tragó los restos del perfume de Rosana perdido entre las sábanas. La respiración se hizo acompasada, creía que se

dormiría en seguida. Falsa apreciación. Estaba entre contento y nervioso, obsesionado con la venganza que Sebastián le había propuesto. Él no era un moralista, pero tampoco un delincuente y menos un asesino. ¿Cómo podía haberse comprometido con el viejo? Presentía que nunca más en su vida tendría una oportunidad como aquella. Sebastián podría encontrar a gente que no dudarían un momento en aceptar aquel plan —se dijo—. La maraña del sueño se negaba a aparecer. Pensó que no comenzaba bien en su matrimonio, iba tejiendo de mentiras la vida de ambos. Él había vivido hasta los veinticuatro años como podía; mientras sus amigos acababan los estudios en la universidad y se licenciaban, Edgar jugaba en un equipo de fútbol de segunda división, donde le pagaban lo suficiente para sus vicios. Le propusieron llevar una representación de ordenadores pero no cuajó. Ganar el dinero poco a poco le hacía perder la moral. La frase que rezaba «Si quieres ser millonario no pierdas el tiempo trabajando», era como una máxima para su manera de vivir. Por eso cuando accedió a una plaza municipal, en el cementerio, después de la lesión que le ocasionó un defensa en un difícil partido, sólo lo hizo por Rosana, y por eso estaba seguro de que la quería. Para ser sincero pensaba pedir la baja en

un tiempo prudencial. El padre de Rosana fue el que opuso cierta resistencia a que se casaran sin que tuvieran un sueldo seguro. Edgar sabía que no les caía muy bien a sus suegros. Fue una boda romántica. Todos veían la fuerza de su amor insultante. Buscaron la costa alicantina para su viaje de novios, pero jamás pudieron imaginar entonces lo que ahora les estaba sucediendo y cómo las circunstancias eran capaces de modificar su destino. La casa de los padres de Rosana tenía tres plantas; en la última habilitaron una vivienda para ellos. Era pequeña, pero la decoraron con cierto gusto y resultó muy acogedora. Los recuerdos, los pensamientos, le llegaban a oleadas mezclados con la punta del sueño que ya asomaba. El tono azul claro de las paredes de la habitación desapareció de sus ojos. Las imágenes oníricas, incoherentes y borrosas surgían por los pasillos de su inquieto cerebro, y soñó que Sebastián se quitaba una peluca blanca y aparecía el cráneo de una calavera, después con una cuerda lo anudaba a él y lo conducía cerca de unas olas gigantes. No dejaba de reírse. Una de las manos de Edgar cayó cortada encima de la arena de la playa y desapareció, pero convertida en un cangrejo. Después llegó Rosana vestida de invierno con un jersey blanco de cuello alto, y trataba de encontrar el cangrejo

en que se había transformado la mano de Edgar. Sebastián seguía tirando de la cuerda queriendo arrastrarlo al mar. Las enormes olas tenían en las crestas colores violáceos y a veces rojizos, como si detrás de la espuma hubieran prendido un gran fuego.

Edgar tenía muy mal dormir, se removía con desasosiego, no era de los que se levantan en la misma posición en que se acuestan, no tenía la tranquilidad de Rosana. Él era un terremoto; cuando se despertó estaba en el suelo habiendo arrastrado con él la fina sábana. Poco después oyó unos golpes en la puerta. Abrió los ojos y por unas décimas de segundo no supo dónde se encontraba.

—Es la hora —la voz de Sebastián le pareció más desagradable que nunca—. Se levantó del suelo, se estiró todo lo que pudo y la rodilla lesionada que lo apartó del fútbol le produjo una aguda punzada; el dolor acabó de despertarlo. Un cuarto de hora después estaba preparado, duchado y afeitado. Sebastián lo esperaba, vestido como siempre con una camisa blanca limpia y pantalón gris. Llevaba una bolsa de cuero colgada del hombro izquierdo. Tenía la mirada descansada y decidida.

—He pedido el desayuno en la cafetería, ¿te parece bien?

—Sí, claro —aprobó.

Se sentaron el uno frente al otro. El humo del café separaba las palabras. Edgar desayunó como si no fuera a comer a medio día, se había levantado con un hambre atroz: mantequilla, mermelada, y cruasán, también un bocadillo de jamón y queso. Cuando terminó, Sebastián le dijo:

—Vayámonos ya. Tenemos que recoger el camión cisterna y pintarlo. Es una medida de seguridad.

Edgar no respondió. Él pagaba, él mandaba.

El día se presentaba laborioso. Subieron al coche que Sebastián había alquilado.

—Yo conduciré —dijo Edgar.

Llevaban poco tiempo de viaje cuando los altos edificios de Benidorm surgieron poderosos frente a ellos. La ciudad cosmopolita de la costa atraía a muchos extranjeros en cualquier época del año. En agosto la ciudad era un verdadero enjambre. La playa parecía un despropósito: miles de sombrillas, como un fondo

multicolor, estaban clavadas unas junto a las otras, como si el metro cuadrado no contara en el espacio. Sin embargo, la gente parecía tranquila, a pesar de la estrechez. Mujeres con los pechos al descubierto esperando que el sol las broceara, ancianos de mirada inquieta y deseos aparcados, familias enteras disfrutando del mar, extranjeros de rostros color gamba, gordos de carnes esparcidas y gente vestida con elegancia, prostitutas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y asesinos, allí estaba todo lo que habita en las grandes ciudades. Contemplaban a los transeúntes y las tiendas que, unas al lado de las otras, sacaban la mercancía mostrándola debajo de unos toldos en la acera. Sebastián no tenía ninguna expresión en el rostro, no hablaba, como si todo estuviera ya dicho, pero no era así. Edgar no conocía el lugar donde Sebastián iba a llevar a cabo su venganza.

—Gira a la derecha. Al final de la calle está el parking, es aquella fachada pintada de verde —señaló Sebastián con la mano.

El joven maniobró rápido y un turismo hizo sonar el claxon en señal de protesta porque había realizado una maniobra brusca. Sebastián ni se inmutó.

—Dejaremos este cacharro y nos llevaremos el otro — dijo el viejo cuando atravesaban una pequeña barrera.

En aquel parking, como un animal dormido esperando ser llevado al sacrificio, se encontraba el arma con la que pensaba llevar a cabo el crimen.

—Toma las llaves. ¿Has conducido alguna vez un camión? —preguntó Sebastián.

—Es cuestión de perspectiva. Cuando más alto es el vehículo, se corre menos peligro... Eso dicen —sentenció Edgar.

Subieron a la cabina del camión cisterna. El habitáculo olía a mantas usadas y a jamón rancio. Edgar acabó tirando de la mano de su compañero para ayudarlo a subir. Dio el contacto y salió con precaución. Asomó el morro de la pesada máquina a la calzada. Sebastián le indicó que saliera hacia la derecha.

—Hemos de tomar la carretera 340. Nos detendremos en la gasolinera que yo te indicaré.

—Lo tiene todo bien calculado, es evidente.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen. Piensa que llevo mucho tiempo preparando esto.

—¿Sabe cuántos mueren en las carreteras de nuestra querida patria? Una cifra estremecedora. Unos catorce todos los días, que es una media que da los cinco mil muertos al año.

—Sí, es una cifra escalofriante. ¿A qué viene eso?

—La gente muere con mucha facilidad, y no siempre serán accidentes. Algunos suicidas en lugar de colgarse, tirarse al tren, envenenarse, o cortarse las venas, que era lo habitual, lo clásico, vaya, ahora optan por el coche, que es tal vez el lugar en el que los engendraron. Lo ponen a toda la velocidad... Y después consta como un accidente de tráfico lo que en realidad es un suicidio.

—Creo que exageras. O yo vengo de otro mundo... —le respondió Sebastián.

Edgar no replicó. Desde aquella cabina veía pequeños y frágiles los vehículos con los que se cruzaban; allí arriba uno tenía sensación de fuerza y poder. Edgar respetaba todas las señales de tráfico que indicaban el límite de velocidad.

—¿Qué hará cuando todo esto acabe? Además de sentirse feliz —preguntó Edgar con un tono de voz que parecía irónico.

—No lo he pensado, será como el final de una larga etapa. No sé cómo me sentiré, es aventurar acontecimientos —respondió con la mirada fija en ningún lugar preciso.

Pasaron por una gasolinera. Sebastián no indicó que parara. La mañana se volvió inesperadamente oscura, las nubes corrían hacia el mar empujadas por un viento de poniente. Edgar miraba cómo la carretera se iba llenando de lluvia y frescor. Se agradecía el ambiente húmedo, en contraste con el calor sofocante de los últimos días. Apretó el acelerador para probar el motor del camión cisterna.

—No corras tanto, no es conveniente.

—Quería comprobar el tirón de este cachano

—Tiene bastante. El suficiente.

Edgar levantó el pie del acelerador, pero el vehículo mantuvo aquella velocidad durante largos e inquietantes segundos. La aguja del cuentakilómetros bajaba poco a poco manteniendo la rapidez deseada.

El camión cisterna había sido subastado por causas que no tenían nada que ver con el motor precisamente.

Sebastián se lo compró a un individuo que se quedó el lote de vehículos en el que iba incluida la cisterna. Lo pagó sin regatear. En el depósito se podía leer, aunque algo borroso: "Líquido inflamable".

Dos horas de continuo rodar provocaron en Edgar un sentimiento encontrado. ¿Cómo podía haber aceptado acompañar a aquel loco en su insensata venganza? El dinero. Todo hombre tiene un precio, se dijo. Y Rosana sin saber nada, trabajando al cuidado de unos niños para ganar unas pocas pesetas, y él, en aquel viejo camión, a punto de cometer un asesinato, o de ser cómplice, todo por dinero.

—Aquélla es la gasolinera —la voz de Sebastián lo rescató de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Allí, mira, donde están aparcados aquellos dos camiones —indicó Sebastián.

—Conserva muy bien la vista —observó Edgar.

—Sí, la vista y la memoria antigua —respondió mirando por la ventanilla. Después Sebastián guardó silencio. El joven maniobró deteniéndose detrás de los vehículos que

se disponían a llenar los depósitos. Al cabo de unos minutos, un camión cargado con animales bovinos salió perdiéndose por la resbaladiza carretera. Lo agradecieron porque con él desapareció el tufo que soltaba. Sebastián bajó con cuidado del camión y se dirigió hacia uno de los empleados que llevaba una manguera en ristre.

—Llene la cuba todo lo que pueda —ordenó.

—¿Llena? —preguntó el empleado, un tanto sorprendido.

—Sí, en poco tiempo subirá la gasolina y yo habré hecho una buena inversión. No se preocupe por el dinero...

Pero si... bien, como quiera.

El empleado iba a perderse en razonamientos para hacerle comprender lo ilógico de su propuesta, pero optó por encogerse de hombros y meter la boca de la manguera en el depósito. La panza del camión fue llenándose lentamente. El viejo permanecía callado, como si estuviera haciendo un cálculo mental. Cuando estuvo lleno, Sebastián sacó un fajo de billetes de la bolsa que llevaba colgada del hombro y le pagó. El empleado guardó en el bolsillo del mono una suculenta propina.

Después Sebastián subió a la cabina ayudado por Edgar que tiró de su mano con fuerza.

—Vamos. Despacio, ves con cuidado.

—Sí, Tranquilo. No se preocupe.

—Ahora en el primer pueblo buscaremos una droguería, compraremos pintura y cambiaremos el rótulo del depósito de gasolina. Seguiremos hasta la carretera que pasa por encima del chalet.

Así lo hicieron. En el pueblo más próximo compraron pintura azul clara y dos pistolas para pintar unas letras de molde mayúsculas. Cerca de unas montañas que les daban sombra, a unos veinte metros de la carretera, se dispusieron a ocultar toda la superficie de la cisterna. Cuando parte del gran bidón estuvo pintado como el azul del cielo, Sebastián, con pulso impropio de su edad, escribió encima en azul oscuro ayudado por Edgar y las letras de molde: AGUA DE MANANTIAL.

—¿Ha quedado perfecto, verdad que sí? —preguntó Sebastián satisfecho.

—Sí, no parece el mismo. Es como más inofensivo — Edgar trató de hacer una broma sin conseguirlo.

—Sólo nos faltan los tubos para la canalización. Han de medir por lo menos de dos a tres metros, si no los encontramos compraremos dos mangueras.

—Es usted diabólico. ¿Cómo puede haber urdido tan fríamente todo esto?

—Veo que no habías acabado de creer que pudiera llegar hasta el final con mi propósito. Soy un hombre de una voluntad fuerte, de otro modo no hubiera conseguido rehacer mi vida y acumular dinero.

Edgar no respondió. El viejo siempre acababa como el aceite en el agua, encima de sus palabras. Después de dos horas y media de marcha le pidió que se detuviera. Sacó un mapa grande de la provincia de Alicante. Lo miró y luego cerró los ojos, intentando recordar.

—Hay que volver atrás dos kilómetros más o menos. Nos hemos pasado. Tenemos que llegar a este lugar — señaló un punto del mapa— una hora y media antes de lo previsto. Casi de noche recorreremos el camino desde el desvío de la carretera hasta la cima de la montaña. Podemos comer algo en una cafetería o en un restaurante de la carretera.

Edgar no puso inconveniente.

X

El señor Justo Vendrell fue felicitado a las diez de la mañana con timidez por la que era su mujer desde hacía cincuenta y dos años. Abrió los ojos y esbozó una sonrisa de conejo.

—He dormido fatal —declaró mirando al techo.

—Acaba de llegar nuestro hijo. He oído el motor del coche —dijo la anciana como si no hubiera oído a su marido—. El día de tu santo ha salido un poco nublado.

—Mejor, si llueve refrescará.

—No me gustaría que lloviera, es un día especial.

—Tranquila, no vamos a salir de aquí. Qué más da.

—Este año no vendrán los niños. Se han ido al extranjero a estudiar. Seguro que finalmente estudiarán

alguna carrera extraña que no tenga nada que ver con la manufactura de la carne.

Los profesores de sus nietos habían convencido a los padres de que no debían perderse el curso de verano de inglés en una de las universidades británicas más prestigiosas. Era la primera vez que la familia de don Justo Vendrell no iba a estar al completo. El viejo industrial así lo hizo notar con visible desaprobación.

—Tanto trabajar y nada sale como habíamos pensado —dijo con mal humor.

—De todas maneras, yo estoy contenta por lo que la vida nos ha otorgado. Siempre hemos sido unos privilegiados. ¿Qué te falta por conseguir? ¡Contesta! —la anciana lo zarandeó con cariño—. Yo te lo diré: nada. Tenemos que vivir con alegría los años que nos quedan.

—Eres muy buena —concedió su marido.

—Somos una familia ejemplar. Aquí tienes a tu hijo. Le diste mucho, es cierto, pero él lo ha multiplicado. Has visto como tu capital se amontonaba...

—Sí, no tengo ninguna queja... pero los hijos, cuando pasan los años, ya no tienen en cuenta a los padres como deberían. Si te descuidas, cada vez pintas menos.

—No digas eso —respondió la anciana—. Le voy a decir a Natalia que nos traiga el desayuno a la cama. Pronto llamará a la puerta.

Efectivamente, unos golpecitos y una voz preguntando si podía pasar, precedieron a sus palabras.

Natalia, la criada, todavía mantenía una complejión fuerte. Había envejecido junto a aquella familia, que —según ella— era como la suya; pero en realidad sólo era una criada fiel, sin horario, que llegaba a trabajar catorce horas diarias. Estaba al servicio de la familia desde la posguerra. Los padres de Natalia eran pobres, tan pobres y con tan poca ambición que tampoco habían entendido lo que significó en aquellos tiempos la revolución y la guerra. Para ellos, los señores siempre serían los señores y no cabía en sus mentes cómo unos pobres descamisados pretendían imponer sus condiciones.

En el pueblo del señor Justo Vendrell —no es que fuera de él, aunque también lo era en gran parte—, después de la guerra, se instaló de nuevo la “normalidad”. Denunció

que los anarcosindicalistas le habían confiscado todos sus bienes, y no lo mataron porque compró a un sicario que lo protegió y le ayudó a esconderse en una cueva en la montaña hasta que terminó la guerra. Lo pasó muy mal, supo lo que era no tener comida, y hasta se alimentó de raíces. Los campos de su pueblo fueron colectivizados. La gente que parecía indiferente o no sabía de política, en aquella época, comenzó a militar en sindicatos y partidos políticos. Y allí apareció la familia de Sebastián. Su padre era contable y lógicamente se encargaba de lo que mejor sabía hacer. Sugirió ideas a aquellas gentes llanas, comenzaba a ser posible la revolución. Quien le llevaba los alimentos al Señor Justo cuando podía, no con demasiada frecuencia, le ponía al corriente de los acontecimientos del pueblo.

Entonces, Sebastián y su hermano combatían en el ejército, en el mismo cuerpo. Cuando la guerra acabó, Justo Vendrell se convirtió en una de las personas más influyentes y religiosas de la localidad; ni los que lo conocían desde siempre pudieron sospechar que daría aquel cambio, y a él, en realidad, sólo le interesaba el dinero. La gente de izquierdas pagó bien su ira y su furia porque don Justo denunció a todos los que estuvieron

más o menos comprometidos con la causa revolucionaria. Por eso, precisamente, denunció al padre del que ahora trataba de vengarse.

Don Justo ocupó la alcaldía de su pueblo hasta 1974. Nadie supo porque dimitió. Él argumentó problemas de salud. El desarrollo de los años sesenta y las influencias en la capital del reino empujaron a sus empresas por caminos de prosperidad insospechada

Pero su salud iba renqueando. Tenía en su historial dos operaciones, la segunda coincidía con el nacimiento de su único hijo, que ahora tenía cuarenta y seis años y estaba casado con una francesa, hija de unos amigos de toda la vida. Cora fue a pasar unas vacaciones a aquel pueblo alicantino y conoció al hijo de don Justo, que estudiaba Económicas en aquel tiempo. Fruto de aquella unión, nacieron dos niños que ahora entraban en la adolescencia.

Ahora en la cocina, Natalia daba los últimos toques a la comida. Ese era el único día que don Justo abandonaba su régimen. No es que lo hiciera en abundancia, pero comía lo que tenía prohibido por el médico durante todo el año.

La agencia de detectives que informó a Sebastián hizo un buen trabajo de seguimiento. No fue por casualidad que la familia de Don Justo se reuniera aquel día por su santo. Lo habían celebrado desde siempre el 9 de agosto. Lo sabía perfectamente.

Cuando todo parecía olvidado y enterrado por los años, y la vida de los protagonistas llegaba a su epílogo, volvía Sebastián, un superviviente de aquel horror, con una lucidez loca, dispuesto a ajustar cuentas.

Aquella tarde de agosto iba cayendo herida lentamente por claridades mortecinas que, de pronto, parecían resbalar desde la ladera de la montaña mientras el sol bajaba por la otra pendiente. Entonces, el atardecer, en aquellos momentos mágicos, parecía durar menos. Las sombras deshacían el paisaje con lentitud. Las nubes contribuyeron de manera decisiva. Sebastián miró a Edgar y le dijo:

—Ha llegado la hora.

Edgar dormitaba en la cabina cansado por el viaje y la tensión que le provocaba la maldad que iban a llevar a término.

—Venga, despierta —le dijo resolutivo.

Sebastián estaba impaciente. Edgar se despertó estirando los brazos en cruz y bostezando de forma exagerada.

—Vamos, tenemos que irnos —murmuró.

El viejo camión rugió de nuevo enfilando por un camino que los conduciría a lo alto de la montaña. El pueblo de Sebastián quedaba a la izquierda, en la falda de la sierra rodeada de viñas como soldados en formación encuadrados en aquel extenso valle.

La carretera era angosta, de las que si en ella se cruzaban dos vehículos, uno tenía que retroceder para dejar paso al otro. La estrechez del camino era evidente. Sebastián no pensó que la carretera pudiera ser tan dificultosa. Desde lo alto divisaba su pueblo y sólo podía tener como referencia el campanario de la iglesia, porque los tejados de las casas ya no eran los mismos, parecía que las imágenes añoradas sólo permanecieran en el vetusto libro de su memoria. El espacio donde él creía que estaba ubicada la casa de sus padres no lo conseguía divisar.

Salvaron el kilómetro que faltaba. Cuando estaban llegando casi a lo alto de la montaña les pareció que el

camión no podría alcanzar la cima, tal vez porque Edgar no era un buen conductor de esa clase de vehículos. Le costaba bastante controlar las marchas.

Allí detrás, en la cabina, donde también había unas mantas y unas cuerdas enrolladas, como serpiente aplastada, esperaba una manguera para ser utilizada; su boca escupiría el veneno de la venganza.

Sebastián, ahora, parecía la impaciencia personificada, sabía que poco a poco iba consiguiendo su propósito. Era la hora idónea, no se cruzaron con ningún vehículo por el estrecho camino. Las ruedas del camión derrapaban en algunos tramos. Todavía faltaban unas docenas de metros para llegar. Vieron el chalet allá abajo, detrás de unos árboles armoniosamente plantados que parecían protegerlo.

En los ojos de Sebastián se acumulaba el rencor. Edgar así lo observó. Caía la noche cuando llegaron arriba, la carretera estaba llena de baches y, el terreno, fangoso. El lujoso chalet se veía bien reflejado en la fotografía que guardaba; en ella, la vivienda parecía protegerse pegada a la montaña en su parte posterior. Sólo se podía acceder a la casa por una carretera particular. Desde donde se encontraban ellos, con unas cuerdas y técnicas de

montaña, también hubiera sido posible acceder, pero no se trataba de eso.

—Detengámonos —ordenó Sebastián.

Las luces estaban encendidas allá abajo en el chalet, se veía a través de las ventanas. Las sombras terminaron por envolver a los dos hombres, Sebastián no quiso encender ningún piloto de posición. Estaban colgados allí en la montaña como una gran amenaza.

—¿Quiere decirme cómo vamos a salir de aquí cuando cometa su crimen?

—¡Edgar, ya está bien! —exclamó enfadado.

—Quiere convertir esto en un infierno. Usted desde aquí arriba se sentirá como un viejo ángel exterminador.

—Ése mató antes a mis padres.

—Ése, ¿pero cuántas personas cree que hay en ese chalet? ¿Lo sabe? Qué va a saber... ¡Está ciego! Su obsesión le va a convertir en un asesino y a mí también por imbécil.

Fue la primera vez que Sebastián no respondió. Hubo un gran silencio, desde allí arriba apenas se veía nada,

sólo algunas luces chispeaban cada vez con menos intensidad, hasta que aquella profundidad se convirtió en un pozo oscuro.

Sebastián sacó la punta de la manguera. La desenrolló, hasta que estuvo totalmente extendida sobre el camino húmedo. Edgar lo miraba con estupor.

Después conectó el extremo de la manguera al depósito y dio presión. Parecía que se disponía a regar un jardín con un fuerte chorro de agua, como el *elephas* de la trompa de un elefante. El aire fue atravesado por el borbotón espeso y oloroso que impregnó primero los pinos cercanos, y después encontró lecho entre la tierra mojada, iniciando el camino de bajada. Centenares de litros surgieron a presión, los alrededores quedaron totalmente empapados. La operación se hizo laboriosa, ya que Edgar no quiso ayudarle. Cuando todo el líquido inflamable de la cisterna fue expulsado al exterior, Sebastián se dejó caer apoyándose en una de las ruedas del camión. Cerró los ojos como si esperara que una mano invisible prendiera el fuego.

Edgar le dijo:

—No cometa esta monstruosidad. Si lo hace no tendrá ni un minuto de paz en lo que le queda de vida. Aquello pasó en tiempos de guerra, todos se volvieron locos. Pero ahora, en frío, la venganza es mil veces más escalofriante. Vayámonos de aquí y olvídense de esto. Podrá recordar siempre que pudo matarlo y no lo hizo... ¿Me está escuchando, Sebastián?

Edgar lo zarandó ligeramente.

—¿Me oye? ¿Qué le ocurre?

—Estoy mareado. Ha sido el olor a gasolina.

—Venga, vayámonos de aquí —suplicó.

Edgar lo cogió por el brazo para que se levantara. Se separaron del camión unos metros. El viejo tosió repetidamente.

—Tenemos que alejarnos. Hágame caso. Usted no es un criminal. No manche su vida. Y mire que se lo digo yo que no soy ningún virtuoso. Su propósito de venganza ha surgido de una manera intermitente por lo que me ha contado. ¡Por favor! Hágame caso. No crea que la vida habrá sido tan complaciente con ese tal Justo.

—Ese ha vivido muy bien durante todos estos años — dijo como en un gruñido—, tengo información completa. La tengo desde hace tiempo. Pagué a unos detectives privados. Les envié sus honorarios, y ellos a mí las informaciones dirigidas a unas siglas a un apartado de correos de Buenos Aires. Estoy seguro que no me conocen, está claro, pero el dinero les ha llegado puntualmente.

—Usted parece un buen hombre. Deje las cosas como están... sería lamentable que terminara en la cárcel acusado de asesinato, piense que si su mujer, Sonia, viviera se horrorizaría.

Edgar apoyó su mano en el hombro de Sebastián y lo apretó levemente. Éste tenía la mirada clavada en la oscuridad de la arboleda. El joven no conseguía moverlo de su postura. Hubo un silencio espeso a su alrededor. Sebastián se percató de su desvarío cuando tenía en sus manos los mecanismos para acabar con la vida de su odiado enemigo histórico. Le pareció que aquel atardecer había muerto de repente. Sintió como un alud de recuerdos inconexos que le aligeraron la tensión obsesiva del despropósito que lo tenía preso. Entonces, los últimos momentos de la vida de Sonia, su mujer, y Adela, la hija

desaparecida, comenzaron a emerger nítidos, mezclándose con los días felices. El semblante de Sebastián pareció humanizarse y miró a Edgar, que aguardaba en actitud expectante.

—Vayámonos —dijo en voz baja—. No comprendo lo que iba a hacer... —siguió con la voz rota.

Edgar respiró aliviado, y sin pensárselo un momento se subió a la cabina del camión, y puso motor en marcha. Intentó dar la vuelta, pero la anchura de la carretera no se lo permitió fácilmente. A la derecha estaba el acantilado y al otro lado la pared que formaba la montaña. Las ruedas delanteras bordearon peligrosamente el abismo. Sebastián, plantado en medio de la carretera estrecha, le hizo una señal con las palmas de las manos abiertas, indicándole que se detuviera. Cuando las ruedas delanteras comenzaron a patinar, a Edgar se le subió el corazón a la garganta, tuvo la sensación de que todo iba acabar allí, en aquel pozo oscuro de pinos y matojos rociados de gasolina. Bajó del camión como si allí hubiera una bomba de relojería a punto de explotar.

—Creo que no podremos sacar el camión de aquí... no me atrevo. Nos podíamos haber despeñado. Y no es posible volver atrás —aseguró Edgar.

Luego se alejaron del peligro que anunciaba el vehículo al borde del acantilado. Caminaron en silencio. Sobraban las palabras. Los pasos eran rápidos sin pretenderlo; la carretera era una rampa descendente. El pueblo se veía al fondo del valle. Parecía un perro blanco dormido ensuciado por la noche, y mojado por aquella improbable lluvia fugitiva que sólo amenazó unos momentos; inmediatamente fue empujada hacia donde era frecuente su visita, donde no era extraña.

Edgar se quedó aliviado, como si le hubieran quitado una gran piedra de encima. En aquellos instantes se sentía diferente, más persona que nunca, tenía que devolverle el cheque, y lo haría encantado. Se notaba más satisfecho que si hubiera ganado una importante partida de bacarrá. Había conseguido disuadir a Sebastián de su obsesiva venganza.

Después de la larga caminata, llegaron al pueblo más cercano. En una pensión pidieron dos habitaciones. Estaban exhaustos, completamente agotados. Apenas intercambiaron unas palabras.

Sebastián aquella noche, prisionero de un sueño estremecedor, inquieto y sudoroso enredado en sabanas gastadas, vio unas imágenes oníricas tan nítidas como la

misma realidad, que le taladraron la mente, y en la ensoñación provocada por sus deseos contempló la escena mil veces imaginada.

Justo Vendrell no podía conciliar el sueño la noche de su onomástica. Con tozudez había querido reunir todos los años a la familia a comer el 9 de agosto.

Ahora su estómago le pasaba factura torturándolo de alguna manera. Su mujer parecía dormida. Él se levanto de la cama con el dolor dibujado en el rostro, se puso las zapatillas y se echó el batín por encima de los hombros. Salió al porche, el silencio se filtraba a través de la oscuridad, el cielo estaba vacío de estrellas, la noche olía a tierra mojada, a pino, a... un olor poco definido por lo infrecuente en aquel lugar lo mareó. Llevaba un cigarrillo entre los labios, lo encendió y tiró la cerilla. De pronto el porche del chalet pareció el puente de un barco en llamas. Unas lenguas de fuego altísimas lo recorrieron devastadoras, arrasándolo, como si aquel magnífico chalet fuera de estopa. En unos segundos se instaló allí una temperatura infernal. Los árboles de los alrededores se sumaron a aquella orgía de resplandores y sus copas comenzaron a arder. El viento de la noche pareció de pronto soplar de poniente. Las garras del fuego treparon

hacia lo alto mientras el calor y el color producían llamas dantescas y exóticas a la vez. No se oyó ni tan sólo un grito de los habitantes del chalet. Los crujidos del fuego daban voces apocalípticas.

Sebastián se despertó en aquella pensión con la mente en blanco y después recordó que el sueño que había tenido aquella noche era un deseo de la realidad. La vida y el afán de venganza lo habían llevado a las puertas de cometer un crimen; por suerte la reflexión que le hizo Edgar consiguió evitarlo. Sebastián no era un asesino, nunca lo había sido.

La Guerra Civil española tan salvajemente fraticida había pasado por encima de él, pero ahora pensaba que fue positivo haberse alejado de aquella loca vorágine y de las personas tan odiadas como Justo Vendrell; si no hubiera ocurrido aquel maldito conflicto, nunca hubiera conocido a Sonia, el amor auténtico, y los años de felicidad a su lado, tampoco el sufrimiento abrumador por no saber nada del paradero de Adela, su querida hija. Probablemente moriría sin descubrir que había una criatura que llevaba su propia sangre. No cabía la menor duda de que la vida de Sebastián Herrando había sido intensa.



ACERCA DEL AUTOR

ALBERT HERNÁNDEZ I XULVI (Catarroja 1942). Cursó estudios de cinematografía y realizó varias películas experimentales (una de ellas pasada en T.V.E.).

Ha publicado: *Aquel paisaje de Agosto* Premio Bienvenido Oliver (1988). La obra de teatro *El ático* fue estrenada el 17 de junio 1988. *El síndrome y otras historias*, Premio el Encubierto (1988). *El antiguo deseo*, Premio Literarios en

Otoño (1989). *El capitán Pértil*, Premio Nacional de Literatura Juvenil Ciudad de Ibi, 1990 publicado en EDICIONES J.J.2 CAMACUC, *Dafne, la última desnudez* (1990) en Ediciones EL BULLENT. *No mire por el ojo de la cerradura* (1991) publicada por PAGÈS EDITORS, que ha sido traducida al castellano por EDICIONES LLIBERTARIAS, y fue Premio de las Letras Andorranas "Segimon de Plandolit"; con esta obra fue finalista del Premio Prudencio Bertrana en 1992. *Silencio... se graba* (1992), que también ha sido traducida al castellano por PAGÈS EDITORS. *Despertar en el infierno* (1992), Premio en el Certamen de Cuentos de Muskiz publicado por PETRONOR y la colaboración del Ayuntamiento de Muskiz. *Toli, el perrito invisible* (1994) en EDITORIAL MARFIL. *El último sueño* (1994) para PAYÉS EDITORES. Con el relato *Ruta destroyer* es uno de los autores en una antología de género negro, publicada por EDICIONES J.J.2 CAMACUC. Por otra parte, LA EDITORIAL LA MÁSCARA ha publicado el relato *La tormenta del desierto* (1995). Con el poema *Medios de enero* ha participado en el libro *Contra la guerra* y en una antología de autores valencianos, *Nuevas narraciones extraordinarias*, ha publicado el cuento *La apuesta* (1995) por ROTGLE EDICIONS. Por otro lado, también ha publicado la obra de teatro *El ático* en PAYÉS EDITORES y, además, ha estrenado la obra de teatro juvenil *El robot Cabut y los seres del planeta Humo Blanco* con el grupo de teatro DELIRI.

Ha sido galardonado con el Premio de las Artes y las Letras del Gobierno Andorrano "Sant Carles Borromeu" (1995) de cuentos y narraciones por *Historias Inquietantes*, el cual ha sido publicado por PAGÈS EDITORS (1996), segunda edición: enero de 1998.

Ha obtenido el Premio "Francesc Badenes Dalmau" de Poesía (1996) con *Las ramas del olmo oscuro*, publicado por la editorial 7 y MIG (1999).

En LA EDITORIAL DENES ha publicado tres cuentos infantiles: *Verano en la Albufera*, *El "tio" Rajola* (1996) y *El Señor del castillo* (1998).

Dafne, la última desnudez ha sido traducida al castellano por EDITORIAL MILENIO (1996).

Es uno de los autores en "Microsexe", una antología de microcuentos eróticos con el cuento *El nombre en la arena*, publicado por OIKOS-NARRATIVA en 1998.

En junio de 1997 ha ganado el Premio de Novela "Modesto Sabaté" Villa de Perpiñán con la novela *Tiempo de barro*, publicada en abril del 2000 por EDICIONES 62 en la colección El balancín. En mayo del 2000 publicó el monólogo *El Bagul* en LA EDITORIAL DENES, y estrenada el 21 de septiembre en la Casa de Cultura de Almussafes.

En diciembre del 2000 publica en la EDITORIAL TABARCA la novela juvenil *Halcón 3 llamando Águila 4*.

En marzo de 2001 es galardonado con el PREMIO DE LA CRÍTICA del Instituto Interuniversitario de Filología Valenciana por la novela *Tiempo de barro*.

En enero de 2002 obtuvo el primer premio de Teatro Vila-Real con la obra *Amigas* publicada por la EDITORIAL BROSQUIL.

La novela *Tiempo de barro* ha sido traducida al castellano por Ana Padilla a la EDITORIAL DENES en abril de 2004. También en abril de 2004 ha sido publicada la novela *Arran de pell* per PAGÈS EDITORS, dentro de la colección "Lo Marraco".

En enero de 2005 ha optado el Premio de Teatro Ciudad de Vila-Real con la obra *Sin papeles* publicada por la EDITORIAL BROSQUIL. Fue representada en la sala SAGE el día 7 de marzo de 2005 por la compañía Mutis pel Fòrum. Conservatorio de Música de Valencia. *Canciones poéticas, Y El lago ahora no duerme, II Si no acabara el día..., III... De mis recuerdos, IV se iba...* Composición musical Vicent de Miquel. Sobre poemas de Albert Hernàndez i Xulvi.

El libro de poemas *Las ramas del olmo oscuro* traducida al castellano por Ana Padilla, GERMINAL POESÍA abril 2006.

En enero de 2006 ha optado el Premio de novela Enric Valor de la Diputación de Alicante con la novela *El tango del anarquista*, y que ha sido publicada por la EDITORIAL BROMERA.

Días de verano del 63 Premio de novela Penyo Ifac (Calp) 2007

También a primeros de este año 2007, la EDITORIAL TRES Y CUATRO ha publicado *Tiempo de barro*, en su colección "El grill" con propuestas didácticas para alumnos de instituto. En noviembre de 2010 PERIFÉRICO EDICIONES publica *El espectro de Ángela*.

En noviembre de 2013 obtuvo el premio Fiter Rossell del Gobierno de Andorra con la novela *La ciudad de las flores*. Ha participado durante nueve años en el Programa Cultural del SARC, con la conferencia *El hecho de escribir y publicar*. El Currículo está en la página 176 del diccionario de Escritores, Quién es quién hoy en las letras españolas. Publicado por CEDRO.

También el Currículo aparece en el tomo nº 8 página 72 de la Gran Enciclopedia de la Comunidad Valenciana. En noviembre de 2017 la EDITORIAL VINATEA publica el relato "Joan Sala" en el libro Treinta hombres fascinantes en la historia de Valencia.

PREMIOS LITERARIOS

Premio Bienvenido Oliver, de narrativa (1988): *Aquel paisaje de agosto*.

Premio L'Encubierto (1988): *El síndrome y otras historias*.

Premio Segimon de Plandolit-Noche Literaria Andorrana, de novela (1990): *No mire por el ojo de la cerradura*.

Premio Villa de Mislata, de narrativa breve (1995): *Presagio*.

Premio Sant Carles Borromeu-Noche Literaria Andorrana, de cuentos y narraciones (1995): *Historias inquietantes*.

Premio Vila de Perpinyà, de novela (1997): *Tiempo de barro*.

Premio de la Crítica, del Instituto Interuniversitario de Filología Valenciana (2001): *Tiempo de barro*.

Primer Premio de Teatro Vila-Real (2002): *Amigas*.

Premio de Teatro Ciudad de Vila-Real (2005): *Sin papeles*.

Premio de novela Enric Valor (2006): *El tango del anarquista*.

Premio de novela Ciudad de Calp (2007): *Los días de verano del 63*.

Premio Fiter i Rossell de novela del Gobierno de Andorra (2013): *La ciudad de las flores*.